

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 21.

NUM. 248.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

AGOSTO 1909

MADRID

IMP. Y ENCUAD. DE V. TORDESILLAS

Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

GOYA

POR

VALERIANO DE LOGA

(CONTINUACIÓN)

Después de la muerte de Cornelio Van der Goten, acaecida en 1786, inicióse en la Fábrica de Tapices una corriente nacional para que la dirección se confiase sólo á españoles, pero que terminó con el nombramiento de Livinio Stuik, sobrino de Van der Goten, para director técnico (1). Francisco Bayeu, como primer pintor de cámara, expuso en un largo escrito, de fecha de 17 de Abril de 1786, al ministro Lerena, después que á éste había llegado ya una relación aclaratoria de Tomás del Castillo (2), que la Fábrica carecía de pintores hábiles. «Suponiendo con toda perfección el tejido de los tapices, es indispensable darles buenas pinturas, las que tanto cuanto sean más perfectas, tanto más buenos serán los tapices» (3). Pocos días después, el 21 de Abril, apareció con una proposición formal. Refiriéndose á Mengs, al cual sólo la muerte le impidió llevar á cabo tal reforma, recomendaba contratara dos ó tres hábiles pintores, por un sueldo anual, para la Fábrica, y proponía

(1) Cruzada Villaamil: o. c., pág. 92.

(2) Idem: o. c., pág. 32.

(3) Idem: o. c., pág. 37.

PERTENECEN A LA BIBLIOTECA
ATENEO DE BARCELONA

para dicho puesto, primero, á su hermano; después, á Goya y á José del Castillo. Pero mientras se deshacía en elogios de Ramón, no añadía ninguna palabra de recomendación para Goya. La consulta de Maella del mismo día es mucho más seria. Trataba en ella cuestiones técnicas, que sinceramente le preocupaban, y manifestaba la duda de si el director muerto habría instruído en su técnica suficientemente á algunos españoles. También recomendaba á Goya y á Ramón para la ejecución de los proyectos, para los cuales le parecían asuntos más adecuados acontecimientos de la historia bíblica y nacional. A la exposición firmada por los dos pintores de cámara, de 18 de Junio de 1786, siguióse pronto el nombramiento real, con la paga anual de 15.000 reales (1).

Goya participó á su amigo, el 7 de Julio, la fausta nueva con gran regocijo; se consideraba pintor del Rey, si bien no aspiraba realmente á tal título, y jactábase de no haber hecho nada para conseguir tal designación. Así, pues, podía fijar su renta anual en 28.000 reales, y añadía: «No quiero más, gracias á Dios, lo que te ofrezco con las veras que sabes; no tienes que decir que no estoy hablador» (2). Agradecido siempre, visitó á Bayeu, pues éste se atribuía el mérito de haber inclinado á Maella para su candidatura.

Brillante monumento de esta aproximación de los dos cuñados, cuya desavenencia, aun después de lo ocurrido en Zaragoza, seguía alimentada por toda clase de pequeñeces, es un magnífico retrato de Francisco en Valencia, pintado por Goya en el mismo año con tanto amor como arte. Bayeu está de pie, vestido de oscuro, delante de un gran bastidor, en cuyo reverso se lee la fecha. Pequeños ojos hundidos, sin pestañas; labios exangües, delgados y contraídos, y un color nada sano, indican un carácter bilioso. El tono verde gris, en que se basa el conjunto, cuadra admirablemente. El mismo retrato de El

(1) Cruzada Villaamil: o. c., núm. 36.

(2) Zapater: o. c., pág. 37.

Pardo, pintado poco después, la célebre sinfonía en gris no puede borrar el recuerdo de aquella magnífica pintura.

Goya, después de restablecida su salud, comenzó á trabajar con su acostumbrado celo y asombrosa aplicación para la Fábrica de Tapices. Porque es de advertir que el 25 de Julio, á consecuencia de la caída de un coche que se compró á raíz de su nombramiento, se lastimó la pierna derecha (1).

La nueva serie que ejecutó durante el verano estaba destinada para la alcoba de El Escorial de D. Gabriel Antón (2), el cuarto y quizá el más despejado de los hijos del Rey, casado con D.^a María Ana Victoria de Braganza. La temprana muerte de esta pareja, pródiga en esperanzas, que en el curso de veintiséis días, en Noviembre de 1788, bajaron al sepulcro, uno tras otro, arroja una sombra sobre este trabajo, con tan felices auspicios comenzado.

La «Florera», clara y alegre como un día de primavera, parece en su disposición algo calculada y académica; pero las figuras, con sus vivos movimientos y cierta graciosa dureza, dispensan esta falta. La muchacha arrodillada que ofrece las flores á la señorita, parece como ingeniosa inversión de una de las Meninas, mientras que el gazapillo empinado y el gesto imponente del jardinero, medio sumido en la sombra, invitan á una interpretación más picante.

El «Agosto» (la cosecha), el más extenso cuadro de esta serie, está algo abierto como composición. Por tal motivo, en El Escorial se han cortado los tapices. El harto realista segador de la izquierda, el lindo grupo de niños del carro, á cuya sombra descansan los hombres, y el claro sol que brilla en los dorados haces, nos indemnizan de la monstruosidad del caballo. En la «Vendimia» vemos al dueño de la viña con su familia en el primer término, en un círculo que aparece colocado en el principio de un triángulo equilátero. La elegante distri-

(1) Zapater: o. c., pág. 37.

(2) El amante del arte, Infante D. Sebastián, descendía de ellos.

bución de la luz y del color, el retroceso de la montaña y la perspectiva ambiente, y, sobre todo, la profundidad de la extensión, forman las mejores excelencias de esta obra de arte. Vendedores envueltos en su capa en un día gris de invierno, tiritando, y que conducen el ganado por la nevada montaña, forman el cuarto número de esta serie de las estaciones.

En la misma carta en que Goya habla de este encargo (1), lamentase de «los asuntos tan difíciles», especialmente de «La Pradera de San Isidro», que debía pintar el día de la fiesta de este nombre, en pleno bullicio. Parece que para la ejecución de esta fiesta popular, bastante rica en figuras, se tomó espacio. Pero del conjunto aparece claro que aquí se trató de un proyecto para tapiz, y no de la obra maestra del Museo. En 1790 fué comprado el cuadro por el duque de Osuna, y destinado á su finca Alameda. Aunque se admitiese que Goya entregase el cuadro, pintado antes, como otros varios cuadros de altar, entonces no tendría ninguna relación con la carta.

Los dos modelos, el herido que los camaradas traen del taller, y la viuda con sus hijos, tiritando en la fuente, producen no vulgar efecto por su conmovedor realismo.

La boda en la aldea, una especie de tragedia que recuerda á Hogarth y sus tipos, pertenece, con la esbelta y linda aguadora, al año siguiente.

Las dos sobrepuestas, unas muchachas, una de las cuales lleva á la otra á cuestas, haciendo de gigantes (Las gigantillas y El balancio), son esfuerzo un tanto pobre del año 1768. En cambio, en Los zancos, ha levantado Goya un monumento á esta diversión, muy popular en su país.

De nuevo sufren sus trabajos para la Fábrica una larga interrupción.

Ya hemos hecho mención, con motivo de la leyenda de los Borgias en Valencia, de la duquesa de Osuna, á la que tenían sus contemporáneos como la más altiva dama española y la

(1) Zapater: pág. 46.

mujer más elegante de toda Europa. D.^a María Josefa Pimentel, Tellez de Girón y Borja, condesa-duquesa de Benavente, casó con su primo el noveno duque de Osuna, al cual sobrevivió una generación, pues que murió á los ochenta y dos años, en 1834. Esta dama, tan notable por su riqueza como por su buen gusto, solía encargar á Goya determinados trabajos. Su relación con el artista, que dió lugar á inverosímiles leyendas, se remontaba al año 1785, cuando el artista la retrató á ella y á su marido. Los dos retratos hasta la rodilla, que separados por la subasta de 1896, volvieron á verse juntos en la Exposición de Londres, habría que colocarlos, si no conservasen el número, en un período muy posterior (1). La figura del duque, de frac violeta, se destaca sobre un fondo azul oscuro; su cabello, aún empolvado, cae liso por la nuca. La duquesa, vestida con un traje María Antonieta, azul claro, que se ajusta á sus esbeltas formas, está ante una pared verde claro. Cintas verdes y rosa, plumas blancas, muchos encajes y flores, completan su gracioso y elegante atavío. El rostro, pálidamente rosado, encuadrado como en una aureola en los empolvados cabellos, muestra un óvalo de desusada longitud, de boca pequeña y labios delgados y pálidos y ojos grises y fríos.

El gran cuadro de familia, hoy en el Prado, fué pagado algunos años más tarde con 12.000 reales. Ante un fondo amarillo verdoso está colocado el grupo en forma de pirámide. El duque, con el oscuro uniforme de Guardia de Corps, está detrás del sillón de su esposa, vestida de encajes. También de blanco, como su nerviosa y etérea madre, están vestidas las hijas, de las cuales, la mayor era D.^a Josefa Manuela, nacida en 1783, y casada con el marqués de Camarasa; y la menor, en un año, D.^a Joaquina María del Pilar, marquesa de Santa

(1) A la bondad de D. Aureliano Beruete debo la siguiente minuta del archivo de la Casa de Osuna.

Mad. 16 de Julio de 1785. D. Manuel de Cubas. Para que se despache un libramiento de orden de S. E. á favor de D. Francisco Goya, pintor, de 4.800 R.^{os} de V.^o por los dos retratos que ha hecho de sus E.^{as}

Cruz. Las dos, rubias, visten traje verde, con bandas bordadas de color de rosa. Sobre el suelo amarillo hay varios juguetes, y no falta un par de fálderillos. En estas rígidas figuras, de movimientos vivos y poco desembarazadas, hay cierta fatiga, como de haber estado largo tiempo sirviendo de modelos; pero las cabezas, sobre todo la de la duquesa, tiene singular vida. Los ya mencionados retratitos de los niños del duque se han perdido, así como otros dos retratos de la pareja real, pagados con 4.000 reales.

Algunos otros retratos de damas aristocráticas que pintó Goya entonces, ya de moda á fines del año 80, pudieran encontrar aquí oportuna mención. D.^a Teresa Apodaca de Sesma está sentada con los brazos cruzados en una silla rectangular, con cierta altanería. Con la misma principesca tiesura mira la condesa de Altamira, la esposa del primer director del Banco, teniendo á su pequeña Baby en una nube de encajes sobre su regazo. Como la inscripción del día de su nacimiento da á lo sumo la edad de dos años, deberemos colocar el cuadro en el de 1789. El retrato de la familia del marqués de Villafranca (sin fecha) se puede colocar también en este grupo. La cuñada de Floridablanca, marquesa de Pontejos, en coquetón vestido de pastora, troncha con sus pequeños y finos pies las flores de la pradera.

«En la más pura mañana de Mayo,
 ufana joven y alegre
 la pastora va cantando,
 y su canción resuena por el valle.»

El el círculo de la mejor sociedad madrileña fué el diestro ó ingenioso Goya, por sus dotes musicales, desde fines del año 80, un solicitado huésped. Se le encontraba frecuentemente en casa de la duquesa de San Carlos, que encantaba á todo el mundo con su voz angelical, ó en casa de la marquesa de Santa Cruz, á quien pintó de Musa, con una guirnalda y una

lira. También la ilustrada condesa de Montijo (1), antepasada de la emperatriz Eugenia, que tuvo que expiar con el destierro sus simpatías por los jesuítas, le recibía en su casa.

De ello da testimonio el gran cuadro del palacio del duque de Liria, en el cual vemos á la condesa trabajando, entre sus cuatro bellas hijas, en labores domésticas. Y sabemos, por el retrato de su hija D.^a María Gabriela, la cual, por su matrimonio con el marqués de Lazán, ingresó en la familia de Palafox, que Goya trabajaba ya para la influyente y distinguida casa Portocarrero. A las dos damas más elegantes, y que metían más ruido en la corte, la de Alba y la de Osuna, parece que Goya debía agradecer íntimas atenciones.

Con sus compañeros sostenía el maestro, en cuanto era posible, amistoso trato. Del yerno de Mengs, el grabador D. Manuel Salvador Carmona, hizo un retrato, que yo, por la semejanza, confundí con el grabado de sus padres. El historiador de arte Cean Bermúdez fué retratado por él de cuerpo entero.

Si la obra maestra, en cuanto á carácter, «La Dama bordando», de la Real Galería de Budapest, representa, en efecto, á su esposa, no es de suponer que lo pasase bien el sabio en su matrimonio. Carderera cuenta (*Gazette des Beaux-Arts* XV, pág. 225) que Goya, en el año 1798, dibujó, para el Diccionario de Cean Bermúdez, la cabeza del conocidísimo artista. Pero en la edición de 1800 no la encontramos.

Al lado de los cartones para tapices, con la descripción de escenas de la vida del pueblo, hay un considerable número de cuadritos, que á menudo no pasan de bocetos, á veces para los amigos, mejor ejecutados y luego pintados en planchas de cobre ó de madera de menos tamaño con pincel libre y resuelto. Tales cuadros, casi todos sin fecha, existen en todos los estilos del artista, pero se pueden agrupar, á causa de su parentesco con determinados cuadros y grabados ó, por razón de sucesos políticos, en períodos.

(1) *Revista de la Asociación histórico-arqueológica Barcelonesa*. Barcelona, 1900, pág. 591.

En la finca La Alameda, situada entre Madrid y Aranjuez, encontrábase, hasta hace pocos años, unos veinte cuadritos de esta clase, que en la subasta de 1896 fueron esparcidos á todos los vientos; sin embargo, se conocen en cierto modo por las fotografías de Laurent y de Iriarte (1).

Siete cuadros de igual tamaño, colocados en la pared, formaban el decorado de una sala Luis XVI. En vano buscaríamos en ellos alguna relación en los asuntos, ó al menos, un plan en su elección. Dos de ellos, casi iguales de tamaño, parecen haber servido de pareja: la construcción de un palacio, por cuya rampa suben unos bueyes un gran bloque de piedra, y una procesión, en estío, ante una iglesita en el valle. En el primero, el grupo de trabajadores que conduce á un herido recuerda un cartón de tapiz. En una figura de la procesión encontramos el mismo tipo que en la boda de aldea. Como fondo aparecen aquí también aquellos edificios de techumbre chata y torres arábicas derruidas de los tapices. También «El Columpio» encuentra entre los Arazzi su modelo; sin embargo, el cuadrito de La Alameda parece una reproducción mejorada y muy perfecta.

La «Cucaña» se distingue por un delicado estudio de luz, mientras otros dos cuadros que con los dos citados salvó el duque de Montellano para España, describen los peligros de los viajes. En la «Caída del arriero» aparece una cuenca rodeada de escarpadas montañas con extraños pinos, y en «Los Bandidos», un bosque de hayas. El cuadro de mayores dimensiones de esta serie es el de «Los Toros en la dehesa». Por el prado, un paisaje netamente español, marcha el ganado, que excita en alto grado el interés de la multitud, que contempla el acto, sin peligro, desde una tapia. Se creyó encontrar en el bonito cuadro del Museo del Prado (núm. 733) un estudio de uno de los tres picadores: el del centro. No se puede desconocer gran

(1) Catálogo de los cuadros, esculturas y grabados de la antigua casa ducal de Osuna. Madrid, 1896, núm. 63-31. Iriarte: o. c., pág. 83.

semejanza en la actitud de los jinetes; pero su caballo se parece más bien al que está en corbeta á la izquierda. La escrupulosa ejecución y las facciones muy individualizadas de los jinetes, hacen creer que se trata de retratos.

Estos siete cuadros se acabaron, según rezan documentos auténticos, en Abril de 1787 (1). Once años después fué Goya de nuevo contratado por la duquesa.

(1) La siguiente nota del archivo de Osuna da luz sobre este punto:

Recibo de los mozos de cordel de 100 R.^s por haber conducido á la Alameda pinturas de la casa de D. Juan Goya á la casa de S. E. á d.^a villa, al respecto de 25 R.^s

Madrid, 22 de Abril de 1787.

JOAQUÍN GÓMEZ

Un libramiento para que paguen á Goya diez mil reales por cuenta de veintidos mil reales que han importado varios cuadros que ha pintado de mi orden.

LA CONDESA DUQ.^{SA}

Firmado en Aranjuez á 7 de Julio de 1787.

Al dorso:

Recibí los diez mil reales que expresa el libramiento.

Madrid, 27 de Agosto de 1787.

FRAN.^{CO} DE GOYA

Recibo de 26 Febrero 1788 de 12.000 reales como resto de 22.000 que han importado los quadros que ha pintado de mi orden, el uno de ellos de mis hijos (perdido) y los seis (en realidad, siete) restantes para mi casa de campo de la Alameda, como consta pormenor de su cuenta.

Al dorso, recibo de Goya, sin fecha.

Se han pintado por D. Francisco Goya, para las casas de S. E. en esta Corte y la Alameda los cuadros siguientes:

Para Madrid:

	<u>Rs. de vn.</u>
Primeramente, dos retratos de los Reyes, NN. SS., en.....	4.000
Otro grande, que representa á SS. EE. y los quatro señoritos, de cuerpo entero.....	12.000
Otro quadro pequeño de los retratos de los tres señoritos, en...	3.000
	<hr/> 19.000

La muerte de Carlos III, tan fatal para el país, significó también para Goya un gran golpe.

En la mañana del 12 de Diciembre de 1788 falleció el Rey. El fin inesperado de su hijo predilecto contribuyó á precipitar su muerte. «Gabriel ha muerto; yo le seguiré pronto», exclamaba. «¿Qué dejo yo detrás de mí para sentir la muerte, sino cuidados, trabajos y miserias?» (1)

Carlos IV subió al trono á la edad de más de cuarenta años. De complexión hercúlea, irritable y violento (se peleaba con los hombres del pueblo, abofeteaba á los ministros y los amenazaba con la espada), pero bondadoso, como son frecuentemente estas naturalezas brutales, y fácil de sugestionar á causa de su corta comprensión: llegaba hasta la debilidad. La

	<u>Rs. de vn.</u>
Para la Alameda:	
Siete cuadros, cuya composición es asuntos de campo.	
1 Representa un apartado de toros con varias figuras á caballo, en.....	4.000
(N.º del catálogo de la subasta, 67. Fot. Laurent, 994.)	
2 Que representa á unos ladrones, en.....	3.000
(N.º cat., 71. Fot. Laurent, 997.)	
3 Que representa una gitana columpiándose.....	2.500
N.º cat., 73. Fot. Laurent, 991.)	
4 Que representa una procesión de aldea.....	2.500
(N.º cat., 68. Fot. Laurent, 995.)	
5 Que representa una romería en tierra montuosa.....	2.500
(Quizá el 72 del cat. Fot. Laurent, 993.)	
6 Que representa un Mayo, en.....	2.000
(N.º 72. Fot., 992.)	
7 Que representa la conducción de una piedra con dos pares de bueyes, en.....	2.500
(N.º cat., 69. Fot. Laurent, 996.)	
	<u>38.000</u>

El total del precio de estos siete cuadros con el retrato del niño, corresponde á los 22.000 reales pagados en 1787; por lo que no hay duda que ya entonces habían sido pintados.

(1) Ferrer del Río: *Historia del reinado de Carlos III*. Madrid, 1856, IV, pág. 286.

pasión por la caza (1) y cierta pedantería (2) eran cualidades que compartía con su padre, aunque no heredó su entendimiento ni su rectitud. Cuando Podagra le prohibía estar todo el día al aire libre, se refugiaba en las caballerizas con los mozos de cuadra. Dedicaba una corta hora de la tarde á los negocios. El germen de una enfermedad asmática, complicada con una creciente obesidad, debilitaron sus fuerzas y le sometieron á la dominación de su esposa, á cuya superioridad intelectual y consciente descaro rara vez se oponía.

María Luisa de Parma se mostró ya desde niña extraordinariamente voluntariosa y extravagante. Casada muy joven con su primo, vino, según la costumbre de aquel tiempo, á España para recibir la educación del país, cuya corona debía ostentar. A los quince años supo sustraerse á la severa vigilancia á que estaba sometida, para recorrer de incógnito las calles de Madrid. Carlos III esforzóse en vano por refrenar aquel impetuoso temperamento y poner dique á sus dilapidaciones y extravíos. A su muerte, se apoderó con insana mano de su esposo, y después de quitarle voz y voto en el consejo de Estado, del gobierno del país. Era no sólo inteligente, diestra, ingeniosa, sino valiente y decidida. Hubiera tenido inteligencia y carácter para grandes empresas; su ambición hubiera tenido un objeto noble, si no hubiera torcido todas sus fuerzas una

(1) «Tous les jours—así se expresaba Carlos IV en Bayona, comiendo con Napoleón,—quelque qu'il fit, hiver et été, je parlais après mon déjeuner et après avoir entendu la messe, je chassais jusqu'à une heure et j'y revenais immédiatement après mon dîner jusqu'à la chute du jour. Le soir Manuel avait le soin de me dire que les affaires allaient bien ou mal, et j'allais me coucher pour recomencer le lendemain.» L. F. J. de Bausset, *Memoires de Napoleón*, París, 1829, I., págs. 223, 224.

(2) La estancia de la corte fué reglada por Carlos III, y su hijo se atuvo á estas costumbres. Desde el 3 de Enero hasta la Pascua, la residencia era El Pardo; hasta Pentecostés, Madrid; hasta 21 de Julio, Aranjuez; hasta 8 de Octubre, La Granja; hasta 10 de Diciembre, El Escorial, y hasta 5 de Enero, Madrid. Desderises du Dezert, *L'Espagne de l'ancien regime*. La Sociéte, París, 1897, pág. 147.

salvaje sensualidad. Dominada de desenfrenada ansia de gozar, sin ningún sentimiento de deber ni de moral, sacrificó irreflexivamente todo lo que á la esposa, madre y reina debía serle sagrado (1).

Goya entró en relaciones con el nuevo soberano, con motivo de los cartones que pintaba para el decorado de su habitación, obra por la cual encontró completo reconocimiento y grandes elogios. Con la variación de rey mejoró singularmente su situación. Uno de los primeros actos del gobierno del rey fué conceder á su favorito el largo tiempo esperado título de pintor de cámara, cuyas rentas pagó desde dos años (2). El 6 de Mayo, Goya tuvo que tasar con los demás pintores y escultores de corte la herencia artística de Carlos III (3).

Carlos y María Luisa (4) eran afectos á los artistas; dibujaban y pintaban algo. Se refería de Carlos una frase verdaderamente regia. Cuando el año 1794 visitóle en compañía de su mujer y de su hija, llevó como regalo algunos dibujos suyos y de la reina.

«Estas muestras de nuestra musa, dijo, son en verdad de ningún valor, pero significan un tributo que pagamos al honor y culto de las bellas artes; pueden servir de acicate á aquellos que me estiman para mejores y más perfectas obras» (5).

De la pareja real se han conservado numerosos retratos de Goya, en su mayoría para cubrir rápidamente el creciente pedido de Ministerios é Institutos, pintados de pacotilla. Algunos son tan flojos, que es imposible que fueran pintados por Goya después de 1788, y nos inclinamos á tenerlos por copias.

(1) Baumgarten: o. c.

(2) Real orden de 25 de Abril de 1789 en Aranjuez. Cruzada Villamil, o. c., pág. 22, núm. 14. Zapater: pág. 47.

(3) La reina regaló á Goya la sopera de Velázquez. *Gazette des Beaux Arts*, XIX, pág. 426.

(4) *Memorias del Príncipe de la Paz*, II, pág. 168.

(5) Príncipe de la Paz: *Memorias*, II, pág. 168.

La vigorosa figura de Carlos IV aparece en todos estos retratos casi con la misma tiesa actitud, y sólo se distinguen unos de otros en el color del traje. El cuerpo, demasiado largo, á manera de tonel, descansa sobre robustas piernas, y la pesada cabeza se apoya en los hombros. Ostenta la misma gran nariz de su padre, el estrecho labio superior, la gruesa boca y los redondos ojos; son ejemplares típicos de los borbones españoles. Los rasgos de María Luisa eran de chocante fealdad (1),

(1) Bausset, o. c. I, p. 264, hace de ella la siguiente descripción: «La reine Marie Louise etait petite, à l'époque ou j'eus l'honneur de la voir (en Bayona), il etait difficile de juger si elle avait été jolie. Ses yeux etaient vivs et ardents; l'ensamble de ses traits, plutôt serieux qu'agreable, disait qu'elle avai du caractère et de l'esprit, et sa physonomie prononçait une preoccupation d'habitude qui semblait la rendre indifferente aux devoirs de son rang, quand ils se trouvaient en opposition avec sou idée dominante. Cette espece de monomanie fut, dit-on, l'affaire de toute sa vie; ou disait que la causerie intime en tête à tête etait plus de sou goût que cette vie toute en dehors que l'ou appelle cercle de cour.»

Aquí puede añadirse una graciosa anécdota, muy propia de aquella corte. «La duchesse D*** jeune, belle, spirituelle, et veuve immensément riche, eut le malheur, à la suite de quelques intrigues de cour, de perdre les bonnes grâces de la reine. Le ressentiment qu'éprouva cette duchesse se borna longtemps à des plaisanteries qui ne furent pas sans danger pour elle. Connaissant l'habitude de la reine, de faire venir de Paris, presque toutes ser parures, elle employa un agent fidele et adroit, pour se procurer à quelque prix que ce fût, les mêmes modes, les mêmes étoffes, les mêmes bijoux que les fournisseurs de la reine avaient ordre d'expedier à Madrid. Il faisait partir ses caisses plusieurs jours avant que les employés de la reine furent en etat de fair leur expeditions. La duchesse n'avait rien de plus pressé que de parer ses femmes de Chambre, et de leur ordonner de remonter dan tous les lieux publics, au Prado, au spectacle, etc. La guerre fut d'autant plus animée que la duchesse jeune, jolle et parfaitement aimable, obtenait sur ce terrain tous les avantages et tous les succès qu'elle voulait. Deux fois une main inconnue incendia son palais. La duchesse fit reparer les desastres causés par l'incendie; et pour la troisième fois, lorsque son palais fut entierement reconstruit et embelli, elle donna une grande fête, qu'elle termina plus tôt qu'a son ordinaire. «Retirez vous», leur dit-elle, «je ne veux point laisser à d'autres le plaisir de brûler mon palais, je me charge moi même de ce soin.» En effet, elle y fit mettre le feu. Quelque temps après, le jeune duchesse fut atteinte d'un mal dout les secours de la faculté ne purent diriger ni arrêter les progres; elle soccomba prematurement à l'âge de vingt-neuf à trente ans.»

E. M.—Agosto 1909.

PERTENECER
AL ATENEO

que en los últimos años aumentó hasta la caricatura. La mirada de expresión maligna de sus redondos ojos de mochuelo; la nariz de garabato sobre el labio superior corto, y su ancha boca, la dan cierta expresión de ave de rapiña. La mandíbula inferior, grandemente desarrollada, anuncia fuerte sensualidad, y la barbilla saliente, energía. Esta repulsiva cabeza, más propia de una gitana que de una reina, descansa en un cuerpo admirablemente formado; solía exhibir con gusto las exuberantes formas de su seno y su cabellera. Sus manos y brazos eran de admirable perfección y sus pies verdaderamente reales. La predilección por vestidos extravagantes y adornos excesivos que trajo de París, robustecía más la extraña impresión de su aspecto.

El primer retrato de Goya la muestra en estrecho corpiño, cubierto con encajes el ancho escote.

Monstruoso sombrero con cintas y plumas descansa en sus tupidos bucles, que, por cierto, no eran legítimos. Una pequeña variante de éste era el cuadro del Ministerio de Cultos, en el que su mano derecha extiende el abanico con imperioso gesto. Como quiera que en él ostenta la insignia de la Orden fundada por ella en 21 de Abril de 1792, hay que colocar el cuadro después de esta fecha, en caso de que dicha insignia no fuera añadida posteriormente, lo que solía hacerse. Poco honor proporciona, en verdad, este retrato á su autor. Un tercer tipo nos da á conocer el cuadro encontrado en Pamplona no hace mucho. Por el vestido, guarnecido de encajes, se puede colocar en fecha bastante anterior. Tiene en la derecha el abanico cerrado, mientras con la izquierda hace un movimiento hacia el pecho.

En otro retrato tiene María Luisa una especie de turbante adornado de joyas (en posesión del marqués de Casa Torres), hasta que comprendió que la nacional mantilla negra era lo que mejor la sentaba.

Cuando en 20 de Febrero de 1790 acabó Goya dos retratos de tamaño natural de Sus Majestades, destinados para la cor-

te de Nápoles, fué recompensado por el encantado rey con un abrazo. Carlos mantuvo en esta ocasión íntimo diálogo con el pintor sobre las condiciones de Aragón y Zaragoza (1).

El visitador de Capodimonte, que lentamente, por una larga serie de columnas, repentinamente es arrojado de este espectáculo, compartió el gusto del rey, por lo menos en lo que se refiere á los retratos de mujeres. Carlos IV eligió un predilecto traje de caza: está apoyado en la columna, pesado y torpe; también el perro ha engordado. La reina, con los brazos cruzados, con un vestido claro y costoso, está resplandeciente de joyas; su expresión es más amable que la de los demás retratos, y el sentimiento de haber por fin logrado influjo y poder, esparce por sus nada simpáticas facciones cierta expresión de agrado.

Los retratos gustaron en tal manera, que hubo que repetirlos para el palacio real. Algunos años después pintó el maestro á María Luisa, en la misma posición y con mantilla negra, para formar pareja con el de su esposo, vestido de uniforme. La maravillosa reproducción del Museo del Prado pudo muy bien haber sido hecha en la segunda mitad del año noventa, si no después. El de Carlos IV, de perfil, sin fecha, de uniforme de guardia de Corps, no es digno de aquél como pintura.

*
* *

En 1791 volvió Goya á trabajar para la Fábrica de Tapices, después de un período de tregua. En un escrito de 13 de Abril (2) representaba Livinio Stuik las deficientes condiciones del instituto que dirigía: los obreros pasaban necesidad, y eran despedidos cuando no había trabajo. Pues los pintores que debían suministrar bocetos por un sueldo anual, hacían frecuentes escapatorias. Ramón Bayeu se disculpaba con los

(1) Zapater: o. c., pág. 50.

(2) Cruzada Villaamil: núm. 38.

retratos de las infantas y con otros encargos. Goya, «estando enteramente desocupado», se encontraba en una posición tan extraña como irregular.

Con el aumento de sus ingresos habían crecido también sus aspiraciones y deberes (1). Halló gusto por el confort, y después de su caída del coche de un solo caballo, quiso viajar en una berlina con dos mulas. «En fin, si trabajo para el público, bien puedo mantener la berlina para conservarme» (2). Y en otra ocasión escribía: «Para cuatro días que hemos de bibir en el mundo, es menester bibir á gusto.» En Febrero de 1790 se negaba enérgicamente á ciertas pretensiones de su familia (3): «Mi situación es muy diferente de lo que pensarán muchos, porque gasto mucho, porque ya me meten en ello y porque quiero. Tambien ay la circunstancia de ser yo hombre tan conocido, que de los Reyes abajo todo el mundo me conoce, y no puedo reducir tan facil mi genio como tal vez otros lo arian; aora tenia el animo de pretender mas sueldo, y por ser tan mala situación y aguardar mejor situación, no lo hago.»

Esta mejor ocasión parece que se presentó ahora con los nuevos pedidos que le hizo la Fábrica de Santa Bárbara. Su socarronería de hombre del pueblo no le perjudicó en esta ocasión. Fundó su negativa á trabajar para la Fábrica, en que su nombramiento de pintor de Cámara le había desligado de todo compromiso con aquélla. Los 15.000 reales, que desde la jura no se habían aumentado, era la paga anual de este cargo, que también recibían Mengs, Francisco Bayeu y Maella, sin trabajar para la Fábrica. Pero tales sutilezas, que estaban, por lo demás, en contradicción con anteriores manifestaciones suyas, le valieron de poco en el Ministerio. El asunto se enredó de tal manera, que Bayeu tuvo que salir por su cuñado. «Para que te satisfaga el buen celo que me manifiestas, escribíale á

(1) Zapater: págs. 37 y 40.

(2) Idem: pág. 43.

(3) Idem: pág. 43.

Goya el 3 de Junio de 1791 (1), te remito la respuesta... pido á Dios con el mayor fervor me quite el espíritu que me sobra en estas ocasiones para no incurrir en nada que parezca soberbia, y me reprima siempre en lo que me resta de vida para tu tranquilidad, cumpliendo lo mejor que pueda, sean menos malas mis obras.» La resolución del ministro Lerma, desfavorable, condenó á Goya á continuados trabajos para lo futuro.

En 1791 terminó cuatro cartones destinados para el decorado del rey en El Escorial. De los dos frisos, uno es «Los chicos del árbol», reproducción de otro anterior, y casi estropeado, por la prisa con que se hizo. Del muchacho (quizá el hijo de Goya) que cabalga en un carnero, ha conservado el cartón la familia Stuik. Encantador, así en el asunto como en la composición, es «El Pelele». «La Gallina ciega» es el último trabajo de Goya para la Fábrica. Mientras el huracán de la revolución soplabá desde los Pirineos para barrer el viejo mundo, encanecido en los goces del momento, el artista nos mostraba la ingeniosa y ligera sociedad del siglo XVIII, por su lado brillante y su graciosa serenidad.

*
* *
*

Su salud dejaba algo que desear en estos últimos tiempos. Se quejaba del mucho trabajo y escribía á su amigo (2): «Me he vuelto viejo con muchas arrugas que no me conocerías, sino por lo romo y por undidos.» Le preocupaban enfermedades de familia. «Amigo, ando en el aire, porque tengo á mi mujer mala y al niño peor, y asta la criada de la cocina con calentura, con que á Dios.» Como la recetasen á D.^a Josefa aires de mar, la acompañó á fines de Agosto á Valencia, donde se entretuvo cazando en la Albufera. Según el itinerario prescrito, no pudo llegarse á Zaragoza, pero á fin de año voló

(1) Cruzada Villaamil: núm. 18.

(2) Zapater: pág. 43.

á su país. En Zaragoza, y 30 de Diciembre, está fechada la carta de gracias por su nombramiento de individuo honorífico de la Academia de San Carlos de Valencia. Había visitado este Instituto durante su permanencia de vacaciones en dicha ciudad, y dejado allí dos dibujos.

El retrato, perdido, de Zapater, cuya esmerada ejecución (con el mayor trabajo se ha hecho el retrato Goya, 1790), encarece la inscripción; le pintó probablemente en Diciembre, así como la gran figura en pie, de Ramón Pignatelli, muerto en 1793, que muestra en sus numerosas copias una extraordinaria frescura de concepción. La tabla para el constante protector de Goya, D. Juan Martín de Goicoechea, en la sala de juntas de su fundación de la Sociedad de Amigos del País, no se puede, después de un detenido examen, considerar como propia de Goya. Por el contrario, el señor, jovial y orondo, en levita violada, del Museo de Valencia, que apoya el brazo en un libro (allí llamado Mariano Ferrer), muestra una innegable semejanza con las facciones de D. Juan Martín, en Zaragoza muy conocidas.

El 4 de Octubre de 1791 recibió de nuevo Goya un permiso de dos meses (1) para ir á Zaragoza, que disfrutó hasta Enero del siguiente año, lo que atestigua la fecha del retrato de su paisano D. Sebastián Martínez. A su vuelta cayó gravemente enfermo, de consecuencias, de lo que se quedó enteramente sordo, padecimiento de que ya tenía el germen á los trece años.

Del año de su enfermedad (1792) faltan en absoluto trabajos fechados. También la correspondencia con su amigo nos falta en ese tiempo y en el siguiente. En Enero de 1793 se le concedió un permiso para restablecer su salud en Andalucía (para que pueda pasar á Andalucía á recobrar su salud) (2). De un escrito de Libinio Stuik aparece que Goya, aun el 18 de

(1) Cruzada Villaamil: núm. 39.

(2) Viñaza: pág. 502, y Cruzada Villaamil: núm. 20.

Abril de 1794, estaba absolutamente impedido de pintar, de resultas de un grave accidente que le sobrevino (1).

Pero en 25 de Abril de 1794 pudo decir Francisco Bayeu (2), que el convaleciente pintaba de nuevo, aunque no con el celo y perseverancia que antes. (Es verdad que D. Francisco Goya ha padecido una grave enfermedad; lo es también que ha convalecido alguna cosa, y pinta aunque no con el tesón y constancia que antes.) No hubo necesidad de reemplazarle en la Fábrica. Ramón Bayeu murió en 1793, y se propuso á Antonio González Velázquez, como sucesor suyo.

Algo sobre el carácter de la enfermedad de Goya, que tal vez estaba relacionado con un padecimiento nervioso, encontramos en una carta á Zapater (3) de 23 de Abril de 1794: «Yo estoy lo mismo, en cuanto á mi salud, unos ratos rabiando con un humor, que yo mismo no me puedo aguantar; otros más templado como éste que he tomado la pluma para escribirte y ya me canso, solo te digo que el lunes, si Dios quiere, hiré á ber los toros y quisiera que me acompañaras, para el otro lunes fuera bobada que te abías vuelto loco: tu Paco.»

Por el forzado apartamiento del mundo y soledad en que le sumió su fatal enfermedad, su vida espiritual se ahondó. Acostumbrado de joven á observar las cosas aguda y perpicazmente, pareció crecer ahora con su sordera esta fuerza observadora. Veía el mundo y los hombres y lo que éstos suelen disimular: su vanidad, sus prejuicios y las vergüenzas de la vida pública, á una viva luz. Una inagotable fantasía le hacía ver en sus en sueños imágenes nada risueñas, y cuando vinieron los días malos, cada vez más frecuentes, estas representaciones ganaron terreno sobre su ánimo caviloso. Para libertarse de esta depresión moral, trasladaba al papel en composiciones sueltas todo lo que se le ocurría, sin servirse de modelo. Pro-

(1) Cruzada Villaamil: núm. 51.

(2) Idem: núm. 40.

(3) Zapater: núm. 53.

bablemente, cediendo á la presión de sus amigos, que querían dar publicidad á esta especie de confesiones ingeniosas, se dedicó al grabado. Así nacieron, entre sufrimientos y dolores, sus Caprichos, á los cuales debe en primer término su fama mundial.

Aquellos dibujos, que Carderera poseyó, y que ahora en su mayor parte están en el Prado, están pintados en parte en manera esfumada. Pero tan pronto como en él preponderó el sentimiento de la pintura y trocó la pluma por el pincel, recobraron estos estudios dulzura y tonicidad. Por esto le fué tan útil el nuevo invento de Leprince, las aguatinas, hasta entonces desconocidas en España, y con el cual supo obtener tan brillantes efectos. A veces el grabado se atenía tan exactamente al dibujo, que cada pincelada estaba copiada servilmente; á menudo solía simplificar la composición y también dibujar el mismo asunto con variaciones. Como los pensamientos acudían á él de todas partes en confuso tropel, tenía siempre exceso de asuntos, por lo que se encuentra entre sus estudios unas veinte hojas con bocetos que no llegaron á ser grabados. Sucedió también que una figura tomada del natural encontraba puesto en otro asunto. Así aparece, por ejemplo, la vieja arrodillada con el rosario como alcahueta en un grabado. La primera edición de los Caprichos dicen que se publicó en el año de 1797. Como, á lo que yo sé, no existe ningún ejemplar de esta edición, hay motivo para dudar de ella. Tal opinión tal vez se deba á que entonces se proyectó editarlos.

Carderera, de gran merecimiento en la historia de Goya, poseía, entre las preciosas reliquias que adquirió de la sucesión del Maestro, además de un comentario á los Caprichos, el croquis de un prospecto y una introducción, que debía preceder á la obra (1). El interesante escrito que desgraciadamente publicó, no en el texto original, sino en la traducción francesa, no se encontró en su sucesión.

(1) *Gazette des Beaux Arts*, 1863, XV, pág. 240.

Además de algunas observaciones sobre la tendencia del libro y otros datos de índole estética, parece que la obra, que contenía 72 hojas, fué vendida en 288 reales. Las planchas estaban dispuestas, pero debían ser aún impresas. Como Goya corregía él mismo las pruebas, y á este fin instaló un taller en un rincón de la calle de San Bernardino, no hizo aprecio del tiempo. Los trabajos sin duda se demoraron mayormente desde que en 1798 volvió á activar gloriosamente sus trabajos de pintura.

Confirma esta conjetura el boceto de una hoja-título, que lleva la fecha de 1797. Cuando más tarde se colocó en la obra el retrato de Goya, fué numerado aquél con el núm. 43. Al artista, dormido mientras trabajaba, se le aparecen duendes, gatos, mochuelos, murciélagos y otros animales nocturnos durante el sueño. En el mantel se lee: «Idioma universal Dibujado y Gravado p.^r F.^{co} de Goya año 1797.» En las planchas se encuentra la inscripción «El sueño de la razón produce monstruos.»

Es posible que ya en el año nueve tuviese Goya algún ejemplar de la obra; se sabe á ciencia cierta que el duque de Osuna adquirió cuatro por 1.500 reales en 1799 (1); pero éstos contenían muy probablemente las 80 hojas, aunque, por otra parte, como ya antes de la venta habían ido á palacio algunos ejemplares, debiera existir alguno con 72.

No carece de interés para el coleccionista que se hayan falsificado ediciones con 72 hojas. El ingenioso biógrafo inglés de Goya, Mr. Rothenstein, en Londres, posee una serie de grabados que antes pertenecieron al poeta Samuel Rogers, Turners Protector. Una portada impresa, en papel del año sesenta, fué colocada en la colección con el siguiente rótulo:

«Caprichos | Inventados y Grabados | al agua forte | por | Francisco Goya y Lucientes | 72 agua fortes | publícala la

(1) Estos no se encontraron ya en el catálogo de la subasta de 1836.

Real Academia de Nobles Artes | de San Fernando. Madrid 1799.»

En su desconocimiento de la lengua española, revélase el falsificador como extranjero, y ganamos con la indicación de la Academia, como editora, un dato para fecharla posteriormente. Pues la nota, completamente desatinada, como de lo dicho se desprende, está copiada literalmente de la portada de los *Proverbios* que aparecieron en 1864.

Mientras cada hoja tiene su numeración, como en ediciones posteriores, en ésta no se ha tomado el trabajo de omitir las ocho últimas, sino que faltan bastantes números y las cifras están bastante torpemente cambiadas. Sin embargo, con instinto que no era de esperar, el núm. 43 está colocado al final del libro.

En las Bibliotecas Nacionales de París y Madrid se conservan algunas impresiones, que en parte discrepan en la inscripción ó en el número, y que, sin duda, respondían á exigencias personales del artista. El color rojo que en las anteriores impresiones fué encomiado por la literatura profesional, es en realidad una derivación muy pequeña en pardo del negro. Fácilmente se explica la variación en la numeración respecto del proyecto editorial. En las seis primeras planchas hay delante del número una P., que significa página.

Las enojosas circunstancias á que dió lugar la venta de libros y el miedo á las consecuencias de su atrevido lenguaje, determinaron á Goya en 1803 á ceder su edición al Estado. Su carta al Secretario del Tesoro es como sigue:

«Exmo. Señor: He recibido la Real orden de S. M. que V. E. se sirve comunicarme con fecha del 6 del que rige, de haber admitido la oferta de la obra *Mis caprichos*, en ochenta cobres, grabada á la agua fuerte por mi mano, la que entregaré á la Real Calcografía, con la partida de estampas que tenía tiradas á prevencion que son 240 exemplares, de á 80 estampas cada exemplar, por no hacer el menor fraude á S. M. y satisfaccion mía en mi modo de proceder.—Estoy muy agra-

decido de la pension de doce mil reales que se ha dignado S. M. conceder á mi hijo en recompensa de lo que doy infinitas gracias á S. M. y á V. E.—No me ha contestado V. E. ha una carta mía en que le participaba que estaban ya acabados los retratos y la copia de el de V. E., hecha por Esteve, que solo faltaba la inscribcion y me la ha pedido barias veces; tambien proponía que si V. E. gustaba mandaría yo hacer los marcos para los originales, y que yo mismo iría á colocarlos en donde V. E. me mandase, para que tubiera el gusto de encontrárselos ya colocados.—No desea más que las órdenes de V. E. y que se conserve bueno. Dios guarde la ymportante vida de V. E. muchos años. Madrid 3 de Octubre de 1803.—Exmo. Señor. B. L. M. de V. E. su más atento y reconocido servidor.—Francisco de Goya.—Exmo. Señor D. Miguel Cayetano Soler.»

«En recompensa de este dón» le fué concedida una renta de 12.000 reales para su hijo, para que se distinguiese como su abuelo materno (también se citaba á su tío Francisco Bayeu, muerto en 1795) y como su padre. Mas tarde, se depositó esta suma, con la excusa de que el joven Goya no necesitaba ya dinero para su educación. Pero en un escrito del padre, de 10 de Junio de 1816, por tanto ya bajo Fernando, se reconoce la justicia de la ayuda «por haberla concedido en recompensa, aunque en expresión del objeto que entonces tenía su padre en hacerlo viajar (1) y se acepta la suma.

Carderera habla de una segunda edición, hecha por la calco-grafía, bajo la dirección de Esteve, en 1806-07 (2). ¿Es que se vendieron realmente los 240 en tres años?

Por su asunto, ejercieron siempre los caprichos la mayor atracción, y los librepensadores y revolucionarios dieron á Goya el nombre severo censor de costumbres y despiadado satírico. Los epigramáticos epígrafes, escritos con estilo lapi-

(1) Viñaza: o. c., pág. 53.

(2) *Gacette des Beaux Arts*, 1863. XV, pág. 241.

dario, no siempre explicaban con claridad el asunto, pues á menudo resultaba oscuro ú oculto. Goya mismo escribió un comentario á las hojas, cuyo manuscrito conserva el Museo, adquirido de la testamentaría de Carderera. Explícase el que no se haya impreso, y sólo corra manuscrito, por sus dilaciones y los cambios de plan en la edición. Un segundo escrito del maestro, algo abreviado, y con pequeñas variaciones, se conoce por la publicación que de él hizo Iriarte en facsímil. Este importante documento es, en su fondo, no más sino una explicación detallada de los epígrafes. La base fundamental de este escrito es una generalización tendenciosa, y como Goya se declaraba en el prólogo lejos de toda alusión político-satírica, no encontramos ningún nombre ni palabra que se relacione con algún suceso de la vida pública ó cortesana. Con frecuencia cae el autor en un tono de maestro, cuya ingenuidad desentona.

El público no se contentó con tan sencillas explicaciones, y cada uno interpretó á su gusto la obra, viendo en ella, tan pronto una intención política como obscena, y buscando siempre personalidades.

El Conde de la Viñaza publicó un comentario, en el cual creyó reconocer el modelo de una chapucería, muchas veces citada por Lefort (1), y donde los más conocidos nombres de la corte, como la Duquesa de Alba, el Príncipe de la Paz, la Reina misma, estaban relacionados con historias escandalosas. Mucho más escándalo produjo una explicación en lengua francesa, mucho más atrevida en sus presunciones y comentarios, y de cuyas obscenidades decía Lefort en confianza (1): «Quien conozca á los hombres, sabrá que las mayores atrocidades son creíbles aun en nuestros días.»

Pero si estas hojas significaban realmente lo que el odio y la malicia querían leer en ellas, ¿cómo había el autor, aun en

(1) O. c., pág. 134.

(2) Lefort: O. c., pág. 38.

aquellos tiempos algo librepensadores, de considerarse seguro ni por un momento? El carácter llano y recto de Goya; su algo manso respeto por los grandes de la corte y el Estado, cosa que llevaba en la sangre, su lealtad y agradecimiento por los que le habían favorecido, hacen inverosímiles todas estas interpretaciones. ¿Ni cómo Godoy, al que se dice que estaban consagradas media docena de tales hojas, había de haber recomendado su compra por el Estado (1), y ordenado que fueran editadas por la Real Calcografía, él que era poco menos que un Federico el Grande? Además, las interpretaciones políticas que se quiere hacer, son demasiado sutiles para ser preferidas á una explicación natural del asunto.

Nada de libelo político, nada de sátira personal debe buscarse en dichas hojas, sino sólo las nobles inspiraciones de un espíritu independiente, la santa indignación de un hombre que de día en día penetra más hondamente la humanidad, pero que no revela las debilidades individuales. Como pocos en España, vislumbró Goya el aletazo de los nuevos tiempos, y fué su misión, combatiendo toda impureza, escombrar el terreno sobre el cual había de levantarse un futuro mejor que él veía en sus ensueños.

Revelando despiadadamente los defectos de la sociedad, veía en la mujer la causa de la mayor parte de sus males. Su responsabilidad y culpa en la mala educación de los hijos á los que se asusta con el «coco» (3), ó se castiga con ira por cualquier torpeza ó terquedad (4). Un largo capítulo retrató su vanidad: el gusto de adornarse (17, 31), que no conoce límites de edad (55), las ridiculeces de la moda (26) y el pernicioso influjo de las dueñas (15). Pasa después al matrimonio con frecuencia, vil comercio de la belleza (14); mas pronto llega el arrepentimiento á estos encadenados que no se pueden desatar (75) y acércanse las amantes y llegan los temores (9); las alcahue-

(1) Memorias, III, pág. 278.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONÉS

tas las llevan á los bailes de máscaras (2, 6), las citas que acarrearán la desgracia de los maridos (5, 7, 27). Síguese el duelo, y después el arrepentimiento ante el cadáver del esposo (10). Mala noche, lluvia y viento (36). Sigue hasta el día de la justicia (23) hasta la prisión (22, 32, 34, 36) y la picota (24). Vemos mujeres que seducen á los hombres (19) para desplumarlos y echarlos después á escobazos (20), ó descañonarlos (35). La religión sólo es exterioridad y se arrodillan ante un tronco encapuchado (52). Arrancan los dientes á los ahorcados con fines de hechicería (12) y conjuran al diablo (74). La superstición da rienda suelta á la inconsistencia moral de brujas y demonios.

Allí despliega Goya sus dotes de figura en las más atrevidas formas que honrarían á un Bosch. Algunas figuras recuerdan las grotescas caricaturas de Leonardo. Cabezas de ave, machos cabríos, burros ó puercos, á veces, sobre cuerpos esqueléticos; otros tienen pezuñas, garras y zarpas en los pies, grandes alas de murciélago en los hombros, y no siempre sus miembros están donde debieran estar. Aves de rapiña, murciélagos, gatos, son adecuado cortejo de esta monstruosa gente. Se entretienen en volar (60, 72, 61, 62); cabalgan en escobas, empelotados en el aire (69) y forman con las brujas extraños grupos fantásticos (47, 60). La vieja prole se reúne en consejo (46) y toman rapé como caballeros (45); las almas en forma de diminutos niños están hacinadas en cestos (45) ó ensartadas en hilos.

Otras veces se ríe de la estupidez de la nobleza (50), de la incapacidad del ejército (76); los monjes, en especial, son tratados con dureza. Su gárrula elocuencia (53), y sobre todo su pereza, codicia y glotonería (13, 49, 78, 79, 80), dan ocasión á donosas burlas.

Los grupos de asnos referíanlos á Godoy aquellos intérpretes que no comprendían estas moralejas sin alusiones personales (37-42). Se decía que había ganado el favor de la reina por su habilidad en tocar la guitarra, lo que él desmentía en

sus Memorias (1). Tampoco considero necesario protestar contra las ridículas profecías de sus aduladores que le anunciaban un trono para el porvenir (2). En la hoja 37 quísose reconocer á Aranda. Más difícil apareció la explicación del burro tomando el pulso y del pintor y de los burros á caballo, uno sobre otro, pues no se sabía cuál de ellos representaba al favorito.

En el Charlatán sacamuelas, con el título *El conde palatino* (de paladar), se creyó ver á Urquijo, y en efecto, hay en él, así como en el núm. 56, cierta semejanza con el retrato del Ministro que existe en la Academia de la Historia; pero es dudoso por el estilo, que es del año ochenta. También se olvida que aquel intrigante sólo entró en la vida pública después de 1798, cuando los caprichos ya estaban hechos. Los números 25 y 44 fueron endosados á la reina. Sin embargo, bastan estos ejemplos para demostrar la tontería de tales interpretaciones.

Una palabra sobre el autorretrato que encabeza los *Caprichos*, el cual sólo apareció en la edición de 1803. Goya aparece en él prematuramente aviejado; sus ojos tienen la mirada del flagelador; en su rostro hay una singular mezcla de melancolía y desconfianza, tal como se suele ver en los sordos. Nos imaginamos de otro modo al favorito de las damas de la corte. Un estudio al óleo, sin sombrero, de este grabado, que apareció en París, no hace mucho, parece un trabajo de Lucas (3). También el tosco dibujo á pluma, del marqués de Seoane, del libro de Araujo Sánchez, es dudoso.

VALERIANO DE LOGA

(Continuará.)

(1) *Memorias*, I, pág. 10. «Jamás he tocado ni he cantado, ni conozco la música, lo cual tengo por desgracia.»

(2) *Memorias*, I, pág. 19.

(3) Catalogue des dessins et tableaux de M. L. D. Paris, 7 Junio 1901, Hôtel Drouot, núm. 3 (3.100 F.) *Chronique des Arts.*, 1901, núm. 29, 7 Septiembre.

RECUERDOS

Eran los últimos días de Diciembre del año 1870.

Días desagradables de invierno: lluvia, viento, frío y nieve.

Nevadas generales: de un manto blanco y helado estaba cubierta la Mancha, que yo pocos días después atravesaba para recibir al nuevo rey D. Amadeo, elegido por las Cortes Constituyentes.

Sobre todos nosotros pesaba algo así como un triste presentimiento.

¡Un presentimiento!

Yo creo que no he sido sincero al dictar esta palabra.

Si estuviera escribiendo artículos literarios en que dominase la nota romántica, no me arrepentiría de haberla escrito, ó, mejor dicho, de haberla dictado.

Pero como estos artículos ni son de Literatura ni son de Historia; como no son otra cosa, y su título lo dice, que «recuerdos» de sensaciones recibidas hace cuarenta años; como no reflejan, ni quiero que reflejen, otra cosa que la verdad del recuerdo que hoy despierta, yo debo declarar que no sé si pesaron sobre mí los tristes presentimientos que antes expresaba.

Tristeza, sí; pero presagios, no.

Esto de los presagios, me parece que ha sido pura retórica.

Hay muchos presagios *á posteriori*, y estos hubieran sido unos de ellos.

La tristeza estaba justificada, porque el mes de Diciembre, por lo regular, no es muy alegre.

Lo era para mí cuando niño, porque llegaba el mes de las grandes vacaciones, que casi empezaban el 15 y que duraban hasta después de Reyes.

Y ¿qué mayor alegría para un chico que veinte ó veinticinco días de vacaciones?

Y era el mes de los nacimientos; yo fabriqué muchos en aquella época, en casa de uno de mis compañeros que se llamaba Cuenca.

¿Por qué recuerdo con claridad perfecta nombres de aquella época, y me cuesta trabajo recordar los nombres de personas á quienes hoy trato con bastante intimidad?

Vaya usted á preguntárselo á las celdillas cerebrales en general, y á la neuronas de Cajal más particularmente.

Sí; en compañía de Vicente Cuenca y de su hermano, yo construía nacimientos que llenaban toda una sala; he construído montañas con más altos y bajos, más barrancadas y picos que las que ha construído nuestro planeta en las épocas geológicas.

Y con menos recursos; que ahí está el mérito.

Con banquetas de las que se empleaban para sostener los cofres, con taburetes, con tablones, con sillas de paja de las que sirven para los niños y con otras primeras materias de esta clase; así fabricábamos el armazón, el esqueleto de la montaña, mejor dicho, de la cordillera, que de un extremo á otro del amplio salón se extendía.

Todo cubierto con *papel de estraza*, que estaba entonces muy en boga, y además era muy barato, y que tenía un tinte montañoso que á veces no logran ni las montañas verdaderas.

Además, lo jaspeábamos con tinta de escribir y con almazarrón, resultando con todo ello un terreno montañoso, que los Alpes y el Himalaya nos hubieran envidiado.

E. M.—Agosto 1909.

¡Y con qué sencillez de medios!

¡Vaya un mérito, que la Naturaleza fabrique los Alpes y los Pirineos y los Andes; que me dé sus terrenos y sus rocas, y allá veremos quién alcanza mayor grandeza, si ella en siglos y siglos, ó un par de chicos como nosotros en los breves días que preceden á la poética noche del Nacimiento!

Y después de la montaña, venían los ríos y los lagos de cristal, y las fuentes de hilillos de plata, y los árboles y el ramaje, que á contribución poníamos todo el de la sierra de la Fuensanta, y al fin, la estrella que había de guiar á los Reyes Magos y había de posarse sobre el portal de Belén.

No hay en todo el cielo estrellado estrella de picos más gallardos que la que recortábamos nosotros en un pedazo de hoja de lata.

¡Sí; el mes de Diciembre era entonces para mí un gran mes, de alegría artística, religiosa y hasta geológica; y alegría inacabable, si no hubieran venido á darle fin y rematarla con su intempestiva llegada los Reyes Magos.

*
* *
*

Pero todo aquello estaba ya muy lejano; el mes de las vacaciones y de la Navidad, que fué mi encanto cuando chico, perdió toda su poesía para mí desde mucho antes de ser ministro de Fomento, y mucho más después de serlo, que el único personaje de toda la familia bíblica que yo comprendía y envidiaba, sobre todo cuando se me revolvían los estudiantes de la Universidad Central, era Herodes con su degollación de Inocentes.

—¡Señor!—pensaba yo;—no hay que juzgar de ligero los actos de los gobernantes y de los hombres políticos.

Una degollina de inocentes no se justifica, pero acaso pueda explicarse.

De todas maneras, y dejando á un lado aquello de los presagios, presentimientos y demás adornos de la retórica román-

tica, el mes de Diciembre del año 70 fué un mes muy triste, aun antes de la tragedia.

Triste físicamente, por el cielo nebuloso, por el suelo nevado, por el viento de hielo.

Y triste moralmente, porque lo es el fin de toda gran empresa, aunque en la empresa se triunfe. Es triste todo lo que acaba, como es alegre todo lo que empieza, si empieza en compañía de la esperanza.

Los dos años de la revolución, mejor dicho, los dos años y meses de la revolución de Septiembre y de Cortes Constituyentes, fueron revueltos, agitadísimos, sangrientos más de una vez.

Luchas, sublevaciones, guerras, amenazas de desquiciamiento social, ideas que se agitan, grandes pasiones, grandes problemas; la democracia individualista, triunfante en toda la línea; la federal, bregando por despedazarnos y por sembrar los pedazos á granel, con la esperanza de que brotaran Estados poderosos; el carlismo, rechinando los dientes y preparando una guerra más.

Todo esto era la fiebre, pero no era la tristeza, la tristeza helada y deprimente; no era el abatimiento; el abatimiento y el frío se sentían en el mes de Diciembre, en el mes de la tragedia y de la muerte del general Prim.

La revolución había triunfado, había realizado una buena parte de la democracia, había sembrado muchas ideas, había dado á España la célebre Constitución del 69, traía como rey al hijo del rey de Italia; por eso digo que la revolución de Septiembre había triunfado.

Pero tras un gran esfuerzo viene un gran cansancio; y ese cansancio sentíamos todos los políticos, y yo creo que hasta el mismo general Prim, desde que salió de la Península la Comisión parlamentaria que iba á Italia á ofrecer la corona al príncipe D. Amadeo.

Hasta las sesiones que por aquellos días se celebraron, eran descoloridas, frías, sin grandeza, siniestras acaso.

No se discutían grandes ideales: la libertad religiosa, la libertad de la prensa, el sufragio universal; se discutía la lista civil, el cómo había de terminar sus funciones la Cámara, ó se atacaba cruel é injustamente al general Prim.

Y todo esto bajo un cielo plomizo, que apenas tenía luz para penetrar en el Congreso; y al salir del Congreso, mucha nieve, poca gente y noches de Diciembre.

*
* *

Si hubiera un sér que por arte de magia le dijese á uno: dentro de dos ó tres días va á ocurrir un suceso muy trascendental, muy grave, muy trágico, que va á influir poderosamente en los destinos de tu patria; conque prepárate, y pon á prueba todas tus facultades de observador.

Ni te digo cuál es ese suceso, ni aunque te lo dijera podrías evitarlo, porque la fatalidad se impone, y contra la fatalidad tú no podrías luchar; pero ya puedes estar sobre aviso, y abrir bien los ojos y los oídos, y anotar todo lo que pueda ser precedente de esa catástrofe, porque de una catástrofe se trata.

Si á uno le dijeran con autoridad profética lo que precede, podría uno hacer lo que hacen los novelistas y aun los historiadores: describir minuciosamente los antecedentes, los presagios y el escenario en que el drama ha de llegar á desarrollarse.

Pero como yo en estas crónicas no funciono ni como novelista, ni como poeta, ni como historiador, tengo que declarar lealmente que el trágico suceso me cogió de sorpresa.

Y no porque no se hablase en Madrid de que algo se preparaba, que podría influir en la marcha de la política.

Y aun es más: muchos anunciaban ó temían que se atentase contra la vida de D. Juan Prim.

Pero estas cosas se dicen, y casi siempre resultan falsas. El vulgo está constantemente fabricando dramas, que casi nunca llegan al escenario de la realidad.

Por eso yo, dicho sea lealmente, ni daba importancia á tales rumores, ni jamás llegué á creer en ellos.

Y sin embargo, otros eran más perspicaces que yo, ó estaban mejor enterados, ó acaso tenían hilos secretos y misteriosos que les transmitían amenazas ó vibraciones de muerte.

Y valga un ejemplo.

*
* *

El día antes, ó dos ó tres días antes, esto no puedo precisar, del trágico suceso, estaba yo en el banco azul con don Juan Prim, y Manuel Merelo vino á sentarse en el banco de detrás, en el que suelen sentarse las Comisiones cuando se discute algún proyecto de ley.

Se inclinó hacia nosotros y nos saludó, y D. Juan Prim volvió un poco el cuerpo y le tendió la mano.

Me parece que en este instante veo el movimiento del general, porque en mis recuerdos no hay término medio. O bien olvido en absoluto los sucesos y las cosas, ó las recuerdo con tanta claridad y firmeza como si de presente estuvieran ante mí.

—Buenas tardes, mi general—le dijo Merelo. Ya poco falta, esto se acaba.

—A Dios gracias—le replicó D. Juan.

Aquí una pequeña pausa.

Y Merelo, inclinándose hacia Prim, bajando la voz, y un tanto indeciso y vacilante, cosa extraña en él, que en sus actos y en sus palabras era enérgico, le dijo:

—Mi general, quisiera decirle á usted una cosa.

—¿De qué se trata?—le dijo D. Juan, volviendo un poco la cabeza y con su afabilidad acostumbrada.

Nueva pausa.

Don Juan repitió la pregunta.

—Si no me atrevo á decirle á usted lo que quisiera decirle.

—¿Tan desagradable es el asunto?

Es que tengo miedo de que se enfade usted.

—¿Miedo?—replicó el general sonriendo.—¿Es que han conseguido ya que hasta mis amigos me tengan miedo?

Y continuó Merelo diciendo, pero ya con aire resuelto:

—Es que positivamente va á usted á incomodarse; pero yo se lo digo aunque se incomode usted.

—Vamos á ver si realmente me incomodo.

—Mi general, lo que usted hace no es prudente; ¿usted no ha oído lo que por ahí dicen?

Don Juan adivinó hacia dónde se dirigía el diálogo, y empezó á fruncir el entrecejo.

—Dicen tantas cosas, tantos desatinos, que no sé á cuál de ellos puede usted referirse.

—Pues dicen—continuó Merelo en voz aún más baja, pero más enérgica,—que quieren matarle á usted.

El general sonrió, y acentuó su sonrisa diciendo:

—Sí, ya me han comunicado esa noticia varias veces en cartas, en anónimos, en la prensa y de palabra. Pero hasta ahora no han acabado conmigo.

—Y eso que usted les deja el campo libre á los asesinos, y les brinda con ocasiones, que Dios quiera que no aprovechen.

—Pero, ¿qué quieren ustedes que yo haga?—replicó Prim empezando á incomodarse,—¿que me meta en mi casa? ¿que me rodee ridículamente de policía? ¿Quieren ustedes que don Juan Prim proclame á gritos que tiene miedo á unos cuantos vocingleros ó á unos cuantos borrachos? ¿No ven ustedes que me están poniendo en ridículo?

—Mire usted, D. Juan—insistió Merelo,—entre esos vocingleros y esos borrachos hay gente muy atravesada.

—¿A que no se acercan á mí?—murmuró D. Juan Prim en voz reconcentrada y apretando los dientes.—¡A que no se acercan—repitió apretando el bastón que llevaba en la mano—mientras tenga esto!—refiriéndose, sin duda, al pequeño puñal, más bien que estoque, que en el bastón llevaba.

—No necesitan acercarse á usted, pero pueden mandarle una bala.

—Bah, amigo Merelo, las balas pocas veces aciertan.

Yo apenas tomaba parte en este diálogo, que si no en las palabras, en el sentido general y en muchas de sus réplicas, respondo de que es rigurosamente exacto. Y cuando tomaba parte, era para apoyar á Merelo, aunque me parecía que exageraba y que insistía demasiado.

Pero él insistía; que si D. Juan era terco, Merelo, con formas corteses y respetuosas, no lo era menos.

—Mire usted, D. Juan—continuó explanando su pensamiento,—yo no quiero que se ponga usted en ridículo rodeándose de todas esas precauciones que usted rechaza, y que yo, en su caso de usted, rechazaría también; pero hay una cosa que usted hace, y perdóneme usted que se lo diga, que es una grandísima imprudencia.

—¿Cuál es? Porque imprudencias he cometido muchas en este mundo; ahora es precisamente cuando me voy volviendo más juicioso.

—Usted, cuando sale del Congreso, va siempre al Ministerio de la Guerra por el mismo camino, por la calle del Turco y la calle de Alcalá. Siempre el mismo camino.

—Naturalmente, el camino más corto y más directo. ¿Por dónde quiere usted que vaya?

—Quiero, y queremos todos, que cambie usted de camino con frecuencia. Unas veces puede usted ir por la calle del Turco, otras veces por el Prado, por la calle ancha, ó por la calle de Trajineros. De cuando en cuando, por la Carrera de San Jerónimo, la calle de Cedaceros y la calle de Alcalá; pero de ningún modo siempre por el mismo itinerario, porque eso es aleccionar á los asesinos.

—¿Pero usted cree que existen asesinos? En la intención ya sé que existen; pero para matar á D. Juan Prim se necesita mucho corazón.

—Pero ¿qué le cuesta á usted, mi general, esta sencillísima precaución que le indico?

—Me cuesta tardar veinte minutos en llegar á casa, cuando puedo llegar en diez minutos; y me cuesta tener que decirle todas las noches al cochero: vamos á ir por tal parte, porque si voy por tal otra, tengo miedo de que me maten; y me cuesta, sobre todo, oírles á ustedes con paciencia; yo voy por donde voy, y por donde debo ir, y sea lo que Dios quiera, y me he jugado tantas veces la vida, que no he de regatearla como un pobre diablo al cabo de mis años.

Y volviéndose un poco, y ya de mal talante, dió por terminada la conferencia.

—Ya sabía yo que iba usted á enfadarse—dijo Merelo.

—Eso no—replicó el general, y volviéndose de nuevo le tendió la mano,—y le agradezco su interés; pero el interés y el cariño les hacen á ustedes ver visiones.

Este diálogo, vuelvo á repetirlo, en su forma general, es auténtico, como si el fonógrafo hubiera existido entonces y lo hubiera recogido.

Mi memoria para estos casos es un buen aparato receptor.

*
* *

Las advertencias de Merelo, declaro que no me hicieron gran impresión: á tal punto llegaba mi ceguedad ó mi estupidez.

Jamás me ocurrió en aquellos días ni que mataran al general Prim, ni que intentaran matarlo.

Y como yo no sospechaba que el día del asesinato iba á ser un día memorable en la historia política de España, el día del suceso fué para mí como otro día cualquiera.

Ni me fijé en nada, ni almacené en mi memoria recuerdos especiales, sino que me dejé llevar por la monotonía de la costumbre.

Fuí al Congreso, pero ni siquiera sé de qué se trató; seguramente vi al general Prim, pero no recuerdo haberle visto. Estaríamos juntos probablemente en el banco azul algún rato, pero yo no lo recuerdo.

Todo lo que precede al crimen se ha borrado en absoluto de mi memoria.

Cuando obligo al pensamiento á volver la vista á lo pasado y á reconcentrarse en las horas que precedieron al asesinato del general, veo un cuadro negro nada más, y si acaso, manchas blancas de nieve, manchas rojas de sangre.

Acabó la sesión, tomé el coche, y me fuí á mi casa por el camino de siempre; era el mismo que seguía el general Prim, porque yo vivía en la calle del Barquillo, y por lo tanto, iba siempre por la calle del Turco; pero yo no observé nada; verdad es que tampoco me fijé.

Probablemente, pasaría por el sitio del crimen momentos antes que el general, pero pasé completamente distraído.

Si me preguntan: ¿no vió usted un carro dispuesto á entorpecer la salida de la calle del Turco? ¿No reparó usted si había hombres en la puerta de la taberna situada al extremo de la calle?

Yo diría: No me acuerdo; ni vi nada ni observé nada.

Y llegué á mi casa, y un rato después me sentaba á la mesa y empezaba á comer con mi familia.

Antes de concluir llamaron á la puerta, y un portero, ordenanza, ó no sé quién, en fin, alguien del Ministerio de la Guerra, preguntaba por mí, revelando tales ansias y apresuramiento, que tuve que salir yo mismo, interrumpiendo mi comida, á preguntarle qué ocurría.

—Que vaya ahora mismo—me dijo—al Ministerio de la Guerra, que se reúnen los ministros, que han querido matar al general Prim y que está malamente herido.

Y sin darme más explicaciones y casi sin pedírselas yo, tan aturdido me dejó la noticia y tan de pronto cayó sobre mí, se fué el ordenanza á toda prisa.

Dejándolo todo, cogí el sombrero, me fuí á la calle, y á pie, porque el coche ya lo había despedido, estuve en cinco minutos en los salones del Ministerio de la Guerra, que ya estaban llenos de gente.

Militares, diputados, algunos ministros, no todos, porque como yo era el que vivía más cerca, fuí de los que primero llegaron, y los familiares é íntimos de la casa se agitaban y hablaban en voz baja y con gran emoción.

Un cuadro confuso, del cual no recuerdo más que el aspecto general, porque también mi confusión y mi ansiedad eran grandes.

Yo no entré ya en la alcoba del general.

Me dijeron que estaban la condesa, los médicos, el duque de la Torre y Topete.

Al general ya no le vi nunca.

¡Qué tristeza! Había estado durante dos años casi en intimidad diaria; ya, para siempre, nos separaba toda una eternidad.

En el mundo, las cosas más enormes suceden de pronto de la manera más sencilla.

Cada vez acudía más gente á los salones.

Oyendo á unos y á otros, conocí los pormenores del crimen.

Fué en la calle del Turco, según contaban, al desembocar en la calle de Alcalá.

Un carro, atravesado seguramente de intento, detuvo el coche.

Los asesinos hicieron fuego.

Y preguntaban: ¿Y cuando llegó el general, tuvieron que subirle?

Y contestaba otro de los que parecían bien informados: No; ha subido él por su pie, firme como siempre, impasible como siempre; y á la condesa, que salió á su encuentro, la dijo antes de entrar en la alcoba:—Mira, mira, cómo han puesto á tu marido.

Y todos preguntábamos con ansia: ¿Pero dónde le han heri-

do? ¿La herida es grave? Y todo el mundo daba contestaciones, según sus noticias.

—No, no es grave; algunas heridas en el brazo; pero á la caja del cuerpo no ha llegado ninguna bala.

Y replicaba otro:—Por desgracia, eso no es cierto; las heridas son gravísimas; el brazo está destrozado, y la amputación será imposible, porque tiene destrozado también el hombro.

—No será tanto—suponía algún optimista, que, según parece, vió llegar al general,—porque traía el bastón en la mano; por cierto, que venía hecho astillas.

Yo me acordé de aquel bastón que el general apretaba días antes en el banco azul, medio sacando la hoja del puñal, y diciéndole á Merelo:—¿Quién se acerca á mí mientras yo tenga esto?

Así pasamos no sé cuánto tiempo, ni si fueron minutos, ni si fueron horas, oyendo noticias del enfermo y comentarios del crimen.

Han sido los republicanos.

Y alguno decía: no han sido los de *El Combate*; y álguien, con tono sombrío, agregaba: los de *El Combate* habrán sido el instrumento, pero los verdaderos criminales hay que buscarlos más arriba.

Contra cuya insinuación protestaban muchos.

—No digan ustedes disparates ni forjen ustedes novelas; los de *El Combate* se bastan y se sobran para cometer cualquier crimen; pero si era cosa sabida, si es público.

Y así se hablaba y se discutía, sin orden ni concierto, interrumpiendo los relatos, trayendo nuevas noticias del enfermo, acentuándose cada vez más la nota pesimista y salpicándolo todo con protestas de pena, ira é indignación.

En esto vinieron á avisarme:

—Que pase usted allá dentro, que están reunidos los ministros.

JOSÉ ECHEGARAY

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONES

HISTORIA ECONÓMICA

Allá por el año 1342, cuando tuvo lugar el episodio histórico del sitio de Algeciras, fué concedida la *alcabala*, tributo que es opinión corriente está considerado el más antiguo de que pudieron disponer los reyes de España. Lo cierto es que en las guerras, para sostenerlas, además de hombres, se necesita dinero, esté adquirido de mejor ó peor manera.

El abuelo y el padre de Alfonso XI, y éste imitándolos, hicieron gastos crecidos, sobre todo superiores á las fuerzas tributarias del país, y, por consiguiente, la riqueza privada tenía que resentirse de los gastos excesivos que habían de ser atendidos por la riqueza pública, ó sea el Estado. En aquellos reinados de tantas turbulencias como affligieron á la nación en el siglo XIV, no faltaron ciudadanos en Cortes (¿cómo faltar?) que atendieron mejor á su utilidad personal que á la general de sus conciudadanos.

El comercio pugnaba por tener facilidades en el tráfico interior, cuando los entorpecimientos por tributos y sus cobradores eran múltiples, sin defensa que poder alegar, ni arma legal con que defenderse, el arriero en el camino y el negociante en poblado. El 5 por 100 sobre cuanto se vendiese, estaba vigente. Todo cambio entre tratantes quedaba sujeto al Fisco, para tener su parte de ganancia segura, porque en las pérdidas no tenía el Fisco obligación alguna. Con lanza y espada, el caballero (fuéselo ó no) imponía su voluntad, satisfa-

cía su capricho, gozaba sus desórdenes, predominaba su ambición, vivían los ricos-homes, arrebatábanse villas y lugares, y el desorden tomaba carta de naturaleza entre aquellas pobres gentes inalfabetas. No importaba que el tributo fuese, en el orden moral, servil, y en el orden económico, agotador de los veneros de riqueza. Don Pedro, llamado el *Cruel*, heredó con creces las malas mañas y las intenciones aviesas de su tiempo.

Para D. Pedro no había respeto humano; y el que es más humano, el del bolsillo, aquel rey consideraba suyo el ajeno, como no le importaba el honor del prójimo, según frase poética de Zorrilla.

Por cierto que Urbano V (tal vez para evitar males mayores), concedió licencia á D. Pedro para cobrar las tercias reales, ó sea dos novenas partes de los diezmos eclesiásticos, siempre que se aplicasen á los gastos de las guerras contra los moros; tal sucedía el año 1363. El sangriento drama de Montiel, en verdad que no mejoró visiblemente las cosas, en cuanto á sufrimientos del ciudadano laborioso. Perjudicaban, más que otra cosa, las condiciones de exención y propiedades de alcabalas y tercios, por la corrupción social que sobrevenía, infiltrada por el favoritismo que se obtenía rastreramente, como es uso en todos los siglos, porque en ninguno falta la pasión miserable, que se vale hábilmente del engaño.

Enrique II, el *Dadivoso*, por sus inmorales prodigalidades para atraerse á su partido personajes influyentes, caciques de su época. Enrique, con compromisos anteriores á su reinado con los monarcas de Aragón y de Navarra; sin ley que cohibiese su gobierno personal el patrimonio del Estado, en cuanto lo había reducido; con él Enrique gratificaba espléndidamente á magnates de corona real ó de castillo feudal. ¡La representación nacional! Es hoy, y tantas veces está postergada por conveniencias, que son impuestas sin reparos ni respetos de justicia, vulnerándose así los fueros de la conciencia.

En el siglo XIV hubo repartos arbitrarios de alcabalas, tercias, jurisdicciones, y pueblos enteros que quedaban, más que

siervos, esclavos, aunque estuviesen bautizados según la ley de Cristo. Había que hacer á manos llenas mercedes, sin reparar en los sacrificios de los vasallos, y en ocasiones de la corona, para satisfacer la codiciosa ambición de los grandes.

Esto nos recuerda las frases que dirigió al pueblo Mirabeau en aquellos días funestos que tomó tanta parte el gran orador de la Revolución.

La revolución aristocrático-anárquica quiso acabar con ella Juan I. Empresa difícil. Difícil, por estar posesionados los señores de todos los resortes de gobierno, ó al menos, de una gran parte. La moda, que todo lo invade, había introducido en España, y principalmente en altas esferas, costumbres opuestas á las consuetudinarias españolas. La guerra, que era á mediados del siglo xiv manera habitual de vida. Contra don Juan, más ó menos ostensiblemente, estuvieron portugueses, ingleses, aragoneses y navarros. Las huestes moriscas, no se diga. Poco ó casi nada podía hacer para asegurar su corona el rey de Castilla. Por otra parte, el tiempo, que nada lo detiene, avanzando siempre, con él llegó demasiado pronto la muerte, que todo lo acaba, y acabó con D. Juan I, por consiguiente, con sus proyectos por realizar.

Algo más duradera fué la permanencia en el trono de Castilla de D. Enrique III, pero no menos desgraciada, sin ser los sucesos idénticos. Por de pronto, había la menor edad de don Enrique. Las parcialidades poderosas se disputaron el campo del dominio público. Las Cortes, convocada su reunión en Madrid, tenía por objeto principal la convocación decidir quién y quiénes habían de gobernar durante la menor edad del rey. Y nada menos que se tomó el acuerdo de que gobernase un Consejo, compuesto de cuarenta ciudadanos de todas las jerarquías. ¡Esto en aquellos días! Que no estaba aún proclamada la famosa *igualdad* ciudadana. Daba la fatalidad de ser la reina viuda D.^a Beatriz, madrastra del rey, y lo que era natural sucedió. El patriotismo no apareció por ninguna parte. A río revuelto, ganancia de pescadores. Estos lo fueron entonces los

grandes maestros de Santiago y Alcántara, los arzobispos de Toledo, Sevilla y Santiago, el duque de Peñafiel y otros ricos-homes. Todos sacaron partido en provecho propio.

¡Qué enseñanza la de la historia si estuviese bien aprendida!

Cuando D. Enrique, á los catorce años, tomó las riendas del gobierno, la situación era ingobernable, puesto que la Hacienda estaba en bancarrota, la aristocracia insubordinada; á ella vivían sometidos los vasallos; las labores de los campos descuidadas, la seguridad personal dentro y fuera de recinto amurallado arriesgada, y el rey reducido en el orden político á la nulidad, en el orden económico á la miseria, en el orden social á verse menospreciado y en el orden religioso quebrantada la fe. Entonces es segura la perdición nacional, no habiendo magnates ilustres que sepan dar buen ejemplo de cultura, moralidad, prudencia y miras levantadas.

Los nobles del reinado de Enrique III reinaban ellos más que su señor. Y siendo aquel reinado de gobierno personal, éste, repartido entre magnates que todo lo querían menos la pureza de conciencia, bastándoles á ellos llamarse nobles por los blasones que podían usar. Por esfuerzo supremo, D. Enrique hizo sentir bastante (aunque no lo necesario) el peso de su autoridad real, debilitando la fuerza de los *intermediarios* políticos, para llegar el rey directamente hasta el pueblo y ponerse con él en comunicación inmediata. Mas no había entonces prensa periódica, ni tribuna parlamentaria, ni ninguna de las manifestaciones públicas que exteriorizan la opinión con fuerza legal. Las fundaciones de conventos y capellanías, opuestas á la nobleza; la defensa nacional sin ejército; el erario público sin dinero con que atender á obligaciones urgentes, necesarias y justificadas. Todo preludiaba cantos de tristeza para días de luto en los destinos de la patria. Siempre la riqueza particular perseguida por la pública, ó sea lo que llamamos ahora Hacienda nacional.

Decía Francisco Salazar, el año 1812, sobre la restauración económica: «Ha contribuído al atraso de nuestra *agricultura*,

industria y comercio, no haber establecido el Gobierno un sistema nacional fijo. ¿Pues esto no puede repetirse ahora, aunque sea con diferentes palabras y por distintas causas? ¿Cabe nada más absurdo que estacionarse en la obra gubernamental económica ó romper radicalmente con su tradición?» Salazar, mencionando la Historia, dice: «Ha venido un ministro ó un soberano inclinado á la guerra ó á la marina, y no se ha pensado más que en *soldados* y en *navíos*, descuidando al mismo tiempo los ramos económicos.» Y es que las nociones de derecho (que implican deberes) se descuidaron siempre, lo mismo en el siglo xiv que en el siglo xix.

Con la marcha de los tiempos, no se ha tenido la atención necesaria. Sujetos de derecho como actores, como dotados de la exigibilidad, somos todos. Que todos tenemos fines que cumplir, y para cumplirlos, necesidad de medios adecuados á toda finalidad, claro está, dentro de la convivencia social. Esto, es lógico, lo demanda la ética, y la psicología tiene vasto campo de estudio donde desarrollarse la actividad intelectual, aunque en ella se corren grandes riesgos de errores en la escala gradual humana.

El derecho, que es en principio igual para todos, no lo es en el hecho por el uso distinto que puede hacerse.

El Evangelio dice: «Comerás el pan con el sudor de tu frente», y todos los apologistas del cristianismo están conformes con esa doctrina cristiana. El derecho natural, desde su fundación, acepta como bueno el pensamiento que desarrolla la opinión del sabio, reconociendo el fuero interno que existe individualmente, y se extiende ó alcanza su posesión á la colectividad como reverberación y multiplicación del derecho individual, que es fundamento, después de todo, éste, dándole á aquél garantías de vida en el medio social donde sean ellas apropiadas para conseguir eficacia al respeto mutuo y para que la desigualdad real, que ejerce influencia sobre la sociedad, no llegue á extremos tales, que den por resultado una intransigencia mortal; es decir, que el derecho positivo no atente

por decisiones del legislador á lo que debe considerarse invulnerable en cuanto corresponde ser respetado por su procedencia de origen divino, lo que es patrimonio del alma en cuanto pertenece á los fueros de la conciencia por ineludibles responsabilidades. El derecho, en lo que tiene de humano, que es potestativo y arranca de la libertad en ejercicio del hombre, no puede, mejor dicho, no debe intentarse ponerlo en pugna con el derecho natural; y para los fines terrenales, lo que es peculiar del planeta que habitamos, no ha de haber extralimitación que desvirtúe lo que es natural, su legítima existencia.

En puridad de doctrina, los más eminentes jurisconsultos, no es que hayan querido, en derecho, transformar á los siervos de la gleba en siervos del taller. Y el aforismo jurídico es cierto: «Todo el que necesita tiene derechos; todo el que puede tiene obligaciones.» Mas se hace la *confusión* desde el momento que el legislador pretende inmiscuirse en cualquiera ciencia, y pretender (intento vano) darla leyes contrarias á su natural manera de ser. Es lo que pasa con la ciencia económica, que está comprendida en los preceptos eternos sobre que se fundamenta la historia natural, por ejemplo, y se dan leyes fatales.

Dicho se está, con la diferencia esencial, que separa y distingue de lo que queda bajo la acción fatal de lo que es jurisdicción del libre albedrío. Y ahora que se legisla á favor de la clase obrera, la cual integra una representación poderosa, resulta una ficción (algo más que tiene su sanción) querer, y lo que es peor, conseguirlo, el favoritismo de la plutocracia sobre quienes no han de asistir á sus banquetes, en perjuicio, con el tiempo, de la clase plutócrata, aunque no sea más que porque quien siembra vientos, recoge tempestades. Además, que los odios inveterados son contrarios al verdadero progreso.

La democracia se ha proclamado, pero se ha hecho sin especificación; por lo tanto, sin ética, y tampoco con prudencia. Porque desde el momento que el legislador se apasiona, no razona serenamente. Por lo menos, en la práctica, si se trata de

proteger á la niñez desvalida, á la mujer desamparada, al hombre ignorante, la misión tutelar no queda cumplida. No puede quedarlo, cuando se proclama la libertad *humana*, y á lo que es más humano se falta. Si se encarecen los alimentos con trabas internacionales. Y lo mismo puede decirse de los vestidos, de las viviendas, de la instrucción, de la higiene, de todo lo que tiene íntima relación con los intereses materiales, que son necesarios, por ser sostén firmísimo del cuerpo, donde se alberga el espíritu, para sus maravillosas manifestaciones.

El fundamento racional de la propiedad afirma la naturaleza humana. Y tan es así, que aquellos tiempos de guerras permanentes, de riesgos inevitables en los viajes, de secuestros por opiniones, de castigos por venganzas, han desaparecido en gran parte. No hace falta espada al cinto, como sucedía en siglos anteriores. Los mercados, que eran presa de bandidos; las expediciones marítimas, que estaban á merced de la piratería; tanta aventura ha sido sustituida por un orden de respeto á la propiedad. Esta, ahora, es lo que se ventila: hasta dónde es lícito que alcance su esfera de acción. Por eso se dice que nada es tan *insolente* como llamarse propietario de lo que es inmoral poseer. Y se define el derecho de propiedad, como el conjunto de medios, que se realizan por actos de voluntad libre, ellos necesarios bajo forma jurídica. Si se interrumpe la relación social por aglomeraciones incoherentes, sucede como acontece con la corriente de aguas, que, contenidas indebidamente, anegan los campos más que los fertilizan.

Si pasamos revista á la Constitución de 1812, al Estatuto de 1834, á la Constitución de 1837, á la Constitución de 1845, al Proyecto de Reforma de 1852, á la Reforma de 1857, en toda esa legislación los defectos saltan á la vista, y si cabe, lo que es peor: el *incumplimiento*. La última de nuestras Constituciones, ¿qué conserva del espíritu y letra de la Constitución de 1812, con ser ésta tan progresiva? Por más que no puede desconocerse que del año 1812 al 1909, el problema obrero, la mayor libertad de imprenta, el perfeccionamiento de la *carre-*

ra de ciencias, ese todo es grandioso; los medios de locomoción han avanzado asombrosamente; el feminismo es nuevo aspecto social que requiere estudio detenido. En fin, novedades privadas y públicas son muchas; mas con ellas, ¡cuántas caídas ha dado la humanidad! En España, el aumento de población peninsular es considerable; pero la disminución de población colonial no lo es menos...

*
* *

Bravo Murillo, en el año 1857, recordaba una alusión parlamentaria que le había hecho el año 1852 Ríos Rosas, acerca de los proyectos de reforma de este año. Bravo Murillo, considerando ó recordando todos los sucesos; él, que además de político, era hacendista, era administrador, era protector del trabajo nacional, era de costumbres sencillas, era español convencido. Bravo Murillo cometió errores; pero erraba en lo cierto, cuando dijo al Parlamento: «A qué situación vino el Estado á parar el año 1854, que duró los años 1855 y 1856; creyendo indispensable que, lejos de olvidar aquellos acontecimientos, estuviesen presentes siempre, constante, perpetuamente, en la memoria de los Gobiernos, de las Cortes, del Senado, del Congreso y del Gabinete; en fin, de todos los hombres públicos influyentes en los destinos de la nación.»

Bravo Murillo fué, á su manera, otro Claudio Moyano, en cuanto á ser ambos influyentes como personalidades civiles. Debía y convenía cumplirse la ley de la división del trabajo, y que los militares tuviesen su esfera propia de acción, como los prelados la suya, y lo mismo los letrados y los economistas.

Por entonces (del año 1852 á 1860) fué cuando la opinión pública en Inglaterra y en Francia se preocupó de los armamentos en sus respectivos arsenales: esto es, cuando tuvieron lugar los llamados *trois paniques*, que ocuparon sabiamente á Ricardo Cobden, ante los recíprocos temores de aquellas dos naciones poderosas. Y España, por no tomar el consejo de

PERTENECE Á LA
BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

Bravo Murillo, hasta cierto punto, por convivir más con las genialidades de Larra (Fígaro) y de Espronceda, se prepararon materiales con los que encender la hoguera de la libertad, en vez de depurar la *verdad* con buen sentido político, y de ordenar la Administración pública con *labor justificada*. Gracias que el progreso se impone, y las reformas se abren camino por la fuerza de las circunstancias.

Mas serán siempre lamentables las malas consecuencias, brotes de causas desdichadas. Así, por ejemplo, fijémonos en los presupuestos del Estado.

Año 1857: ingresos.....	496.768.301
— gastos.....	480.825.148

Su liquidación fué:

Ingresos	491.779.748
Gastos.....	484.862.985

De éstos, 92.207.778 por Deuda pública que había contraído España.

Partida que ascendió, el año 1890, á 286.119.225 pesetas, en un presupuesto de

Ingresos.....	844.832.310
Gastos.....	821.867.497

Esto es, que se formó la *bola de nieve*, por cuanto la partida de Deuda pública no era origen de gastos reproductivos. Estos eran una pequeña parte, en proporción de los gastos improductivos, ó sea antipatrióticos; no lo eran precisamente á sabiendas, que lo fueron por ignorancia del arte de gobernar, y, en ocasiones, por apasionamientos, á los que no se ponía salvable freno.

Bravo Murillo no fué oído en lo mucho que valían sus consejos. Entre otros, tuvo éstos: De gobernar, han dicho unos que es prevenir; otros, anticiparse; otros, resistir; otros, ceder. To-

das estas cosas, y cada una de ellas, son dotes y cualidades indispensables para gobernar; unas al mismo tiempo, otras alternativamente, debentener aplicación. Efectivamente; el arte de gobierno ha de ser concienzudo. ¡Ah! Todas las naciones tienen su terrible historia de desengaños. La nuestra, en España, pugnan dos fuerzas, que son: la insubordinación del partidario sobresaliente, y la subordinación social que hace pasiva la opinión. Demóstenes y Catilina hacían alarde de su influencia popular. Nuestro Castelar alardeaba de su oratoria. Siempre, aunque no tan necesario como ahora, y por el mismo régimen parlamentario predominante, es preciso que en el gabinete de estudio se mediten los problemas sociológicos. Es preciso que las teorías se lleven á la práctica muy estudiadas, antes de hacerlas oír el orador. ¡La improvisación!... Hablar de lo que no se sabe bien, es tan fácil como imprudente. Los *puestos oficiales*, lo mismo civiles que militares, lo mismo los eclesiásticos, todos requieren estar siempre en activo servicio. Para aquéllos no hay día ni noche, invierno ni verano, porque la vida social no tiene paréntesis; sobre todo, es preciso en los puestos oficiales prepararse, para evitar que sorprendan la imprudencia ó la imprevisión.

Opuestas las tendencias de Figuerola á las de Bravo Murillo; sin embargo, en lo esencial de la Hacienda pública, ambos hacendistas tenían horror al déficit de los presupuestos del Estado, convencidos de que era aquel un mal social. A fines del siglo pasado, y más en el siglo presente, el arte de gobernar tiene que ser social más que político, por cuanto las clases sociales tienen una organización que las lleva á pedir una participación en todas las manifestaciones de la vida pública.

Para justificar la Revolución de 1868, decía Figuerola, en su notable *Memoria* de 29 de Octubre: «La época de las revoluciones empíricas, de los presupuestos combinados artificialmente, de los empréstitos disimulados, de las tenebrosas y mezquinas operaciones de crédito para salir del día y cubrir obligaciones apremiantes, no siempre justificadas, á costa de

mayores sacrificios en el porvenir, debe quedar cerrada con el triunfo de la *Revolución*, dándose principio á una nueva era en el sistema de Hacienda.»

Cuando eso se decía, se presentaba una cuenta del Tesoro deudor de 622.666.000 millones de pesetas. Su haber se consideraba de difícil y costosa realización. Haber que con partidas determinadas, sin embargo, la opinión dominante y burocrática era que convenía hacer una emisión de Deuda pública de 500 millones de pesetas en bonos del Tesoro público, al tipo de emisión de 80 por 100, con interés de 6 por 100.

Cuando se cotizaban 3 por 100 consolidado interior, á.....	33
— — — — — exterior, á.....	35,50
— — — — — acciones del Banco de España, á.....	125

Comparadas estas cotizaciones con las actuales, es preciso reconocer el progreso realizado, no obstante tanto despilfarro, tantos errores, tantos males como han afligido á la nación. Progreso de los intereses materiales á través de motines, favoritismos, monopolios, inmoralidades y guerras. Estas, sin reparar en la pasión liviana que las sugería, ni en la formidable fuerza con que contaba el enemigo, ni fijarse en los egoísmos de los gobiernos europeos, indiferentes ante el sufrimiento de España. Es verdad que las imprudencias temerarias se pagan muy dolorosamente.

Al fin, es de necesidad reconocer que las naciones son organismos sociales con responsabilidades y recompensas.

Para España no se había cerrado el porvenir el año 1868. Puede decirse esto el año 1909. El presupuesto del Estado de aquel año se calculaba que podía ser de 475 millones de pesetas.

Y para garantía del crédito público, se figuraban

185 millones de bienes amortizados.	
115 » pagarés en Tesorería.	
820 » bienes desamortizados sin venderse.	
640 » del patrimonio de la Corona.	
350 » montes y minas del Estado.	

2.110 millones de reales.

Aun cuando en este cálculo hubiese una parte optimista, tampoco se puede dar la preferencia al pesimismo; puesto que cuantos obstáculos se han presentado (y no han sido pocos), las fuerzas vivas les superaron en energías.

Fuerzas vivas que están representadas por la ambición, el ahorro, la inteligencia, la honradez, el patriotismo, la administración. Todo, más ó menos, converge á un mismo objetivo. El progreso por el trabajo, por la asimilación de mejoras.

Y es una desgracia, por ejemplo, que los ayuntamientos vivan subordinados al Estado, y no estén en relación directa é independiente con los vecinos que cada ayuntamiento está llamado á administrar, lo que es del dominio público-colectivo. Dominio que requiere proporcionalidad equitativa en el impuesto. Circunstancia que no puede haberla en la tributación de los consumos. ¿Qué decir de la legislación contradictoria, oscura, arbitraria? ¿Qué, de cuantos gobernantes ó meros administradores creen saberlo todo y ño saben nada? Al menos, en la medida y experiencia que ha de abarcarse todo el contenido teórico-práctico, no sólo en el orden económico, también en el social, que ha llegado á tener tanta importancia.

La importación en España, con obstáculos de tradición y de modernismo, señala progresión constante, antes de que tuviesen el desarrollo actual, industrias como el carbón de piedra nacional. Es curioso enterarse de que el año 1827 la importación de carbón de piedra estaba prohibida, cuando el año 1812 estaba proclamada solemnemente la libertad política. Demostrándose así, que en el siglo XIX (lo mismo ó más sucede en el XX), se ha cometido el error de que la libertad política se considere la libertad sustantiva, cuando este dictado corresponde darlo á la libertad económica, aunque no sea más que de las libertades es la más primitiva, lo mismo antes que después del *pecado original*.

Promedios del carbón de piedra. Su importación en España:

De 1846 á 1862,	toneladas	217.440,	su valor	5.890.400	pesetas.
1863 á 1868,	"	333.600,	"	8.868.960	"
1869 á 1876,	"	489.860,	"	18.265.000	"

La importación del algodón en rama da los datos siguientes:

De 1827 á 1861, toneladas	19.900,	su valor	26.995.000 pesetas	} Promedio.
1862 á 1868, »	17.085,	»	23.559.000 »	
1869 á 1876, »	32.526,	»	77.069.096 »	

No debe olvidarse que hay años en los que el contrabando se hace en mayor escala que en otros, influyendo no poco los derechos arancelarios vigentes, que dan más ó menos margen al comercio ilegal. Lo que importa es saber si las industrias en general, su tráfico tiene ó no desarrollo, por qué causas y en qué proporciones. Importa no sólo en el orden económico, sino que importa también esa fuente de conocimiento en el orden psicológico. Que no hay fuerza mayor contra el vicio de la miseria que la laboriosidad. Por ésta ocupadas todas las horas, no queda ninguna para la ociosidad, *madre de todos los vicios*. Y si ahora el problema social tiene tanta importancia, ¿por qué no reconocerle como causa principal la que se da al trabajo, fuente de toda riqueza, en opinión de los economistas clásicos?

La exportación ha de corresponder con la importación, con inclusión del comercio indirecto y de tránsito.

La exportación de frutas verdes y secas es como sigue:

De 1849 á 1862, toneladas	4.874,	valor	1.717.300 pesetas....	} Promedio.
De 1866 á 1868, »	8.370,	»	3.845.720 »	
De 1869 á 1876, »	13.666,	»	4.042.000 »	

En los años 1827 y posteriores hasta 1848, esta exportación no era conocida, principalmente la exportación de naranja en la gran escala que ha tenido; tanta, que las plantaciones de naranjos fueron rápidas y extraordinarias. Sólo que no supieron combinarse, en relación con la presentación de los envases, medios de transporte y planteamientos de mercados para la venta, combinada bien entre la oferta y la demanda.

Trabajo laborioso, pero que, ejecutado con acierto, se hace viable.

Otro tanto puede decirse de los vinos comunes: que es preciso combinar la producción con el gusto del consumo. Su producción en los años siguientes:

De 1850 á 1862, hectolitros	769.700,	su valor	26.048.700....	} Promedio.
De 1863 á 1868, »	947.900,	»	40.596.800....	
De 1869 á 1876, »	1.565.400,	»	58.437.000....	

Importa fijarse en los números precedentes, no como cuestión de escuela económica: solamente por la diferente legislación que ha regido sobre los derechos de aduanas en un período de veinticinco años. Viéndose una vez más los perjuicios que se irrogan á productores, y consumidores con alteraciones de precios, impuestos por legislaciones que son, en general, más ó menos tan absurdas como injustas. Ciertamente que las corrientes van ahora por esos derroteros por la ley de las *contradicciones*. ¡Qué contradictorio es proclamar la democracia y dictar leyes que encarecen el consumo! Al mismo tiempo que se hacen gastos tan inútiles, como son los que ocasionan los armamentos, ¿puede darse nada más opuesto á la civilización que la paz armada? Es inferir una doble ofensa: á la paz y á la civilización.

Es conspirar contra el porvenir de Europa.

Ahora que adquiere de día en día mayor vigor el problema social; que, como dice Molinari, la historia del desarrollo del cambio de productos (que es tanto como decir de riqueza realizada) concentra siglo por siglo la historia humana, como se ve comparando el comercio de los salvajes con el de los almogávares, el de los normandos con el de los venecianos, el de los holandeses con el de los yanquis, el de los ingleses con el de los japoneses, el de los españoles con el de los alemanes, el comercio quiere y trabaja para verse libre de trabas; mas los trusts y los monopolios, con ellos los políticos, ponen enfrente, por *confusión* lamentable, los intereses particulares y los intereses generales.

Lo mismo puede decirse del impuesto que empezó siendo

único y ha llegado á multiplicarse, hasta el punto de que, en el orden económico, resulta una atmósfera asfixiante. Los gobiernos viven en acecho de la riqueza, con buen ó mal acierto. ¿Los derechos individuales? ¿Las libertades políticas? Sí, todo en su origen fué profanado; la libertad religiosa, por Enrique VIII y sus semejantes en tiranía; Dantón proclamó la igualdad, y sólo quiso aplicarla en la guillotina; Mac Kinley vocifera en todos los tonos á favor de los principios humanitarios, y los niega nacionales é internacionales; Napoleón III quiere el prestigio del trono, y lo inutiliza en Francia; la Revolución regeneradora de España ocasiona el cantonalismo y el carlismo.

¿Será que las pasiones detestables no es posible verse libre de ellas?

Merecen fijar la atención hechos recientes. De ellos pueden hacerse citas como las siguientes:

En el Parlamento español se ha dicho: «Si la protección consignada en el proyecto de «Comunicaciones marítimas» se generalizase, no habría más remedio que emigrar de España.» Esa protección se considera tan absorbente en favor de determinados capitales, que se cree perjudicial, no sólo á los obreros, sino á otros capitalistas. «En el Reichstag, dijo el Canciller Bulow que la reserva de la diplomacia alemana, en la cuestión del desarme, no es contraria á las buenas relaciones con Inglaterra, con la que desea Alemania vivir en estrecha amistad.» Y añadió: «Cuando construimos barcos, no es por rivalidad con Inglaterra, sino para proteger nuestras costas y nuestro comercio.»

Mas, ¿y la rivalidad, ó mejor dicho, la ambición mal velada con que se presenta una nación joven relativamente, ensoberbecida en Sedán y robustecida con un ejército formidable? ¡Ah! Necesitar barcos de 20.000 toneladas para proteger las costas y el comercio nacionales...

Recientemente ha dicho en la Cámara de los Comunes, el Ministro de Negocios extranjeros, Mr. Grey: «Los gastos navales de Europa han llegado á un extremo tan exagerado,

que hacen dudar de su civilización. Temo que, más ó menos pronto, la lleven inevitablemente á la *bancarrota*.» Esto, ello mismo se comenta y revela un gran sentido práctico. Añádase lo que es el impuesto en sí y sus derivaciones; que, como dice Molinari, la tendencia dominante en Europa es la preferencia creciente de los capitalistas, á emplear su dinero en empréstitos al Estado, destinado en gran parte á obras *destructoras*. «El resultado final, dice, de estos gravámenes por el impuesto en aumento, es el encarecimiento progresivo de las necesidades de la vida, por lo que el impuesto no facilita al trabajo compensación.»

Si el Estado avasalla la vida, es natural que la tiranice; el Estado, aumentando los servicios públicos, tiende más redes con que aprisionar las iniciativas; el Estado, con mayor poder parlamentario, se encuentra con más medios para dirigir la nave de la gobernación de los pueblos, prudente ó imprudentemente; el Estado, que busca ahora apoyarse en la clase obrera, no puede hacer simultáneos los derechos con los deberes; en fin, el Estado, por cada tributo que pone al capital, con desacertada aplicación, recarga subsidiariamente al obrero su presupuesto. Grey y Molinari han coincidido sus opiniones: se corre el riesgo de preparar la bancarrota en Europa, la *inopia*, cuando se alardea por la democracia de estar en posesión de una fuerza vigorosa de civilización; cuando del concepto jurídico se dice tenerlo con una perfección como no se tuvo jamás desde que dió á conocer su trabajo el *Espíritu de las leyes*, Montesquieu.

ANSELMO FUENTES

LITERATURA FRAUDULENTA

CERVANTES Y ADOLFO DE CASTRO

Las enconadas controversias y los rudos debates que suscitó el *Buscapié* á raíz de su publicación, pusieron de manifiesto que el autor del ingenioso opúsculo, que tan sagazmente fué atribuído á Cervantes, era el ilustre gaditano, sabio bibliófilo y travieso literato, D. Adolfo de Castro y Rossi, para el que ha tenido la crítica las más acerbas censuras y los más entusiastas encomios, y en cuyos juicios se han mezclado los dicterios más crueles con los ditirambos más hiperbólicos, algunos de los cuales traspasaron los límites de la imparcialidad y de la justicia.

Quizá sea uno de los literatos modernos que ha sostenido más polémicas y controversias, y con adversarios de la talla del ilustre historiógrafo de nuestra literatura (Ticknor), del orientalista sevillano y eminente literato D. Bartolomé J. Gallardo, de Cayetano A. de la Barrera, de Gayangos y Vedia. Por estas causas, por su actividad incansable y proverbial, por su asombrosa erudición, de la que supo hacer oportunos y fastuosos alardes, por su ingénita habilidad de polemista temible y valeroso, bien puede asegurarse que Adolfo de Castro, durante el medio siglo que duró su vida literaria, mantuvo con

bríos y con pertinacia en el campo de las letras una verdadera revolución, que sólo cesó con su muerte.

Se anunció al mundo literario con la publicación de los sainetes de D. Juan Ignacio González del Castillo el año 1845. El mismo año publicó también, revelando ya sus dotes de bibliófilo, «Las poesías de Calderón de la Barca, y un discurso »por apéndice sobre los plagios que de antiguas comedias y »novelas españolas cometió Lesage al escribir su *Gil Blas de »Santillana*». Pero la primera batalla librada por el brioso literato, fué en el año 1848 al publicar el famoso *Buscapié*, que prohijó á Cervantes, de la misma manera que setenta años atrás se lo atribuyera más felizmente Ruidíaz. Castro no fué, como éste, pusilánime é incapaz de sustentar con la pluma las invenciones de su ingenio; no necesitó tampoco un Vicente de los Ríos que patrocinara su obra; al contrario, solo, con un denuedo sin límites, y sin desmayar ante la magnitud de la empresa ni ante lo arriesgado y temerario de su designio, esperó impávido la lucha que él no pudo menos de presentir.

La batalla no se hizo esperar. Estalló en Francia el mismo año, iniciándola Landri en la *Presse* del mes de Junio. Los ecos de esta polémica repercutieron en América el año siguiente (1849), y sostuvo un debate ruidosísimo, en que ambos contendientes (Tícknor y él) derrocharon erudición y talento. Más perezosos los españoles, despertaron al fin de su letargo y reanudaron las discusiones, recientes todavía, del escritor anglo-americano y del ilustre hijo de Cádiz. Pero en España las controversias tomaron marcados tintes de cuestión personal, al tropezar Castro con la acerada pluma de Gallardo, cuyas agrias censuras y eruditísimas sátiras contra todo lo existente, buscaban y leían con fruición todos sus contemporáneos, censuras y sátiras que el tiempo y la crítica se encargaron de exterminar.

Opusieron también sus reparos Cayetano Alberto de la Barrera y el *encubierto de Valencia*. A pesar de estas trabas, el opúsculo de Castro alcanzó tanta celebridad como si efecti-

vamente hubiera sido auténtico. A los pocos años se editaba profusamente en muchos países, haciéndose traducciones de él en Francia, Inglaterra, Portugal, Italia y Alemania. En España se agotaban asimismo numerosos ejemplares, y en pocos años se hicieron varias ediciones.

El año de 1852 reanudó Castro su trabajo literario con las numerosas ilustraciones con que adicionó el *Gil Blas*, de Lesage. Tres años más tarde, volvió á ser objeto de las censuras de los críticos, con motivo de haber publicado la «Colección de poetas líricos de los siglos XVI y XVII, con destino á la »Biblioteca de Autores Españoles». En el *Padre Cobos* fué rudamente combatido su trabajo, del que publicó el segundo tomo el año 1857. En la misma «Biblioteca de Autores Españoles» incluyó otros dos trabajos, uno en 1855, titulado «Curiosidades bibliográficas», y otro en 1875 bajo el nombre de «Obras escogidas de filósofos».

La imprenta de la *Revista Médica*, á cargo de Juan Bautista de Gaona, que fué donde se hizo la primitiva edición del *Buscapié*, publicó á D. Adolfo de Castro muchas de sus obras. Así, en 1858, imprimió su «Historia de Cádiz y su provincia desde remotos tiempos hasta 1814». Un año después, en 1859, daba á la prensa, en la misma casa, su «Manual del viajero en Cádiz», y para terminar, diré que también le publicó en 1879 una de sus obras más curiosas y originales, brillantísima y ostentosa demostración de sus profundos conocimientos de nuestro idioma, libro que bastaría á conquistarle el título de «*muy docto filólogo español*,» como en el prólogo del *Buscapié* llama él á D. Bartolomé José Gallardo. Ese libro se titula «Estudios prácticos del buen decir y de arcanidades del habla española, con un escrito sin verbos; otro sin nombres, otro con sólo nombres y verbos». Consta (entresacando lo más culminante) de un trabajo cuyo epígrafe es: «A orillas del Guadalquivir», compuesto de tres partes: la primera (Peregrín Peregrino) sin verbos; la segunda (Ni tú sin mí, ni yo sin ti) sin nombres, adjetivos ni participios; la tercera se divide en tres

partes á su vez: 1.^a El eco del dolor (en francés y español); 2.^a Dentro de las sombras de la floresta (en portugués y español); y 3.^a La más dulce oración (en italiano y español).

Estimo conveniente, para demostrar las aficiones del escritor gaditano, recordar ahora algunos de los debates que provocó su ciega pasión de defender los mayores absurdos. El autor del «Centón epistolario» no es para Castro el que todos habían admitido hasta aquella época, en que sostuvo que el verdadero autor era Gil González Dávila, del siglo xvii. Ticknor combatió semejante especie, y probó con muy sólidas y atendibles razones que el *Centón* no era auténtico, como tampoco lo era el *Buscapié*. En otro trabajo muy posterior (1875) intentó vanamente probar que Francisco de Rioja no era el autor de la «Epístola á Fabio», sino Andrés Fernández de Andrade. Y á tal extremo llevó sus travesuras de este género, en las que siempre se encontraba solo, por la enorme desconfianza que con unos y otros hechos engendró en el ánimo de todos, que defendió en épocas distintas hechos completamente antagónicos. Sirva de ejemplo el hecho siguiente: Consagró mucho tiempo á demostrar que el autor del *Quijote* firmado por Avellaneda, era nada menos que el eximio mejicano y notable poeta dramático D. Juan Ruiz de Alarcón; pero algunos años antes, en el prólogo del *Buscapié*, daba por seguro que el autor era Fray Luis de Aliaga. Aquí van copiadas sus palabras: «Aliaga, »por vengarse, y poseído de una extraordinaria envidia, escribió y publicó la segunda parte del *Quijote*, encubierto con el »nombre del *Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda.*» Las razones de Castro no pueden ser más categóricas y terminantes, y la conclusión que de ellas se desprende es que su autor tenía acerca del asunto una opinión irrevocable; y para que se vea la poca estima en que Castro tenía sus aseveraciones, él mismo se desmiente, pocos años más tarde, de la manera más franca y lastimosa.

Si fuera á mencionar todos los hechos de esta índole de que está sembrada la vida del autor del *Buscapié*, necesitaría mu-

cho tiempo. Se ha dicho de Castro que era un embaucador literario, y el Padre Blanco García, en su obra «La Literatura española en el siglo XIX», dice de él: «D. Adolfo de Castro no »ha desmentido nunca sus tendencias, digámoslo así, arqueoló- »gicas; su pasión por lo raro é insólito, ni su afán de desautori- »zar creencias universales, sin temor á la polémica y al escán- »dalo, ya valiéndose de un descubrimiento innegable, ya de una »superchería, ya de una observación ingeniosa en que suple el »número de pruebas por la fuerza demostrativa. Parece que, á »imitación del jesuíta Hardanin, se desdeña de emplear su »pluma en estampar un dato ya conocido, y que por serlo »pierde para Castro todo valor.» También dice de él estas palabras: «Tiene méritos positivos para que se le reconozca como »uno de los más afortunados exploradores de nuestras anti- »güedades literarias, bien que su criterio estético y su adoce- »nada manera de escribir no guarden proporción con su labo- »riosidad.»

No hago estos ligeros apuntes con carácter de biografía, sino para demostrar que Castro denunció con su proceder que él era el verdadero, el legítimo autor del *Buscapié*; y aunque estos solos hechos no probaran la ilegitimidad del opúsculo, contribuyeron al menos poderosísimamente á patentizar que éste era una de sus múltiples supercherías literarias.

Las que al principio eran meras sospechas acerca de la autenticidad del *Buscapié*, se convirtieron más tarde en atinadas refutaciones por los campeones literarios más temibles de aquella época. Estas protestas fueron el germen de una ruidosa campaña, en la que se decidió para siempre que el *Buscapié* era apócrifo, y que su autor era D. Adolfo de Castro.

En el mismo año en que se publicó el *Buscapié* (1848), un periodista y literato francés, M. Landrin, inició el alzamiento contra el pretense opúsculo de Cervantes. El día 8 de Junio publicó en *La Presse*, de París, un trabajo, en el que lo combatía denodadamente. Castro contestó á esta primera impugnación con tal osadía y con tal fuerza de razones, que conven-

cieron á su contrincante, el cual, por toda respuesta, tradujo al francés el librejo, que él estimó ya por de Cervantes, y lo publicó en los días 4 y 10 de Enero de 1850, al amparo del ilustre nombre de tan insigne escritor. En esta traducción hace Landrin omisión, hecho de que se lamentaba mucho don Adolfo, de la contienda que con éste sostuvo, de los argumentos que disiparon sus dudas y le hicieron acatar las afirmaciones de su contrario, y, lo que es más extraño, sin mencionarlo siquiera como prologuista, editor y anotador de la primera edición castellana. Inútil es decir que en esta primera batalla el vencedor fué el sagaz y travieso literato gaditano.

Pero los anglosajones le opusieron un adalid de mayor pujanza. Era éste Mr. George Ticknor, el cual, al publicar en New-York (1849) su excelente libro ya citado, rebatió, con su profunda perspicacia y buen sentido, lo que un año antes fuera combatido en Francia por Landrin. Ticknor, en el texto de su obra, pone en duda, no ya la legitimidad del *Buscapié*, de Castro, no publicado todavía, sino la existencia del opúsculo y su original y curiosa historia. Pero entre las notas que agregó á su libro después de escrito, hay una (*D*), dedicada exclusivamente á probar que el *Buscapié* era apócrifo y que su autor era Castro, alegando numerosas razones, á cual más ciertas y contundentes, encaminadas á demostrar ante la faz del mundo la ingeniosa superchería.

Procuraré extractar brevemente las sólidas argumentaciones de Ticknor. Comienza la nota dando cuenta de la publicación del opúsculo en Cádiz, y entre los datos que da acerca de él, hay embozada una sospecha, y es que bien pudiera ser el libro escrito para las notas y no las notas para el libro, pues como hace notar muy atinadamente, el libro sólo ocupa 46 páginas (y esto conseguido con notable astucia, pues la letra es clara, grande y muy espaciada), y, en cambio, las notas, en caracteres pequeños y apretados, ocupan el cuádruple, ¡180 páginas! Nada más lógico de admitir que las notas engendran el texto, y no éste á las notas. Las del *Buscapié* las ordenó

Castro por medio de letras, y son tantas aquéllas, que para ordenarlas consumió un alfabeto, y llevaba trazas de agotar un segundo y aun otros varios.

Ticknor prosigue luego narrando el prólogo y contenido del *Buscapié*, y después dice: «Al terminar la lectura de este festivo y agradable juguete literario, llama desde luego nuestra atención una circunstancia muy singular, y es que el *Buscapié* que acabamos de leer, y que se declara ser obra de Cervantes, *nunca impresa* hasta el año 1848, nada tiene que ver con el otro *anónimo é impreso*, cuyo ejemplar se supone visto hacia 1759; hecho importante, que envuelve una contradicción formal y completa de cuanto se pensó y dijo sobre este asunto antes de que el libro saliese á luz.»

Luego hace notar el caso singularísimo de que una obra de Cervantes haya estado tanto tiempo oculta, y no en un archivo, sino pasando de España á Portugal, y luego de Portugal otra vez á su patria, y precisamente en momentos tan críticos como el estar en aquella época latente aún la marejada que levantó el *Buscapié* de Ruidíaz y de buscarse con tanto interés el celeberrimo librito. Continúa Ticknor demostrando que Argote de Molina no tuvo ningún hijo llamado Agustín, ó al menos que no le sobrevivió, pues paran en su poder unos papeles, por los que se viene en conocimiento que Argote de Molina, al morir, dejó á una hija y á sus hermanos, que eran tres, el patronato de una capellanía, que él fundó para su enterramiento en la parroquia de Santiago en Sevilla. El codicilo que posee Ticknor está fechado en 7 de Julio de 1597, poco antes de morir Gonzalo Argote, y es muy extraño que en él, al recomendar encarecidamente á su familia la conservación del enterramiento después de su muerte, no mencione á su hijo Agustín, prueba fehaciente de que no tuvo tal hijo. Y por si pudiesen refutarse tan concluyentes razones, cita en su apoyo un documento, cuyo autor es Ortiz de Zúñiga; éste, hablando de Argote de Molina, dice que tuvo hijos, pero que ninguno le sobrevivió, y afirma que todos murieron en vida de él, y que

por estas y otras causas se turbó algo su juicio. Tícknor deja, pues, suficientemente probado que Agustín Argote de Molina, hijo del muy noble señor Gonzalo Zatieco de Molina, no existió, ó si vivió, fué antes de la época en que Castro lo quiso hacer vivir, y que resucitara no es probable, porque hijos de Jairo y Naim y Lázaros ha habido pocos en el mundo.

El escritor anglo-americano prosigue impugnando el *Buscapié*, y dice que no es verosímil que tal obra permaneciese oculta en la biblioteca del duque de Lafões (D. Juan de Braganza), precisamente en ocasión de estar la Academia Española inquiriendo el paradero de esa obra, pues desde 1780 hizo las más minuciosas indagaciones para encontrarla. ¿No es realmente un contrasentido suponer que el de Braganza no sabía lo que tenía en su biblioteca? ¿Y no es un hecho insólito el que no tropezase con el *Buscapié* ninguno de los eminentes literatos que á ella concurrían?

Prueba luego que D. Pascual de la Gándara debió poseer el libro (procedente de la biblioteca del de Lafões) en los momentos en que hablaban de él Navarrete y Clemencín. Aquí no cabe admitir que el opúsculo pudo estar escondido entre algunos papeles, en medio de una inmensidad de libros, porque la librería del abogado de San Fernando no debía ser muy rica, y en ella sería muy fácil haber encontrado el M. S. que *la casualidad deparó á Castro*, sin pretender ni remotamente hallarlo.

Continúa Tícknor sus ataques diciendo que el *Buscapié* es una rastrera y torpe imitación de los pensamientos, del estilo y hasta de algunas frases y palabras de Cervantes. Afirma, y es verdad, que tiene mucho parecido con el prólogo del *Pérsiles*; que se citan en la obra dos ó tres autores coetáneos, como hizo el autor del *Quijote* en el expurgo de la biblioteca, y que termina el *Buscapié* con una copia de la aventura de Rocinante con los desalmados yangüeses. Después de estas afirmaciones añade, que tiene mucha semejanza con la *Adjunta al Parnaso*, pues el mismo Castro aseguró que el *Buscapié* era una *Adjun-*

ta al Quijote, y que era todo igual á la primera. Entre las locuciones que copia de Cervantes, cita ésta: «Se atreve á competir con los más famosos de Italia»; frase tomada de esta otra: «Pueden competir con los más famosos de Italia», que pone Cervantes en boca del cura, refiriéndose á *La Araucana*, de Ercilla, á *La Austriada*, de Juan Rufo, y á *El Montserrate*, de Cristóbal de Virués.

Otra frase plagiada es ésta: «Su autor está más cargado de desdichas que de años», que está copiada de otra de Cervantes análoga: «Sé que es más versado en desdichas que en versos.» La última locución que está en su nota, como demostración de que Castro plagió al autor del *Quijote*, es: «Los gritos del Bachiller eran tan perdidos como si los echase en el pozo Airón, ó bien en la sima de Cabra», que está sacada de otra que Cervantes empleó en *La Adjunta al Parnaso*, aconsejando á las madres de niños traviosos que los arrojasen al pozo Airón ó la sima de Cabra.

Creo poder añadir á las locuciones citadas por Ticknor otras dos: la primera es esta frase, puesta en los labios del Bachiller: «Mucha fuerza me hacen vuestras razones, *seor soldado*.» Estas dos últimas palabras recuerdan en un todo aquel famoso soneto con estrambote, dedicado por Cervantes al túmulo de Felipe II, en el cual se pone en boca de un valentón: «Es cierto cuanto dice voacé, *seor soldado*.» Y tiene más visos de verdad el plagio si recordamos que el Bachiller no pudo colegir que su interlocutor fuera soldado, porque lo creyó desde el principio médico. La otra expresión que he encontrado no me ofrece la menor duda, porque en el prólogo del *Pérsiles* hace decir Cervantes á uno de sus compañeros «que el rocín del señor Miguel de Cervantes... es *algo que pasi-largo*», y Castro obliga á decir al mismo Cervantes que su mula *era algo que pasi-corta*. El plagio es indudable.

Ticknor, hablando de estas frases, se expresa así: «No son resultado natural del olvido y distracción de un autor que se repite; más bien suenan como palabras escogidas y rebusca-

»das de intento, de manera que dan á los pasajes en que están
»cierto aire forzado y de violencia, y demuestran que el escri-
»tor se mueve en un círculo reducido y estrecho; cualidad la
»más impropia y opuesta á la cultura, desenfado y lozanía,
»que son los rasgos eminentes y característicos de Cervantes.»

Además, dice Tícknor en su impugnación que el *Buscapié* encierra muchas alusiones á libros y sucesos de aquella época, y es muy raro que á todos alcance con sus anotaciones y comentarios la erudición y omnisciencia del Sr. Castro; sólo *uno* escapó á sus sabias reflexiones, y para eso hace de ello una ostentación que lo denuncia. Estas son sus palabras: «Las estancias y los ovillejos que compuso Tamariz en loor de los corcovados, me son enteramente desconocidos.» La precedente manifestación de *que hubo algo en el «Buscapié» que no pudo anotar*, implica una oculta estratagema, cuyo fin no era otro sino alejar del lector la idea de que el comentador se comentaba á sí mismo.

Saca Tícknor después luminosas conclusiones de la sagacidad delicada y exquisita con que Castro escribe Enzinas sin *n*, y de la manera con que expresa el refrán «Al buen callar llaman sagé». En la nota que Castro consagra á este proverbio, dice que de la misma forma que Cervantes lo usó en el *Buscapié* se encuentra en *El Conde Lucanor*, y añade que después se corrompió, y se dijo: «Al buen callar llaman Sancho». A esto replica acertadamente el impugnador que no ha encontrado en *El Conde Lucanor* el refrán en la forma que dice Castro, y que el mismo Cervantes empleó la *forma corrupta* de aquél en el capítulo 43 del *Quijote* (parte 2.^a); luego Cervantes se desmintió y contradijo; y para reforzar su aserto, añade Tícknor que se halla escrito del mismo modo en la *Colección de refranes del Comendador griego* y en las cartas de Garay, publicadas respectivamente en 1555 y en 1553; luego esa adulteración del proverbio fué muy anterior á 1605, y Cervantes no pudo, por tanto, emplearlo en su primitiva forma.

Las últimas objeciones que opone al *Buscapié* son las si-

guientes: *que no declara las cosas recónditas y no declaradas*, como anuncia el título del opúsculo y el prólogo del mismo, que no cita á ningún impugnador del *Quijote*, como asimismo promete el título con que se publicó el *Buscapié*, «en defensa de la primera parte del *Quijote*», y por fin, termina su concienzudo trabajo de este modo: «Habla con poco aprecio de Alcalá, su patria, á la que siempre honró (páginas 13, 14 y 41); se pinta (al Bachiller) burlándose de sí mismo (páginas 24, 25, 28, 39 y 45), así como de la cobardía y pusilanimidad de su padre (páginas 25, 27 y 28), de una manera que desdice asaz del delicado tacto y profundo conocimiento de la naturaleza humana que caracterizan al inmortal autor del *Quijote*». Concluye Ticknor exponiendo su creencia de que Castro al fin se declararía autor del *Buscapié*, pero que si en realidad no lo era, había sido víctima de una ilusión en presencia del célebre M. S. Esta última concesión que le hace Ticknor, parece más bien hija de la cortesía, haciéndola como atenuante de su impugnación y no como fruto de su convencimiento.

A estas razones, incontestables muchas de ellas, respondió D. Adolfo de Castro en los números del 10 y 18 de Octubre de 1850 de *El Heraldo*, periódico que se publicaba en Madrid por aquellos tiempos. A ésta agregó nuevas contestaciones en las sucesivas ediciones del *Buscapié*, entre las cuales se cuenta la que tituló «Respuesta á las observaciones hechas acerca de este opúsculo por Mr. George Ticknor en su *History of Spanish literature*», fechada en Cádiz el día 3 de Diciembre de 1850. Replicó también en las notas al *Buscapié* (páginas 77 y 88 de la edición de 1857). Convirtiéndose de este modo el asunto en una verdadera controversia literaria, pues estas réplicas de Castro fueron á su vez combatidas por Ticknor en un apéndice á su obra, que se insertó en ella por sus traductores Gayanyos y Enrique Vedia.

Pero en esta polémica literaria, el vencedor no fué ciertamente Castro, pues la futilidad de sus razones, en lastimoso contraste con las atinadas de Ticknor, volvió á probar la false-

dad del *Buscapié*. No transcribo las observaciones del erudito gaditano, por si con ello pecara de prolijo; á más que no lo merecen, por añadir muy poco ó nada en pro de la autenticidad de la obra. El mismo Castro se compromete seriamente al hacer las anotaciones de las otras profusas y rápidas ediciones que de su libro publicara. De estas notas suprime unas, corrige otras y añade algunas nuevas. ¿No es esto denunciador de que, al ser descubierta la falsedad, trató por los medios que halló á su alcance de destruir cuanto le comprometiera?

Ticknor demostró, por tanto, que el *Buscapié* era fruto de la inventiva de D. Adolfo de Castro, el cual no logró con aquél lo que consiguió tan fácilmente con M. Landrin. El mismo Ticknor lo dijo: «Podría hacer lo mismo que M. Landrin..., y »sin embargo, tengo el *Buscapié* por apócrifo.» No era capaz el sabio historiador de nuestra literatura de hacer una formal retractación estando la razón de su lado; antes bien, combatió más duramente todavía las observaciones que á las primeras suyas opuso el travieso y picaresco autor del *Buscapié*.

La más ruidosa de las polémicas que sostuvo Castro fué la suscitada por Bartolomé José Gallardo, ardoroso bibliófilo sevillano, muy dado á la discusión y al escándalo. Fué bibliotecario de las Cortes de Cádiz y provocó muchos debates literarios, en los que figuraba su nombre al frente del de las personalidades más eminentes de su época (Lista, Reinoso, Burgos, Durán, Quintana, Miñano, Bretón y Martínez de la Rosa), todos ellos citados por el P. Blanco en su literatura. Cita asimismo, entre sus más conocidas sátiras, las siguientes: «Carta blanca sobre el negro folleto titulado *Condiciones y semblanzas de los Diputados á Cortes*,» Madrid, 1821 (contra Miñano); «Cuatro palmetazos bien plantados por el dómine Lucas á los gaceteros de Bayona,» Cádiz, 1830; «Las letras de cambio ó los mercachifles literarios...,» Madrid, 1834 (sobre el *Diccionario geográfico* de Miñano); el «Arte de hablar», de Hermosilla; la comedia «Los tres iguales,» de Burgos, y la traducción de la «Historia Universal», de Segur, publicada por Lista.»

Buscapié de Buscarruido. Como ambos le hacen las mismas ó parecidas objeciones, Castro les contestó simultáneamente, en una carta dirigida á su amigo D. Emilio Bravo, que publicó la *Biblioteca Universal* el año mismo de 1851. La citada carta la llama su autor «Carta dirigida contra dos autores folicularios», que son: D. B. J. Gallardo y el llamado *Bachiller Bobaina*.

Entre otras interpelaciones, le hacen la siguiente: Si el *Buscapié* M. S. es de letra de fines del siglo xvi ó principios del xvii, ¿cómo en el primer caso iba á referirse al *Quijote*, no publicado hasta 1605? Castro los refuta, diciendo que él no aseguró que fuera escrito en el siglo xvi, sino que estaba con letra de ese siglo ó de principio del siguiente, y al pasar de uno á otro, nadie cambia de letra. Realmente, aquí hubo mucha sutileza por parte de Gallardo y del *Biombo de Gallardo* ó *Bachiller Bobaina*.

En otra objeción dicen uno y otro que el título del *Buscapié* es una insulsa imitación del de otros libros que corrieron medio siglo antes que viviera Cervantes, y el *Encubierto de Valencia* agrega que es una copia del de *La Celestina*, ó tragi-comedia de *Calixto y Melibea*. A esto replica Castro que entre ambos títulos no hay más semejanza que la que se desprende de la palabra *demás*, usada en ambas; pero con mucho ingenio prescinde Castro de probar que la construcción es muy semejante. El título del *Buscapié* nos es conocido; he aquí el de *La Celestina*... «en la cual se contienen, *demás* de su agradable y dulce estilo, muchas sentencias filosofales y avisos muy necesarios para mancebos, mostrándoles los engaños que están encerrados en sirvientes y alcahuetas». Y si de suspicacias hablásemos, no es *una*, como dice Castro, la palabra igual que hay en los dos títulos, sino *varias*.

Otra de las réplicas que hacen los dos autores folicularios, es que en la aprobación de Gutierre de Cetina no podía decir, porque no era este su cargo, *he visto*, sino *he hecho ver*; pero Castro contesta que hay un documento que deshace semejante

afirmación, y es éste: «Por mandado del Consejo *he visto*, etc., y firma Doctor Cetina.» Esta licencia se refiere á un libro de los Argensolas, llamado *Historia de la conquista de las Islas Molucas*.

Se ve en todas las observaciones de estos dos autores mayor pobreza que en las de Tícknor, que son casi todas fuertes, irrefutables y hasta *demoledoras*. No es extraño, pues, que los folicularios tuvieran la debilidad de hacer una tan pueril objeción como la que destruye Castro con documento tan terminante. En la citada carta rebate también otras varias de las infelices observaciones del *Biombo de Gallardo*, referentes á algunos de los extremos del *Buscapié*; pero las contestaciones del escritor gaditano son tan débiles y los datos que aporta tan rebuscados, que son denunciadores de su culpabilidad. ¿Por qué hace omisión del requerimiento que le hizo Gallardo para que presentara el M. S. á una Academia ó á un Jurado competente que dictaminase acerca de su autenticidad? Si realmente lo hubiese poseído, ¿no era esta la prueba más patente de su existencia? ¿Por qué lo ocultó con tanta obstinación? Esto demuestra hasta la evidencia que el M. S. del *Buscapié* no existió más que en la imaginación de D. Adolfo de Castro. ¡Lástima es que semejante talento y tan preclara inteligencia se malgastase inútilmente, poniéndose al servicio de *mezquinos designios y torpes anhelos!*

Doloroso, pero no menos cierto, es ver colocado el nombre de Castro á la altura del de esos corsarios de la literatura, que, incapaces de concebir nada propio, roban los pensamientos ajenos y usurpan innoblemente las creaciones de los grandes ingenios, para profanar despiadadamente sus nombres.

Castro se vió impulsado á contestar á los ataques durísimos y á los insistentes retos de Gallardo con un libro que publicó en Cádiz (año de 1851), y que llamó *Aventuras literarias del iracundo extremeño D. Bartolo Gallardete*, libro sobre el que tiendo el velo del silencio, por estimarlo indigno de la personalidad literaria de D. Adolfo de Castro, que si descendió

á tan bajas esferas, sólo fué impelido por la impremeditación de sus decisiones y por la fogosa impetuosidad de su inteligencia, que constituyen los dos principales timbres de su carácter.

Terminaré mi modesto trabajo, afirmando por última vez que la existencia del *Buscapié de Cervantes* es un mito imposible hoy de admitir. Esta fábula es, sin embargo, una de las mayores curiosidades literarias de la pasada centuria, y de ella se han ocupado los más insignes escritores de todos los países. La existencia de la ilusoria novela del Buscapié ha sido bien efímera; pues en 1847 destruyó para siempre Tícknor las ideas que en mal hora germinaron en la mente de Ruidíaz.

Esperemos ahora nuevos plagios y nuevas usurpaciones. Acaso no llegue á sus postrimerías el presente siglo sin que se nos ofrezca la «Segunda parte de la Galatea», «El Bernardo», «El engaño á los ojos», «Las semanas del jardín», ó quizá el libro de memorias con que tropezó Sancho en Sierra Morena, que encerraba las amorosas quejas de Cardenio, y en el que Don Quijote escribió la famosa carta á Dulcinea, que empieza «el ferido de punta de ausencia y llagado, etc.» libro de que ni el Caballero de la Triste Figura ni su escudero vuelven hablar. Por desdicha, aún no se ha extinguido la proterva extirpe de merodeadores literarios que profanaron con sus torpes fraudes y sus abyectas creaciones el tabernáculo de la verdad y el Sanctu Sanctorum del genio. Muchos son los que con espíritu poco escrupuloso, como los Pellicer de Osaw, Ruidíaz y Castro, sacrificaron su prestigio en pro del ideal quimérico de su inmortalidad; muchos los que cometieron tales desacatos para encubrir la pobreza de su numen con la máscara de la vesania y conquistar así el título de genios «Nullus enim locus sine genio est», dijo Servio, y muchos los que, siguiendo la ya trazada senda, están prestos á caer en el vicio sacrílego de la usurpación literaria, *y han de caer del todo, sin duda alguna.*

ALBERTO BLANCO

PARNASO INTERNACIONAL

LOS DIOSES DE GRECIA

(De Schiller)

Cuando el mundo feliz, á vuestro mando
Sumiso, gobernabais todavía
Con el vínculo blando
De la dulce alegría,
Y el poder vuestro, soberanos seres
De una edad fabulosa, dirigía
A los pueblos, brindándoles placeres;
Cuando brillaba, para nadie oculto,
El risueño esplendor de vuestro culto,
¡Cuán diferente y cuán de otra manera
La condición de los mortales era!
Frescas guirnaldas de olorosas flores
Ornaban, en señal de fe sincera,
Tus templos, ¡oh Deidad de los amores!
El velo de la dulce poesía
La severa verdad aún envolvía;
La creación gozaba jubilosa
La plenitud de su vivir fecundo;
La humanidad sentía lo que ansiosa
No sentirá ya más en este mundo.

Reposar en el seno
Del amor, era instinto noble y bueno;
Y fué á un Dios semejante
El complacido y venturoso amante.

Ese globo de fuego que hoy proclama
El sabio astro sin vida,
Fué la carroza de encendida llama
Por Helios triunfalmente conducida;
Los montes las Oréadas poblaban;
Las Dríadas los bosques más sombríos,
Y de sus limpias urnas derramaban
Las Náyades las ondas de los ríos.
Fué de una Ninfa salvador albergue
El laurel que frondoso el tronco yergue;
Y dentro de una roca dura y fría
La hija infeliz de Tántalo vivía.
De Siringa escuchábase el lamento
Cuando las cañas agitaba el viento;
El trino que en los huertos nos recrea,
Era de Filomena el suave acento;
En el raudal sonoro
Que por los verdes campos serpentea,
Ceres vertía el abundante lloro
Buscando á Proserpina; Citerea,
En aquel altozano,
A su hermoso doncel llamaba en vano.

Los dioses celestiales
Entonces del Olimpo descendían,
Y en franca sociedad con los mortales,
Hijos del viejo Deucación, vivían.
Por lograr de una bella los favores,
Formó Apolo en la grey de los pastores.
A hombres, héroes y dioses enlazaba

Nudo feliz de amores,
Y todos, con delicia voluptuosa,
Rendían su alma esclava
A la ciprina Diosa.
La gravedad ceremoniosa y fría,
La abstinencia severa,
Vuestra ley ¡oh Deidades! proscribía;
Ventura placentera
En todo corazón reinar debía.
Era el hombre feliz vuestro aliado,
Y era santo, no más, lo que era bello.
Todo júbilo fué de vuestro agrado;
Ninguna diversión os fué molesta,
Si imprimían el sello
Las Gracias y las Musas á la fiesta.
Eran como palacios sonrientes
Vuestros templos. Los bravos combatientes,
Luchando sin rendirse á la fatiga
En la olímpica arena; el diestro auriga,
En la carrera rápida triunfante,
El jinete alentando al noble bruto,
Todos, con entusiasmo delirante,
Daban en vuestro honor digno tributo.
Donosas y expresivas
Se enlazaban delante
De vuestro sacro altar, danzas festivas;
Y embelleciendo más vuestros hechizos,
Cual símbolo de gloria,
Vuestra cerviz de perfumados rizos
Orlaba con sus lauros la Victoria.

El tirso alegre de Evoé; las fieras
Mal domadas panteras
Que á su carroza triunfador uncía,
Anunciaban al dios de la alegría.

Iba delante el licencioso bando
De Faunos y de Sátiros gritando;
Bailaba en torno el coro peregrino
De las inquietas Ménades, cantando
La excelencia del vino;
Y el inflamado rostro de Sileno
Echando viva lumbre,
Excitaba á la alegre muchedumbre
Para llevar al labio el vaso lleno.

Nunca en aquellos tiempos, tremebundo
Asustaba un espectro al moribundo;
La vida, en un suspiro evaporada,
Exhalaba tranquilo el labio inerte
Cuando al suelo su antorcha era volcada
Por el genio piadoso de la muerte.
En la mansión del Tártaro sombría
Un hijo de los hombres sostenía
La balanza del juicio;
Y á la amarga querella
Del triste vate que perdió á su bella,
El pecho de las Furias fué propicio.
En los Campos Elíseos recobraba
El amigo al amigo, al fiel esposo
La amante esposa, y á su Admeto Alcestes;
Preparado el hipódromo, esperaba
Al conductor de carros victorioso;
Los cánticos celestes
Repetían gozosos los poetas;
Al compañero fiel hallaba Orestes;
Filoctetes, el arco y las saetas.

Alientos daba galardón divino
A quien seguía con segura planta
De la virtud el áspero camino;

PERTENECER A LA BIBLIOTECA
DEL ATENEO BARCELONÉS

Las heroicas acciones
Abrían á los ínclitos varones
La mansión de los justos sacrosanta;
Cuando alguien reclamaba dolorido
Algún muerto querido,
Los Númenes benignos le atendían;
Los gloriosos Gemelos,
Dando ruta al bajel, resplandecían
Allá en los altos cielos.

Mundo hermoso y risueño, ¿qué te hiciste?
De la Natura celestial aurora,
Vuelve á este tiempo tenebroso y triste.
De tus grandes prodigios
Sólo la poesía encantadora
Conservó los vestigios.
Mudos están y sordos selva y prado;
Deidad ninguna del feliz pasado
Logro en la tierra contemplar. De aquellas
Imágenes tan bellas,
Una sombra, no más, nos ha quedado.
Del Norte proceloso un soplo vino
Que marchitó las flores;
Aquel mundo divino
Se desplomó, del tiempo á los rigores.
Interrogo á los astros brilladores,
Y no te encuentro ya, dulce Silene;
Lanzo al bosque y las olas mi lamento,
Y tan sólo del eco el vago acento
A contestarme viene.

De su divinidad desposeída,
Ignorando el placer que nos procura,
El acento halagüeño de su vida
No siente la Natura.

El poder que la rige desconoce;
Es ajena á mi goce.
A su acción propia muéstrase insensible,
Y extraña permanece,
Cual péndulo servil que á la inflexible
Ley de la gravedad sólo obedece.
En el reino ilusorio de los vates
Se albergaron los Números sagrados,
Vencidos ya del tiempo á los embates.
Tristes y acongojados,
Del mundo huyeron, que su imperio ha sido,
Y que hoy, rompiendo viejos andadores,
Es por su propia fuerza sostenido.
Huyeron los que dueños y señores
Fueron del hombre en días de ventura,
Al ver su adversidad exacta y cierta;
La grandeza, la gracia, la hermosura,
Se llevaron, los tonos, los colores,
Y sólo nos quedó la letra muerta.
Huyeron entre sombras del ocaso
El rudo temporal de las edades;
A las cumbres del Pindo y del Parnaso
Acogiéronse, inútiles Deidades.
El mundo, libre ya de su gobierno,
En ellas los olvida;
Lo que para el poeta será eterno,
Pasa y muere en la vida.

TEODORO LLORENTE

LA CIENCIA Y LOS FENÓMENOS ESPIRÍTICOS CONTEMPORÁNEOS

(CONCLUSIÓN)

En Francia, durante los años 1856 á 60, nadie veía en las *mesas parlantes* más que una agradable diversión. Sin embargo, algunos pensadores, como Eugenio Nus y otros hombres de mundo, como el conde de Ourche, el barón de Guldenstubbe y otros, se impresionaron ante el carácter, inteligente á veces—según ellos decían,—de determinados hechos. Allan Kardec sostiene por ese tiempo en sus obras la realidad de una inteligente y libre potencia en tales hechos, que unos años después es atribuída por otros investigadores á la inteligencia del mismo *medium*; pero las opiniones de Chevreul y Babinet, dadas en plena Academia de Ciencias de París, de que no eran sino producto de inconscientes movimientos de los asistentes ó superchería, echaron por tierra su hipótesis. El conde Agenor de Gasparín, después de observar los especiales desplazamientos—como él aseguraba—con la intervención de un *medium*, instituyó su teoría de la *acción magnética*, ejercida de un modo no bien determinado. Interpretación que fué adoptada por los profesores Chevillard, de París, y Thury, de Génova. A ese singular agente le denominaban *psicoide*. *Particular fluido* que atravesaba los nervios—según unos cuantos observadores,—pudiendo proyectarse al exterior. El profesor Reichembach, de Viena, le llamaba Odylo ó fuerza Od.

*
* *

Eudes de Mirville afirmaba en sus obras la realidad de los referidos fenómenos, que atribuía al demonio—palabras textuales,—en lo que él intitulaba la *Magia Moderna*, que con el padre Venture, se esforzaba en demostrar que la acción de los ángeles malos estaba señalada en el Evangelio y en la historia de los Santos Padres. El abate Pousin y el jesuíta P. Marousseau se expresaban en el mismo sentido, entonces en boga en la nación vecina. Afirmaciones que daban á entender que se creía en esa época en la existencia de alguno que otro fenómeno de los que se estudian ahora por los investigadores modernos.

Auguste Vacquerie contaba en su libro *Les Miettes de l'histoire*—Las Migajas de la historia,—con su poético estilo, las experiencias que realizó con Mad. de Girardin—*medium*—en Jersey, en casa de Víctor Hugo. Escribió sobre los hechos de la naturaleza referida, y llegó á convencer á este último, quien consignó en una de sus obras estas palabras: *Creo en los fenómenos espiríticos, por atestiguarlos más de quince mil firmas.*

Decía de los mismos el insigne historiador Bonnemere: *Como todo el mundo, me he reído de los hechos medianímicos; pero lo que yo tomaba con la risa satírica de Voltaire, no era sino la risa estúpida del imbécil, mucho más frecuente que la primera.*

El Dr. Gibier, laureado de la Academia de Medicina de París, reunió sus particulares observaciones en su obra en dos tomos, *Fakirisme et Analyse des choses*.

El profesor Kerner, una de las celebridades de la Alemania contemporánea, vióse obligado á comprobar los fenómenos referidos con la sonámbula Mad. Hauffe, conocida en Wurtemberg con el nombre vulgar de la *Vidente de Prevorst*.

El célebre astrónomo Zoellner, de la Universidad de Leipzig, reseña en su obra completa, *Wissenschaftliche Abhandlungen*, las experiencias realizadas con el *medium* Heinrich Slade. Declara en el prólogo, que, *desconfiando siempre de todas estas novedades, no tenía la menor creencia de su possibili-*

dad; pero las observaciones experimentales á que se dedicó durante nueve años, le convencieron totalmente.

El fisiólogo Fechner, con Weber y el antropólogo Ulrici, estudió más de quince años tales fenómenos, y son los tres ahora ardientes colaboradores de las revistas *Die Sphing* y *Die Psychische Studien*.

En Inglaterra hubo una porción de hombres ilustres que simpatizaron con estas prácticas. Un testimonio eminente es William Crookes. Su libro *Nuevos experimentos sobre la fuerza psíquica* llamó la atención del mundo culto. Abrió Crookes nueva vía en las investigaciones de la índole indicada; su grandioso descubrimiento de la *materia radiante*, que relacionaba con el *fenómeno espiritual*, abrió un horizonte inmenso á la especulación contemporánea.

Alfred Rousell Wallace fué un convencido de la realidad de los fenómenos. Auguste Morgan, presidente de la Sociedad Dialéctica de Londres, y el ingeniero Varley, de la Compañía Internacional Submarina, publicaron sus convicciones. Oxon, profesor de la Universidad de Oxford, se consagró una porción de años al estudio experimental de estos hechos. Serjeant Cox, filósofo y escritor, expuso de una manera magistral sus conceptos en *Fron Master of Spiritualism*. Y el sabio Barkas reseñaba sus observaciones en un libro intitulado *Outliness of Investigación into Modern Spiritualism*.

La *Society for Psychical Researchs* ha publicado varios años el relato de sus trabajos en una serie de volúmenes, en los que se describen más de 200 fenómenos.

James Goll, Georges Sexton y Chambers, catedráticos de la Universidad de Cambridge, hicieron pública declaración de sus convicciones en *The Light*.

Los celebrados miembros de la *Sociedad Real de Londres*, señores Gurney, Barret, Carne Rache, Elam y Thompson, desde 1889, dieron con sus celebradas prácticas cierto sabor de actualidad al *fenómeno espiritual*.

Por último, uno de los primeros filósofos ingleses, el difun-

to Friedrich Myers, en su obra póstuma *Human Personality*, se declaró ardiente convencido del hecho documentado.

En los Estados Unidos, ya el juez Edmons, presidente del Tribunal Supremo de New-York, al hacer su afirmación respecto de la realidad del fenómeno susodicho, y que él creyó haber comprobado, atrajo grandes inventivas de las publicaciones evangélicas de su país y de los periódicos profanos.

Roberto Dale Owen, que dirigió la publicación *Banner of Light de Boston*, se ocupaba preferentemente en ésta de los aludidos hechos. Mapes, como Hare, vencidos por la evidencia—como afirmaban ellos,—hicieron valiente profesión de fe en su libro *Miracles and modern Spiritualism*.

Y en Rusia citamos al profesor Boutlerov, que sostenía que había reproducido con el *medium* Daniell Douglass Home, la mayor parte de las experiencias realizadas por el profesor William Crookes; por cierto, que al ser preguntado éste último por el profesor antes citado en una carta sobre la realidad ó irrealdad del *fenómeno espirítico*, contestó: *Yo no digo que este fenómeno pueda ser, sino que es*. Carta que fué publicada en varias revistas. El príncipe ruso Alejandro Aksacof, profesor ilustre, publicó su obra en dos voluminosos tomos, *Animisme et Spiritisme*, cuyo principal objeto era comprobar los hechos que nos ocupan.

*
* *

Llegados á este punto, nos preguntamos: ¿qué debemos pensar de las referidas prácticas, de tales experiencias?

Nos hallamos bien lejos de creer en la positiva existencia, en la entera certeza, en la realidad de todos absolutamente los *fenómenos espiríticos*. Tampoco pretendemos *negar* que en tan extrañas prácticas, tan poco comunes, y á pesar de que una porción de profesores serios y observadores ilustres y sagaces hayan proclamado á todas luces su existencia en numerosas é importantes revistas y periódicos científicos extran-

jeros, *entre por mucho* la sugestión, la alucinación, y todavía admitimos la emoción por el temor, la venalidad ó el fraude. Todo aquello en que el hombre interviene es susceptible de ser falseado, desfigurado ó simulado; lo que no podemos explicar es, que personas del más elevado carácter, que sabios de la más alta competencia, que eximios catedráticos, que verdaderas autoridades, que personas serias y honradas, que pacientes observadores, que gentes imparciales y de un gran sentido práctico, todos ellos, sin distinción ninguna, han sido tan incautos que se hayan dejado engañar.

Debemos ocuparnos en serio de las referidas prácticas, sin guardar el despreciable silencio, tanto de la gente vulgar como de no pocos representantes de la ciencia oficial, sometiéndolos á un estudio meditado, atento, metódico, á pesar de esa propensión que tenemos todos, al menos en nuestras meridionales comarcas, á reirnos de aquello que se sale de sus antiguos moldes, efecto sin duda, del carácter de la raza, de nuestra frivolidad y miopía intelectual. La befa, la risa, son buenas, pero nada significan, nada nos demuestran respecto de los fenómenos consabidos.

Si reflexionamos un poco, llegaremos á convencernos de que casi todo lo que constituye hoy á la ciencia, ha sido objeto de grandes burlas, y todos aquellos que han querido librar á la humanidad de su ignorancia y revelarles el secreto de la naturaleza, todos han visto ante ellos levantarse un calvario. Galileo fué encarcelado, Wat y Fultón escarnecidos, Papín encerrado como loco y Servet quemado vivo. Hoy día no se encarcela ni se quema; á nadie se proscribiera por crimen de opinión; pero el sarcasmo y la befa son también las formas de la esclavitud, de la tiranía.

Tratamos aquí de un trascendente problema que se relaciona con nuestro organismo, y vale la pena que nos detengamos en él. Pero antes tengamos en cuenta que la negación *a priori* de todo hecho ó fenómeno, es imprudente, incorrecta, contraria al sentido común, al espíritu crítico y al científico,

por más que procedan de este modo los más encumbrados profesores.

Lo que debemos averiguar es si los aludidos hechos contradicen ó no á algún fenómeno de la naturaleza. Varios científicos afirman que los contradicen.

Se ha creído, y todavía se cree, que los cuerpos que no dan lugar á ningún cambio químico no producen calor. Esto era antes una *ley cierta*, inmutable, absoluta, universalmente admitida y establecida como una de las bases más inconmovibles de la Física general. Pero he aquí que el descubrimiento del radio ha echado por tierra la generalidad absoluta del hecho, puesto que el radio, sin modificación química alguna, desprende constantemente notables cantidades de calor. Los fenómenos que hemos relatado, como el citado hecho físico, parecen hallarse en contra de las leyes de la naturaleza, y no es así. Lo que sucede es, que desconocemos una infinidad de fuerzas naturales, y es lo probable que el hombre las vaya paulatinamente descubriendo.

Entre la infinidad de *fenómenos espiríticos*, veamos el que parece de los más extraordinarios, de los más sorprendentes, y sea ó no cierto, nada nos cuesta suponer que lo sea. El *alzamiento* de un velador, por ejemplo, colocadas las manos del *medium* á 40 centímetros por encima de su superficie. Aquí tenemos un hecho extraño que parece inverosímil, portentoso, imposible, hecho que parece estar en contra de las leyes de la naturaleza, es decir, en contra de la gravedad, y debemos equivocarnos, en atención á la probabilidad de la existencia de otra modalidad de la energía, de otra fuerza natural, pero desconocida, emanada del *medium*, mucho más potente que la referida fuerza. Energía desconocida para nosotros en el estado actual de la ciencia, pero que parecen demostrarla esas enormes pérdidas de actividad experimentada por el *medium* y la indicación de los dinamómetros.

No es posible tal ó cual cosa, porque—exclaman varios científicos—el buen sentido dice que *no puede ser*. Pero ¿por

qué es imposible? ¿Dónde está el primer hombre que haya trazado los límites de la imposibilidad? Todas las conquistas de la ciencia y de la industria, ¿no han sido antes consideradas como imposibles?

Rechazar un fenómeno por el hecho de no ser común, ó porque una larga práctica no nos ha familiarizado con él, es despreciar voluntariamente todo origen, toda fuente de grandes é importantes descubrimientos.

Será útil establecer aquí: que el examen detenido de los fenómenos reseñados, lejos de renovar el espíritu supersticioso —como creen algunos—y debilitar, por tanto, la energía de la razón, disipa, por el contrario, los errores é ilusiones de la ignorancia, sirviendo mejor al progreso, que la negación ilegítima de los que no han querido tomarse la molestia *de observar, de ver, nada más*.

El estudio de tales hechos es muy difícil, muy complejo; falta clasificarlos, están todavía mal presentados por los observadores; son vagos muchos de ellos, de oscuro análisis y á veces embrollado, como todo descubrimiento ó invento poco conocido y estudiado; por eso deben entrar en un período verdaderamente científico. Fenómenos que han de llegar á ser objeto de la crítica experimental, sin la cual ninguna demostración es posible.

Debe estar el sér humano dotado de facultades no exploradas todavía, *fuerzas psicofísicas* desconocidas, que *merecen incluirse* en los límites del análisis científico.

*
* *

De la sucinta exposición de todos esos fenómenos, podemos deducir que las aludidas fuerzas hoy latentes, que indudablemente el hombre posee, parecen capaces de obrar á distancia sobre la materia y comunicarle movimiento. El agotamiento de las energías del *medium* después de las experiencias, como se ha dicho, y la indicación de los dinamómetros nos las demues-

tran. No obstante, esta teoría requiere más precisas observaciones, más numerosos datos, para ser mejor fundamentada.

Para la mayoría inmensa de investigadores existe en una porción de aquellos admirables hechos, la *prolongación fluidica* del organismo del *medium*, invisible, comparable á la irradiación del imán ó al efluvio del cuerpo electrizado (1). Los profesores referidos pretenden, pues, á su manera explicarlos por los principios y leyes de la *fisio-psicología*, de la *psico-patología*, y, en fin, de la *psicología-supernormal*, ciencia que podía—como esos afirman—admitirse al lado de las demás ramas de la Biología, siempre, se entiende, que fuera concebida y estudiada científica y experimentalmente.

»Cuando el *medium* hace el gesto de golpear—dice el profesor Gley—en el aire y á un metro ó más de distancia de una mesa, suena un golpe en dicho mueble más ó menos sonoro. Es, pues, manifiestamente la dinámica prolongación del *miembro fluidico*, el mecanismo del fenómeno en determinadas experiencias»—como aquél asegura.

«Esta *proyección fluidica* debe variar según las circunstancias. Parece susceptible de condensarse, de dejar huellas en la greda, en la parafina — á juicio de dichos investigadores, — de impresionar las placas fotográficas y aun de hacerse visible por breves momentos y en circunstancias no bien determinadas. El hecho es incomprensible, pero habrá que aceptarlo, porque la lógica dice que los hechos no se discuten, únicamente se observan. Del *medium* brotaría, pues, un *doble fluidico condensable*»—afirman esos.

¿Qué fuerza inteligente lo dirige? ¿Es la voluntad la que le hace obrar de tal manera? ¿Es su energía psíquica, es su espíritu? ¿Es el inconsciente, como sostiene Hartman? Nótase en las manifestaciones intensas que el *medium* sufre, que entra en estado de *transse*, en una fase de su vida muy discutida por

(1) *Scienza è Mistero*. Campana dei Mattino, núm. 74. Colacuccio. Napoli, 1908.

los neuro-patólogos, durante la cual pierde por completo su conciencia, disgregándose su Yo, con aparición de una *personalidad segunda* que se hace dueña absoluta de su vida mental, gasta todas sus fuerzas y llega á un verdadero *surmenage* físico y psíquico. En muchas ocasiones hay que acostar al *medium* y prestarle los auxilios médicos convenientes.

En las experiencias que se han llevado á cabo el año último en Palermo con la Eusapia, en la sesión de 6 de Enero, dicen los doctores Carmelo Samona, de la Facultad de Ciencias; Mirto Gerolamo, catedrático de Clínica médica de esa capital; Gioachino Melarzo, de Fisiología; Virgilio Scola, de Historia Natural; Alessandro Maraglia, director de la Escuela de Comercio, y los profesores médicos Natoli, Heppli, Roderi y Cibiali, «que hallaron en un plato con negro de humo la huella ó impresión de la palma de una mano derecha de mujer—teniendo dos asistentes sujetas las manos de la *medium* y no habiendo ninguna otra señora en la reunión,—cuyos surcos exactamente correspondían á los de la mano derecha de Eusapia, como sucedió en las sesiones de Roma de 1907». Pudieron apreciar, además, dichos observadores, que atraía la sujeto en plena luz y con su propia mano, pequeños objetos, tales como cucharillas de café ó copas de licor, que seguían el movimiento de ésta á la distancia de unos diez centímetros del objeto. Hechos que, á juicio de los citados investigadores, se producían á beneficio de la *energía psíquica* de la sujeto (1).

Son tan inexplicables estos fenómenos, que la mayoría de las gentes encuentra muy sencillo negarlos, desecharlos, atribuirlos cuando más á una alucinación colectiva. Hipótesis muy cómoda, pero muy difícil de comprender, si tenemos en cuenta que sabios y experimentadores de todas las partes del mundo, de todas creencias y de las más diversas escuelas, se hayan extraviado en afirmar hechos que no existen, dejándose burlar por algunos impostores, sofisticar las prácticas, dada la perfi-

(1) Science au XX^e. Siecle. 29 Janvier 1908. Mandoul. Paris.

dia de media docena de malévolos, por no haber tomado las precauciones debidas. Tal estolidez, tan indisciplinable torpeza no cabe, no puede concebirse en esa índole de personas, sin una profunda alteración de sus facultades intelectuales.

¿Debemos considerar todo el trabajo enorme acabado de referir y llevado á cabo por aquellos profesores ilustres, como utópico, irrealizable, ó como producto de imaginaciones calenturientas, de cerebros vacíos de sentido, de inteligencias enfermizas, apartándolo con desprecio y sin previo examen? Pero, ¿cómo hombres de valía — repetimos, — de alta consideración, de general cultura, de autoridad universal, han empleado parte de su vida, y aun casi toda ella, en irrealidades absolutas? No lo comprendemos.

*
* *

Emprender una bibliografía, aunque fuera limitada, de todo cuanto se ha escrito acerca de los *fenómenos espiríticos*, sería una considerable labor. Veamos, si no, los catálogos de todas las librerías de obras de fondo de las principales capitales de Europa y América.

Las revistas, publicaciones y periódicos consagrados á esos hechos, son muy numerosos: los hay semanales, como *Light* y *Banner of Light*; quincenales ó mensuales, como *La Revue Spirite*, *La Revue des Études Psychiques*; *Les Annales des Sciences Psychiques*, *Revue du Spiritisme*, *Le Lotus Noir*, *Le Petit Bleu de Bruxelles*, *L'Echo de Mervilleux*, *Le Lotus Rouge*, *Les Mysteres d'Au de La' Luce è Ombra*, de Roma, *Psychique Studien de Berlin*, *Preglad Polski de San Petersburgo*, *Vragen der Tijds*, de Haarlem (Holanda), *Nords Gilds* de Stokolmo, etcétera, etc. Anuales, como los *Proceedings of the Society for psychical Research*, etc., pues no cito más que las más autorizadas, y podría mencionar cuarenta por lo menos muy notables. Todas estas publicaciones abundan en fenómenos que parecen muy precisos. Infinidad de corresponsales de todas partes del globo se los comunican. Bastante desigual podrá ser su

valor; pero, conservando nada más como digna de análisis una quinta, una décima y aun una centésima parte, quedará siempre una suma enorme de documentos enviados por personas de toda condición, de unos países á otros. Anualmente se publican más de 250 libros serios en las naciones contemporáneas, acerca del *fenómeno espirítico*. Pero, suponiendo que cada año ha habido 100 obras solamente, suma esto, en unos cuarenta años que hace que ciertos experimentadores se entregan á tan singulares prácticas, un total de 4.000 volúmenes, que no podremos, al menos de una injusticia irritante, tratar el asunto con el silencio ó el desprecio. Pues qué, ¿no ha habido muchos escritores y distinguidos profesores, como Zoelner, Lombroso, Tamburini, Morselli, Crookes, Encause, Rochas, Maxwell, Victorien Sardou, Boutlerow, Wallace, Myers, Richet, Mangin, que, después de haber estudiado, meditado y experimentado, han creído un *deber* confiar al público el resultado de su larga labor, y no se hayan ocupado de otra cosa que de *supercherías*? ¿Cómo se explica que tanto sabio reconocido universalmente, empleara su atención en utopias y fruslerías? Profesores de todos los países civilizados, ¿hanse extraviado ó alucinado en afirmaciones de hechos erróneos, dejándose engañar por una porción de ignorantes fanáticos?

Muchos de los que se han consagrado á tales experiencias son personas honorables, de talento, y no merecen se les desprecie ó considere como incautos mentecatos.

Que todos aquellos corresponsales, que todos absolutamente los escritores se hayan extraviado, que se hayan equivocado ó hayan sido engañados, no es un imposible; pero *mejor sería hacer la prueba de este error*, imponiéndose el *examen*, todo científico que se crea, con derecho á juzgar los hechos.

Admitamos que todos estos fenómenos, todas esas prácticas, son una serie de errores, de utopias, de fraudes, de tonterías, que constituyan una universal locura, un general desequilibrio psíquico, una epidemia de inestabilidad mental; es todo esto un hecho psicológico actual de tal trascendencia, un

neo-misticismo morboso—como le llaman varios profesores médicos,—que deben tener muy en cuenta y estudiar en serio los hombres de ciencia. ¿Cómo explicar por el fraude ó por la excesiva credulidad esas alucinaciones colectivas de profesores ilustrados, serios y honrados, y aun de gentes sensatas, pasando horas enteras y días, en fascinarse, en ilusionarse sobre supercherías? ¿Y esto en las ciudades más cultas del mundo, en todas las clases sociales, entre una porción de sabios y para individuos de todas edades y categorías? No pretendo demostrar que no sea todo ello un vano empeño, un conjunto de desatinos, un plan imaginario ó una serie de disparates; lo que únicamente afirmo, es que *ya es un error demasiado prolongado para que no se haya intentado penetrar en su naturaleza.*

Aquellas prácticas suelen ser imperfectas. No hay en ellas métodos científicos; pero al decir de los observadores que las han presenciado, *existen estos hechos*, y creen que serán capaces tales fenómenos de hacer, no en muy lejano tiempo, una verdadera irrupción en la vida de las naciones, y en particular de aquellas que marchan á la cabeza del progreso.

La mayor parte de los hombres de ciencia, y es triste decirlo, denegán la existencia de los fenómenos; y consiste esto, en que se consideran tales, por regla general, hondos pozos de ciencia infusa, y creen que nadie ha de enseñarles. Otros los ignoran, y no pocos exclaman, como aquel zoólogo inglés: *Nunca admitiré esos fenómenos, aunque me pareciesen verdaderos; pues siendo así, sería la prueba de mi decadencia intelectual.*

*
* *

La historia de las ciencias nos autoriza á concebir una *ciencia futura* completamente distinta de nuestra pobre ciencia actual.

Realmente, vivimos en la ilusión del tiempo, contra la que tanto protestaba el ilustre Bacon. Somos así. En manera alguna, los hombres de 1909 podemos convencernos de que en el

año 2009, por ejemplo, y con mayor razón en 3009, los datos científicos serán absolutamente distintos de nuestros actuales datos. Ni aun tenemos el valor de decirnos que no quedará una sola partícula siquiera de esas teorías famosas, hoy consideradas como verdaderas. Y, sin embargo, el desmoronamiento de todo nuestro andamiaje científico, con tanta laboriosidad construido, no es una probabilidad, sino una certeza.

Veamos el pasado para convencernos de ello; pero un pasado no muy remoto, puesto que haremos que abarque solamente cuatro siglos.

¿Qué ha quedado de las hipótesis científicas del año 1509?

Nada absolutamente. En matemáticas se desconocía la Geometría analítica, el Algebra, el Cálculo infinitesimal, etc., etc. En Fisiología se sabía muy poco, algunas nociones de Galieno, y ni aún se sospechaba nada de circulación, ni de respiración, ni de embriología, ni de funciones del sistema nervioso. Contagiado Glauber con la Alquimia, no había aparecido la Química. En Física, se sabía la electricidad de Thales de Mileto; el barómetro, termómetro, microscopio, etc., no habían aparecido. Y en Medicina reinaban las ideas y opiniones más extravagantes.

Cuatro siglos han bastado para constituir el edificio inmenso de toda la ciencia contemporánea, ¿y se pretende ahora que los cuatro siglos venideros no traerán análogas revoluciones, idénticos cambios?

No pretendamos tener el privilegio de formular leyes intangibles, decisiones categóricas; ejercicio de dominación despótica, manteniendo el lema *Magister dixit* ó indiscutibles aseveraciones; pero la ciencia, desde que es ciencia, no ha sido otra cosa que una serie de errores, de disparates, de aproximaciones é inexactitudes; evolucionando siempre, transformándose siempre, y esto de un modo tanto más rápido, cuanto más ha ido progresando. ¿No se creía hasta Galileo y Kepler que la tierra era el centro del universo? Todo esto es triste decirlo, pero si es cierto, ¿qué adelantamos con negarlo?

La mayoría de los hombres de ciencia nos han dado, respecto de los fenómenos que mentamos, el mismo razonamiento: *No debemos admitir lo que no podemos explicar*. Un *medium* coloca sus manos sobre una mesa—dicen varios profesores, serios al parecer,—y afirman que se la ve animar al cabo de un rato. Esto es inexplicable—insisten los científicos;—luego la experiencia es falsa, el hecho no existe, es ilusorio.

Si adoptamos ciertas teorías, si nos encantan determinadas hipótesis, con más razón debemos creer en algunos hechos. Aquéllas se discuten; los hechos, no; se afirman. Aquéllas son más ó menos probables; éstos son evidentes porque entran en el cerebro por nuestros sentidos.

Si rechazáramos todo lo que no comprendemos, tendríamos que negar casi todo en el universo. La materia es un misterio para nosotros. La doble naturaleza del hombre sigue siendo un enigma, y, sin embargo, la creemos, la admitimos. Pensamos; pero ¿qué es el pensamiento? No se sabe. Al levantar el brazo, mueve mi voluntad la materia; ¿cómo? Se ignora. ¿Cuál es el intermediario de esa orden mental? Se desconoce. ¿Cómo el nervio óptico transmite á la inteligencia la visión de los objetos externos? Esa es la incógnita del problema. Si no es razonable negar todo cuanto no comprendemos, también debemos negar, sin otra razón de que *así nos parece*, todos absolutamente los *fenómenos espirituales*. Y no porque se ignore la causa de los mismos, como sucede con casi todo cuanto nos rodea, habrá que rechazarlos ó negarlos.

Debiéramos repetir aquí el famoso caso de Newton, que observa que los astros se movían como si *una fuerza atractiva los rigiera*; esta atracción no es comprendida en su época, y el sabio no se atreve á dar su nueva teoría. Según esto, la gravitación universal no se hubiese admitido. Descubre Fraunhofer, que el espectro solar estaba atravesado por líneas negras; estas líneas son inexplicables en aquel tiempo, pues tampoco las debiera haber admitido la ciencia. Del oxígeno con el hidrógeno se fabrica el agua. ¿Cómo? Se ignora. No es, pues,

posible admitir el hecho. Negaba la Academia de Ciencias de París, en el siglo XVIII, que pudiera haber lluvia de peces, porque no se había observado que aspiraran las trombas marinas en ciertas condiciones á estos diminutos animales. No obstante, existía este fenómeno natural desde el principio del mundo, aunque muy pocos hombres habían dado con él.

*
* *

La mayoría de los científicos se imagina que, para ser *real* un fenómeno físico, debe ser reproducido á voluntad como en un laboratorio, y se equivocan. Según esta manera de ver, un eclipse de sol, por ejemplo, no sería cierto por no verificarse ó producirse cuando lo deseamos, ni un rayo que incendia una casa, ni un aerolito que cae del cielo, ni una erupción volcánica, ni un terremoto. Lo mismo acontece con el *fenómeno espiritual*. Fenómeno éste de observación y no de experiencia, y no hay que confundir la una con la otra.

En el orden de hechos que estudiamos, cuando se hacen experiencias, no se reproducen éstas á capricho ó á voluntad, sino que se presentan, sin saber por qué; existen condiciones que las contrarían, que las modifican, y hay que esperar pacientemente hasta que puedan aparecer. Análoga diferencia distingue á la Química de la Astronomía; en Química se experimenta; en Astronomía se observa, que no es lo mismo; lo que no impide á la Astronomía ser la más exacta de las ciencias. Esto acontece con la *Fenomenología espiritual*.

Toda ciencia inatacable en sus hechos, es verdaderamente fragil en sus hipótesis. Así, por ejemplo, la Química y la Física son desgraciadamente defectuosas *cuando se atreven á conceptos generales*.

Para la Física, si existe el éter, ¿es posible comprender una materia sin pesantez y *abstractum químico*? Se cree en el éter y en que la luz, el calórico, la electricidad, la atracción, etc., hagan vibrar á ese éter en el espacio. Pero nadie puede com-

prender á tan extraña materia que no es una sustancia química. El átomo se define para la Química como una cantidad de sustancia tan pequeña, que no puede ser dividida, siendo imponderable entonces. Ahora bien: si pesa, por ejemplo, la millonésima de un milésimo de miligramo y mucho menos todavía, y puede subdividirse ese peso al infinito con el pensamiento, el átomo indivisible tiene que ser imponderable. Es que la reunión de átomos imponderables está dotada de pesantez, y he aquí un verdadero absurdo. De manera que la Física y la Química no podrían reprochar—si somos lógicos—los absurdos de las hipótesis que suelen formularse acerca de los *fenómenos espíriticos*, por cuanto esas descansan sobre dos teorías manifiestamente erróneas.

Dicho esto, veamos las principales teorías ideadas para explicar los *fenómenos metapsíquicos*.

Desde la *acción muscular inconsciente* sostenida por Faraday, hasta la *proyección de la actividad protoplasmática* ó emanación temporal del *medium*, sostenida por el eximio presidente de la *Sociedad Dialéctica de Londres*, Sir Ollivier Lodge; desde la *doctrina psiquiátrica* de Lombroso, hasta la *hipótesis psicológica* de Ochorowitz; desde la *exteriorización de la motilidad* del profesor Rochas hasta el *esopsiquismo* del ilustre Morselli; desde el *automatismo de Janet* hasta el *desdoblamiento de la conciencia* de Binet; desde la teoría del *inconsciente* de Hartman, hasta la del *subliminal* de Myers; desde la hipótesis del *pluralismo psíquico* hasta la de la *producción psico-colectiva*; desde el *psico-cosmismo* de Venturi hasta la teoría de Papús; desde la hipótesis del *cuerpo astral* hasta la del *subconsciente* de Geley; desde la *Fuerza néurica radiante* de Barety hasta la energía del *Od humano* de Reichembach; desde las ideas sustentadas en el *Ocultismo* del insigne Grasset, catedrático de Medicina de Montpellier, hasta el *Etherium* del profesor Grimes; desde la hipótesis *espiritista* hasta la del *Satanismo* de los P. P. Franco y Geniat du Dot, y desde la de los *elementales* hasta las *Fuerzas ocultas*... ninguna de ellas, absoluta-

mente, explica de una manera satisfactoria el mecanismo de todos los fenómenos. La teoría del *psico-dinamismo* parece que se halla hoy en el camino del verdadero saber científico; cuenta entre sus creadores, promulgadores é investigadores, hombres de muy alto valor y de gran talento.

La mayoría inmensa de los individuos, aun los medianamente instruídos, no se contenta con conocer *de qué modo* un hecho ó un fenómeno se produce: quiere conocer inmediatamente el *por qué*; y fuera de la ciencia pura, se considera que las fórmulas, las leyes y las teorías, quizás hasta las *hipótesis adelantadas* por algún experimentador de espíritu sintético, y provisionalmente aceptadas como líneas directrices de la investigación ó como utilizables instrumentos de trabajo hasta su extinción, son realidades descubiertas y establecidas para siempre. No se mira, no se repara en la sólida fábrica del edificio, constituída únicamente con *hechos* bien comprobados; se atiende más á su parte ornamental y más visible, que es precisamente la dada por las *explicaciones hipotéticas*, por las *interpretaciones teóricas* y por las *doctrinas sistemáticas*. Desgraciadamente, esta es la parte más perecedera, la más transitoria del saber humano, que nunca es cabal porque siempre está en vías de completarse.

Es también una curiosidad la que se observa en exigirse una explicación para esas clases ó categorías de fenómenos que se salen de lo común. Los físicos, químicos, naturalistas, médicos, psicólogos, etc., considerando con cierto *aire de superioridad* las investigaciones que mentamos, las prácticas aludidas, parece como *se mecen* en la ilusión de que sólo ellos *hacen ciencia*, mientras los observadores de los susodichos fenómenos, á su decir, no hacen otra cosa que *literatura, novela*.

No porque desconozcamos las leyes, las teorías ó el mecanismo de los hechos referidos, ó porque creamos á esas teorías absurdas, utópicas é imposibles, hemos de negarlos. Cuando se compara lo poco que sabemos, la exigüidad de nuestra esfe-

ra de percepción, para todo cuanto existe en el universo, no podemos menos de concluir que *no sabemos nada* y que nos queda casi todo por saber. ¡Con qué derecho pronunciamos la palabra *imposible*—como decía el ilustre Metzger—ante hechos que hombres de toda condición social han creído comprobar, siendo tan escasos nuestros actuales conocimientos!

La historia del pasado nos hace confiar mucho en las maravillas del porvenir. Una esperanza inmensa se halla entre nosotros.

*
* *

Estoy persuadido que nadie entre los sabios se atrevería á decidir que nuestros antepasados—que no eran más necios é ignorantes que nosotros—habían desconocido la verdad y defendido teorías falsas, y que nosotros estamos libres de tales errores; lo que decimos es intangible, no se destruirá nada de lo que hemos establecido, y no se crearán nuevas ciencias. Y en el fondo es raciocinar así cuando dicen ciertos hombres de ciencia: Son los *fenómenos espirituales* todos ellos fraudulentos; no es posible creer lo que afirman ciertos observadores, porque son locos de remate; no comprendemos cómo sostienen la realidad de los hechos que admiten; la mayoría de los espiritistas son unos perdularios, unos embaucadores ó sofistas, y la *telepatía*, la *clarividencia* y la *telestesia* no existen más que en la cabeza de unos cuantos desequilibrados.

Por mi parte—sin pretender que estas cosas sean verdaderas ó falsas, lo que implicaría una inoportuna discusión,—solamente digo: que muchas de estas cosas pueden ser reales, posibles, positivas, demostrables, y que no serían mucho menos asombrosas que lo hubiera sido para un contemporáneo de Miguel Servet, el hecho siguiente, hoy muy vulgar, que cito entre los milagros modernos: ver reproducida por el cinematógrafo en mi ciudad—como realmente he visto—la entrada

de los reyes de España en el Elíseo de París, á los dos días de efectuarse este suceso.

Tengamos en cuenta que una rigurosa experiencia vale más que mil observaciones y que diez mil negaciones, aun cuando éstas emanen de las autoridades más visibles, de los más competentes hombres de ciencia, si no se han tomado la molestia de observarlas, de comprobarlas, de repetir muchas veces los estudios experimentales ó de probar su falsedad. La verdadera ciencia la constituyen los hechos, los fenómenos bien comprobados, y no la opinión ó creencias de los sabios, que muchas veces se equivocan.

Los *fenómenos espirituales* constituyen una nueva ciencia, no todos. Ciencia que se halla en embrión, en los pañales de la infancia, que pertenece á la Biología humana, y será algún día del dominio de las ciencias médicas.

Nos encontramos, en lo que á estos hechos concierne, frente á recientes modalidades de la energía—como sostienen los más conspicuos observadores—en presencia de nuevas fuerzas de la naturaleza, todavía ignoradas, que lleven quizás á los hombres de ciencia, no en muy lejana época, á una radical transformación de sus conocimientos.

Los estudios experimentales de esos fenómenos, las observaciones imparciales, serán el origen indudablemente de las mayores evoluciones que habrá conocido el mundo. Y sean cuales sean los escarnios, las burlas y desprecios que se dirijan á los pacientes investigadores, preciso será reconocer la existencia, la realidad de muchos de dichos fenómenos.

Siempre ha existido en el hombre un estado de ánimo contrario al verdadero espíritu científico, y es esa especial *neofobia* que nos hace temer á las nuevas ideas, á los recientes descubrimientos ó á las modernas teorías.

Hay que ser audaces, y nunca lo somos bastante, si bien al mayor atrevimiento en las concepciones teóricas y en los ensayos experimentales debe acompañar la mayor severidad en las conclusiones finales, la exactitud en la técnica y la corrección

en el método. Los espiritistas realmente fueron muy audaces, pero también muy poco rigurosos; por esto es una lamentable historia la de sus *enormes aberraciones*, la de sus *delirios supinos*. No obstante, podemos asegurar que tenían perfecto derecho á ser audaces, ya que no lo fueron los hombres de ciencia.

Lo que importa, respecto de los *fenómenos metapsíquicos*, es demostrar su existencia ó su irrealdad; huelgan, pues, cuantos argumentos y objeciones se pongan en contra. Ya sabemos que si interrogamos á los representantes de los centros docentes, Academias y Ateneos en su mayoría, acerca de esos fenómenos, si no nos dirigen una *sonrisa* entre conmisericación y desaire, el silencio despreciable, ó el insulto acaso, sea su única contestación. Pero frente á estos profesores están las afirmaciones y relatos de una porción de investigadores decididos, de esos valientes que se agitan con entera libertad de espíritu, héroes que jamás se dejan dominar por la inercia mental y el *misoneísmo*, que traen sin andadores ni guías su terminante testimonio en tan debatida cuestión como la que nos ocupa; observadores experimentados que, sin temor al ridículo y despreciando sus comodidades, rinden culto á la verdad.

Llevamos en nosotros mismos, sin darnos la menor cuenta, una imperiosa sugestión que nos impele á que nos enseñen, á que nos demuestren las cosas, careciendo de la aptitud necesaria para aprender solos, para juzgar por cuenta propia, sin orientarnos siquiera en las más simples disquisiciones científicas. Al profesor le sucede lo contrario; desde que ha conseguido el cargo, empleo, cátedra, etc., que desempeña, no se acuerda de estudiar más, y, como en toda su vida, no osa investigar nada nuevo; llega al fin á convencerse de que nadie ha de enseñarle, porque no tiene ya más que aprender. En esto tiene siempre su origen ese *amor propio* del profesor, del cual le es muy difícil sustraerse, y ese *servilismo intelectual* que en mayor ó menor grado todos poseemos. Si estamos habituados á que se discurra por nosotros, si abrigamos esa ciega fe en el

profesor, no haremos el menor caso de lo que podamos nosotros estudiar ú observar; admitiremos como infalible dogma cuanto de ése dependa, sin escudriñar los hechos y sin saber si defendemos la verdad ó el error. He aquí el motivo de la general indiferencia respecto del *fenómeno espirítico*, como para todo descubrimiento, invento ó hecho nuevo.

Si este fenómeno es fraudulento, si es realmente una utopía, una quimera, únicamente podemos sostener que lo es demasiado prolongada para no llamar la atención de la ciencia clásica. Los representantes de ésta desprecian las investigaciones espiríticas, á estilo del avestruz que oculta la cabeza en la arena del desierto, para no ver al enemigo que le persigue ó ha de darle caza. Los científicos no deben imitar este memorable ejemplo, pretendiendo ver una secta, una doctrina filosófica nada más, y no un conjunto de prácticas en las que los que á ellas se consagran reconocen á la experiencia como soberana, como dueña, y pretenden también hacer ciencia. Despreciar sus métodos y los resultados científicos, sin más razón *de que les parece así*, es, en mi opinión, una enorme torpeza. Quizás existan en tales experiencias profundas verdades por descubrir, lo que no se puede saber sino después de haber hecho una serie de observaciones.

El estudio sincero, imparcial y serio de los *fenómenos espiríticos*, merece algo más que un análisis experimental, un examen apurado; hay que consagrar á estos hechos delicados, complejos y oscuros por ahora, varios días de perseverantes estudios, y asistir, como aseveran distinguidos investigadores, á sesiones continuadas por cierto tiempo. Podemos admitir que juzgar con exactitud los fenómenos aludidos, es cosa más difícil que aprender la lengua árabe. ¿Acaso se podría aprender el árabe en una sola sesión! ¿Por qué entonces pretender juzgar no en una sola sesión, sino sin haberlos presenciado, hechos que, con razón ó sin ella, se apoyan en cien mil y más sesiones?

Para dudar de la realidad de estos fenómenos, deberían

existir razones tan poderosas, que habría que admitir con mayor razón, cuando han precisado largos años varios observadores ilustres para formarse una convicción. ¿Y no debemos sostener que si se tiene derecho á dudar *después de un detenido examen*, no se tiene en absoluto el derecho á dudar *sin el examen de los fenómenos?*

ANTONIO GOTA CASAS

Médico.

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

“LA VIDA ES SUEÑO,” DE CALDERÓN

*Después de una representación de la comedia LA VIDA ES SUEÑO,
de Pedro Calderón de la Barca.*

Pedro Calderón de la Barca, de quien el Sr. Ernesto Rossi representaba dos noches há la comedia intitulada *La vida es sueño*, fué soldado y presbítero español del siglo xvii. Soldado, tomó parte, entre otras, en las guerras de Flandes; presbítero, fué canónigo de Madrid, capellán de la Casa Real española y cofrade de la Congregación de San Pedro Apóstol. Disfrutó, además, de sinecuras y emolumentos de corte de treinta escudos al mes, y beneficios en Toledo y en Sicilia. Adquirió todo esto por la munificencia de Felipe IV, devoto de los teatros y de los dramaturgos, que escribía también para los teatros, escondiéndose con aparatosa y petulante modestia bajo el calificativo de «un ingenio de esta corte» (1). Felipe consagró á Calderón su poeta, como la iglesia lo había consagrado su ministro, y lo trató un poco mejor de lo que otros

(1) Citado en castellano.—(N. del T.)

reyes *dilettanti* ó cucharones acostumbran á tratar á los émulos ingeniosos que tienen en su compañía, ya como bestias raras, ya para desahogo de su vanidad personal, ya también para dar un cómodo desahogo á las tentaciones de la envidia. La vida de Pedro Calderón, pintoresca y afortunada, llenó casi todo el siglo xvii. El poeta de la Monarquía y de la Iglesia españolas extendió la sombra de su gloria sobre la edad decadente de aquellas dos instituciones, y coincidió con el crepúsculo perezoso del poderío castellano en cuyos vastos dominios no se ponía el sol. Nacido con el siglo—y de él puede decirse en sus tiempos esta frase con más exactitud que se dice de Víctor Hugo en los nuestros,—tenía diez y seis años cuando murió Miguel de Cervantes, y treinta y dos cuando murió Lope de Vega; creador aquél y acrecentador éste del teatro español, pasmo el primero de España y de la literatura europea. A los trece años escribió su primera comedia, *El carro del cielo*; á los ochenta y uno la última, *Hado y divisa*. Murió el 25 de Mayo de 1682, y dejaba—escriben sus biógrafos—ciento veinte comedias, doscientas loas, cien sainetes y más de cien autos sacramentales, si bien es cierto que sus obras publicadas é impresas no alcanzan una cifra tan considerable.

II

Parece ser que, de cuando en cuando, improvisaba el mismo Calderón sus autos sacramentales según los recitaba, lo mismo que nuestros antiguos cómicos recitaban, improvisándolas, las comedias de arte. Pero Calderón estaba en buena compañía: recitaba con Felipe IV. En *La creación del mundo*, el rey hacía de Dios; de Adán, el capellán del monarca. Y Adán comenzó á describir el Paraíso terrenal. Naturalmente, Dios debió sentirse enojado, sintiéndose juzgar en sus propias barbas por

aquél á quien él había sacado del seno de la nada; figuráoslo teniendo que resistir á un Adán Calderón, de cuya imperturbabilidad, en eso de arrojar ristras de metáforas y semejanzas por la boca, pueden los lectores que vieron la representación del viernes tener una pequeñísima idea, idea que se arraiga más y más á medida que se conocen otros volúmenes del escritor español. No había, en una palabra, pajita ni semilla que se escapara á la experta mirada del canónigo de Toledo. Y Dios se retorció y resoplaba desde su dorado sitial. Pero era tanto como predicar la discreción á los curas: Adán capellán quería salir adelante con su empresa. Dios, por último, comenzó á bostezar tan fieramente, que Adán, herido en su vanidad de autor, cortó por lo sano una metáfora para pedir á su Dios y Señor—un autor ofendido es capar de las mayores heroicidades—la razón en virtud de la que su Divinidad se atrevía á hacer demostraciones tan poco reales de una pasión no precisamente divina.

—¡Voto á Dios!—estuvo á punto de exclamar el rey de España; pero recordando su realeza, se detuvo, y con la suficiencia de un filósofo hegeliano exclamó:

—Declaro que me arrepiento por haber creado un Adán tan hablador.

Estoy, por mi parte, casi decidido á dar la razón á Felipe IV, y apuesto una cosa buena á que participan de mi opinión los lectores, que en la representación del viernes último aguantaron el parlamento de Basilio, rey de Polonia, á pesar de haberlo reducido á la mitad la tijera habilidosa del Sr. Rossi.

Estos *autos sacramentales*, que, más que otros trabajos del dramaturgo español, excitaron la admiración de sus contemporáneos, y de los cuales se prometía él la mayor gloria; estos *autos sacramentales*, que á Guillermo Augusto de Schlégel se le antojaban singulares y extraordinarias producciones, y de cuyo entusiasmo religioso hablaba el consejero aúlico con entusiasmo crítico; estos *autos sacramentales*, finalmente, exigen algunas consideraciones por nuestra parte, que nos han de dar,

á buen seguro, alguna idea del tiempo, de la nación, del hombre. Hablemos del primero, *Dios*, por razón de estado.

Antes hay un prólogo, donde la Teología, apadrinada por la Fe, se ofrece á sostener en la *Universidad* del mundo contra cualquier combatiente *un torneo* sobre estas proposiciones: la presencia de Dios en la eucaristía, la vida nueva que el hombre recibe en la comunión, la necesidad de comulgar con frecuencia. Contra la primera proposición se presenta la Filosofía aparejada con la Naturaleza. Las dos partes combaten con toda clase de armas: con silogismos, como los escolares de Salamanca; con la espada, como los caballeros en las justas de Toledo y de Burgos.

No necesito decir, naturalmente, que la Filosofía con la Naturaleza son víctimas de la más cruel derrota y que confiesan la primera proposición. Lo mismo acontece con la Medicina, en el discurso que pronuncia contra la segunda proposición, y á la Jurisprudencia con la Justicia, que niega la tercera. Ahora, para festejar el señalado triunfo, la Teología anuncia un acto, en el cual será probado, con leyes universales, que la religión católica debe ser seguida por todos, ya que en ella convergen la razón y la conveniencia.

Entre los personajes del acto figuran: el Espíritu (primer galán), el Pensamiento (bufón); después, el Paganismo, la Sinagoga, la Confirmación, la Extremaunción, el Orden Sacerdotal, el Matrimonio, el Africa, el Ateísmo, San Pablo, el Bautismo, la Ley Natural, la Ley Escrita, la Ley de Gracia. Se levanta el telón, resonando por los aires un coro de invocación y de deseo al dios desconocido; el Espíritu y el Pensamiento están en la cima de una montaña, sobre la que se levanta un templo consagrado al dios ignoto de que habla San Pablo. Los dos peregrinos encuentran en el templo, entre una turba de pedingones y suplicantes, al Paganismo, que ruega á Dios que vaya á habitar los templos que ha fabricado para él. Aquí, una larga disertación, en que el Espíritu pregunta por qué regla de tres un dios ignoto puede ser un Dios, y el Paganismo,

hecho teólogo, que se lo prueba cumplidamente, como cuatro y cuatro son ocho, con aquellas claridad y precisión de razones que son privativas de los teólogos.

El Espíritu, á decir verdad, no se muestra muy satisfecho, y quiere reanudar, á lo que parece, su discusión con el Pensamiento:

—Es mejor bailar—dice el bufón.

Y se baila un gran baile de locura divina; el Paganismo lo guía; las figuras se forman en cruz; cantan, con palabras de misterio, al Dios trino. Aquí, un terremoto y un eclipse; fuga general; en escena quedan el Espíritu, el Paganismo y el Pensamiento, razonando sobre estos fenómenos.

—¿Es que muere el mundo? ¿Es que sufre Dios?—Estas son hipótesis del Espíritu.

—Imposible—objeta el Paganismo.

El Pensamiento, actuando de bufón, hace de correveidile, y da la razón al último que habla.

El Paganismo sale de escena, y quedan en ella el Pensamiento y el Espíritu, que se proponen correr el mundo de cabo á rabo en busca del dios ignoto. En América, el Ateísmo responde, á las preguntas de uno y otro, que allí no se preocupan de semejantes extravagancias; el Pensamiento, buen compadre de Pizarro y de Hernán Cortés, le suelta una monumental paliza. África espera su profeta; por el momento, se desahoga haciendo saber al Espíritu que el hombre puede salvarse en cualquiera religión, y que las religiones reveladas no son más que un medio para alcanzar la perfección. El Espíritu dispara y grita como un bachiller de Salamanca, y se insultan, lo mismo que árabes y castellanos, el África y el Espíritu. En Asia se encuentran con la Sinagoga, la cual comienza á quebrantarse por ciertas señales de terremotos y de eclipses que acompañan á la muerte de cierto jovenzuelo, condenado por la Sinagoga á la muerte en cruz, porque alborotaba el orden público y se burlaba de la religión del Estado. Nuevas discusiones, al llegar á este punto, entre la Sinagoga y el Espíritu. Pero

he aquí que, de pronto, surge un relámpago, y á continuación una voz de lo alto, que dice:

—Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

Entra en escena San Pablo, convertido de golpe y porrazo, y disputa con la Sinagoga sobre la revelación. Introduce la Ley Natural, la Ley de Gracia, la Ley Escrita, las cuales se abrazan todas dentro del cristianismo, y además, los siete Sacramentos que son el fundamento de aquéllas. Y el *auto* concluye con las conversiones, como una comedia de capa y espada con los matrimonios. La Sinagoga y el África se obstinan en seguir siendo réprobas como al principio; pero el Espíritu les grita:

—El Espíritu debe exhortaros á amar y creer en el dios ignoto, por razón de Estado, aun cuando os falte la fe. Y el coro repite, cantando, esta clarísima afirmación.

En aquel coro veo yo á los jesuítas, entre los cuales se había educado Calderón; los *menesteres* del ejército español que había combatido contra la libertad en Flandes; á los dominicos, inquisidores y confesores del rey y de la reina, á los cuales besaba la mano todas las mañanas el poeta en las antecámaras de Palacio. Es un humo pestilente de hoguera, y un sonido obtuso y sordo, que no es sonido, de hierros acerados que se atenazan en masas de carne, si se exceptúa, acaso, las narices y las orejas. ¡Pobres judíos de Castilla, nobles moros de Granada, generosos é imprevisores Incas: las alegrías del hidalgo católico D. Pedro Calderón de la Barca no son grotescas figuras retóricas solamente; vosotros lo sabéis muy bien!

Dios, por razones particulares del canónigo, siente el maquiavelismo untuoso de los jesuítas. Pensando en ellos, recuerdo la desfachatez de bronce, mejor aún, de granito, monumental de todos: de Lope de Vega, el Fénix de España, al cual, en homenaje de su ingenio y de su gloria, enviaba Urbano VIII el diploma de doctor en teología, y el gran inquisidor el breve de familiar del Santo Oficio, en cuyas honras fúnebres cantaron la misa tres arzobispos. En el *Arauco domado*, de

Lope, Capoulican, defensor de la libertad de Chile, cae prisionero en manos de los españoles, que lo llevan en presencia de García de Mendoza, su capitán.

—¿De qué se trata, Capoulican?—pregunta el vencedor.

—La guerra, señor, y la mala ventura—responde el vencido.—Pero Mendoza replica:

—La mala ventura es cortejo obligado de aquellos que combaten contra el cielo. ¿No eres tú vasallo del rey de España?

—He nacido libre—añade Capoulican;—he defendido la libertad de mi patria y de mis leyes; no he atentado jamás contra vuestra vida.

Pero la victoria del rey católico debe ser completa, y el vencido debe someterse, por ende, á la religión del vencedor. Lo que no quiere decir que se ahorre una vida ó que se sacrifique; no. El sacerdote da pasaporte al alma para el otro mundo; pero en éste, de tejas abajo, el cuerpo está en manos del rey, Dios, por razón de Estado. He aquí, pues, á Capoulican en la pira, atado al palo, y á los soldados españoles que aplican el fuego. Entonces Mendoza, inclinándose ante un retrato de Felipe II, que domina la escena, grita:

Señor: mirad que os servimos
Tiñendo estos verdes campos
De sangre de cien mil indios
Por daros un reino extraño (1).

¡Viva, pues, el rey y la religión! ¡Viva la gótica monarquía caballeresca, la católica escuela romántica y sus dos santos apóstoles, Augusto y Federico Schlegel *par nobile fratrum*, que circularon en el mercado de Europa esta flor de extranjis! Eran tiempos á propósito, porque los pigmeos habían triunfado de los titanes. Los consejeros áulicos habían puesto el pie sobre el cuello de los viejos jacobinos; los nobles oficialetes prusianos se atrevían á mirar cara á cara á los cadáveres de

(1) Cit. en castellano.—(N. del T.)

los grandes mariscales del imperio plebeyo; Blücher buscaba á Napoleón para fusilarlo, y en la esperanza de destruir París, minaba un arco del puente de Jena; el rey de Prusia suspendía á los profesores que habían metido la juventud germánica en la batalla triduana de las naciones, y abría la fortaleza de Spandau á los ingenuos nietecillos de Arminico, que recordaban haber realizado en demasía los principios alemanes; los pietistas protestantes y los jesuitas católicos luchaban juntos contra el libre pensamiento; el emperador cismático y el católico, el rey luterano y el anglicano, fundaban la Santa Alianza contra la Revolución. Los dos hermanos Schlégel dictaron el código de la escuela romántica, á mayor honra y gloria del Imperio, de la Iglesia y de la Edad Media.

En las *Lecciones de literatura* de Federigo, que era el genio más potente para la crítica en aquel extraño maridaje, se lee esto que escribía graciosísimamente á su acostumbrado y constante amigo Heine: «Federico Schlégel examina todas las literaturas desde un alto punto de vista; pero aquella vasta altura es siempre la misma: la pingorota del campanario de una iglesia gótica. Y en todo lo que escribe Schlégel hay un continuo sonar de campanas; hasta se oye alguna vez el molesto graznido de los cuervos y lechuzas que andan en torno á los ejes de la vieja cúpula. Apenas abro aquel libro, me da en la nariz un tufillo de incienso de la misa; y otras veces veo ante mí largas filas de pensamientos tonsurados.»

Höer Weisheit Sonnenlicht Und der kirche stille Oficht, «la superior luz solar de la ciencia y la tranquila obediencia á la iglesia», era la preocupación de Schlégel, y esto explica, mejor que todo lo demás, su admiración ferviente por Calderón de la Barca. Stollberg, Tieck, Novalis, Werner renegaron de la confesión de Lutero para buscar el Hipócrenes de la nueva poesía en las piedras de las iglesias católicas. Schlégel no se contentó con esto, sino que fué mucho más allá, y penetró en las sagradas tinieblas de los monasterios españoles, alumbrados de vez cuando por las siniestras llamaradas de los *Autos*

de fe. Y reputaba á Calderón como el primero y el más grande entre los poetas cristianos, «en el esclarecer y acrecentar más y más en el dominio de la belleza espiritual, según las ideas cristianas, las poéticas singularidad y resonancia de la vida, de la historia tradicional, de las leyendas, y hasta de la mitología pagana». Federico Schlégel había robado al marido la bella judía, hija de Moisés Méndelssohn, para convertirse luego, con ella, al catolicismo y vivir de las limosnas del marido ultrajado: lo cuenta Enrique Heine. Además, Calderón parecía á Schlégel, el primero y más grande de los poetas cristianos, «en el hacer brotar de los padecimientos supremos una transfiguración espiritual», que es lo que más maravilla, según él, del poeta cristiano: Schlégel murió de un atracón.

Pero Guillermo Augusto Schlégel, ó todavía mejor, Su Excelencia el consejero de Schlégel, el cual subía á su cátedra muy arregladito, según el último figurín de París, á tomar el pelo á Racine, el segundo Schlégel, ó más justamente el primero, aventaja todavía en admiración calderoniana á su docto hermano. Así como España es la tierra prometida de la poesía romántica, así también Calderón es el «poeta sumo que mereció este nombre mejor que los demás en el mundo», Calderón, «milagro de la Naturaleza», es el genio de la poesía romántica. «La poesía romántica—añade el crítico—le había dotado de todos aquellos dones, y parece que antes de escapar á nuestra vista, haya querido en las obras de Calderón, lo mismo que en un fuego de artificio, reservar sus colores más vivos, sus luces más esplendentes y sus cohetes más rápidos para el último estallido.» Muy bonita la comparación del fuego y de los cohetes. El mismo Schlégel tradujo en versos alemanes *La vida es sueño* para el teatro de Weimar, donde pocos años antes se habían representado la *Ifigenia*, de Eurípides; *Fedra*, de Racine; *Macbeth*, de Shakespeare, y la *Turandot*, de Carlos Gozzi, todo ello traducido por Schiller. El cual (dicho sea entre paréntesis) no quería oír hablar de los Schlégel, y los llamaba «los dos retrocesos»; Gœthe, después de la gritería que le dieron,

en compañía de muchos cuervos, durante algunos años, un día sacude—escribe Heine—la perfumada melena, y los dispersa.

Esta preferencia de Schlégel y la opinión de otros críticos, nos aseguran, pues, que *La vida es sueño* es una de las obras más estimables del poeta español.

III

La vida es sueño es una comedia heroica, la cual, como casi todos los dramas españoles—lo han notado, entre otros, Bouterweck y Sismondi—no es sino una narración: narración dramática con superposición de intrigas.

Segismundo, hijo único de Basilio, rey de Polonia, vive, desde su cuna, prisionero en una torre, en medio de los bosques. Así lo quiere su padre, el cual, haciendo caso de los signos de las estrellas, cree que el hijo es de tan feroces y soberbias inclinaciones, que ha de traer la ruina y el exterminio al reino y á su mismo padre. Pero en el declinar de la vida, no quedándole al viejo más que dos sobrinos de hermanas, Astolfo de Moscovia y Estrella, antes de resolverse á transmitir el reino á los dos que para heredarlo son ya prometidos, quiere ver si Segismundo, corregido por tantos años de prisión, puede curarse de su mala naturaleza. Clotardo, carcelero y maestro del príncipe, le da una bebida soporífera, y Segismundo, lleno de cadenas, se despierta en palacio. Libre y poderoso, la naturaleza, de suyo indómita, y requemada además por los sentimientos de rencor y venganza de la prisión aborrecida, se desata y castiga como lava ardiente por dondequiera; por dos veces quiere matar á su carcelero y maestro, tira por la ventana á un subordinado, maltrata á Astolfo (su primo), amenaza al rey. Nada le es sagrado al príncipe: ni los años, ni la autoridad, ni la hermosura. El rey medita entonces, que, dormido, debe vol-

ver á su prisión. En ella, Clotardo le sermonea, diciéndole que todo lo pasado ha sido un sueño, pero que debe obrarse, también en sueños, con perfecta rectitud. En tanto, el pueblo y los soldados, que no quieren sostener á un príncipe moscovita, como Astolfo, que está á punto de ser coronado, se sublevan; corren á la prisión de Segismundo, lo libertan, lo aclaman rey y lo ponen al frente de las tropas. Segismundo, creyendo que se trata de un sueño más, vacila al principio; después se sumerge en la revolución para conquistar el reino. Pero el recuerdo de aquel sueño de grandeza de un día, tan rápidamente desenvuelto y los consejos de Clotaldo, han hecho de Segismundo un hombre nuevo; sabe con poderosos esfuerzos enseñorearse de sí mismo; se propone hacer el bien. Deja en libertad á Clotaldo que por lealtad debe unirse al ejército del rey; contiene su pasión por una mujer y la une al hombre que ama; vence al rey, su padre, y pone en su mano la espada victoriosa.

Tal es lo esencial de la comedia de Pedro Calderón, representada últimamente por el Sr. Rossi. Martínez de la Rosa, crítico y poeta español de escuela francesa, pregunta qué diablos se puede esperar de una composición dramática, cuyo protagonista es un príncipe, encerrado como una fiera en una prisión en medio de los bosques. La cuestión, así puesta, se me antoja mal puesta, y la censura que de ello se deriva, injusta; porque, verdaderamente, el personaje y la acción pasan por tres fases distintas: la rabia impotente del prisionero, el de hombre apasionado por natural inclinación, la transformación del héroe.

En la primera fase, cuando Segismundo esta prisionero, Martínez de la Rosa tiene razón. Allí no puede haber drama; á lo sumo, tal asunto puede pertenecer á la lírica, á la epopeya; especialmente á aquella epopeya analítica que adivinó Lord Byron en su *Prisionero de Chillon*. Pero de tales prisioneros y soberbios solitarios que hubo en el mundo, y que á él volverán en épocas futuras, nos presenta Grecia dos figuras: entre los dioses, Prometeo; entre los hombres, Filocteto. Las

quejas de Segismundo en el drama español recuerdan, si bien muy vagamente, y con las distancias convenientes, los lamentos trágicos de Esquilo y de Sófocles (1):

¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!
Apurar, cielos, pretendo,
Ya que me tratáis así,
Qué delito cometí
Contra vosotros, naciendo;
Aunque si nací, ya entiendo
Qué delito he cometido;
Bastante causa ha tenido
Vuestra justicia y rigor,
Pues el delito mayor
Del hombre es haber nacido.
Sólo quisiera saber,
Para apurar mis desvelos, etc., etc.

La entonación es solemne y el motivo hermoso. Por lo demás, como dice perfectamente Schlégel: ¡qué estruendo de cohetes! Es el vicio incorregible de Calderón: una imagen no le basta; la primera no hace más que abrirle el apetito; como las cerezas, se ensartan unas metáforas á otras, y circulan, abigarradas y pintorescas, por las páginas de sus libros, como procesiones de cofradías por las calles de Madrid. Y carga el asunto de colores tan chillones y diversos, que el lector olvida la forma del objeto y olvida la impresión del momento. Cuando se llega al final de la tirada de los versos que he citado antes, ¿quién se acuerda ya de los pájaros y de los arroyuelos de la madre naturaleza? Tales sartas de madrigales deben recomendarse al lado de la estupenda unidad de impresiones en las tragedias inglesas y griegas.

(1) Carducci transcribe una traducción muy exacta de Pedro Monti. Como no es cosa de verter de nuevo al castellano lo que del castellano se tradujo, prefiero recordar el texto original.—(N. del T.)

En el desenvolvimiento de la tercera fase de su personaje, Calderón tiene un encontronazo peligroso. Segismundo, que duda de la verdad de cuanto le rodea; Segismundo, para quien la vida es sueño; Segismundo, que llega á la generosidad por escepticismo, es Hamlet; un Hamlet empequeñecido, deformado, como podía imaginarlo el poeta de la inquisición; pero en germen, hay un Hamlet en Segismundo. Verdad es que actúa por móviles harto diversos de los del gran príncipe de Dinamarca; que tiene que luchar por todas partes con un enjambre de hombres vivos, que le dificultan el paso, se agarran á él y le cierran las puertas; Segismundo se mueve, soltando sentencias morales y realizando aventuras caballerescas entre tantas figuras de cartón, puestas allí para que él las aterre y exalte.

Pero en la segunda jornada del drama, en la segunda fase del ánimo de Segismundo, Calderón hace galas de verdadera fuerza, y nos dejó una prueba de su talento dramático, que hubiera permanecido en otro país y en otros tiempos. Segismundo es el hombre más original y gigantesco que haya parido Calderón; tienen razón sus partidarios; no puede ser comparado, ni lejanamente, con otros personajes de otras comedias suyas, los cuales, si bien son innumerables y salidos de todos los rincones del planeta, tienen un aire de familia que debe tranquilizar el corazón de los españoles sobre la fidelidad de la musa nacional de su poeta, ya que todos sus caballeros castellanos son del mismo modo cultivadores fidelísimos al propio tiempo del honor y de las sutilezas (*acutetze*); Segismundo, por esta vez, no agita penachos, ni rasga la guitarra, ni desgrana rosarios; á lo sumo, dice un piropo á una señora con el estilo de Góngora. Por lo demás, arrojándose sobre la sociedad con el ímpetu de la naturaleza y con la pasión del mal surgida de la naturaleza misma, es un león del Africa. Se levanta, mira en torno á sí, sacude la melena, se recoge antes para saltar con seguridades sobre la presa, y luego salta, estira las patas, hay fuego en sus ojos; retrocede, vomita, brama y ruge; todos huyen. Todavía más: relejendo el segundo acto—que lo merece,

ciertamente, —se sienten deseos de algo: desearíamos ver que ante el príncipe se levantasen barreras infranqueables, que le salieran al paso alguno de aquellos obstáculos insidiosos y disimulados de la civilización más refinada, algunas de aquellas redes sutilísimas que en ocasión semejante tejió Voltaire alrededor de su Ingenuo, y que el Hurón salta y rompe con tanta fiereza, los sobresaltos de la religión, por ejemplo. Pero es pedir peras al olmo, tratándose de Calderón: de buena gana hubiera hecho besar á Segismundo la mano del primer sacristán que se le hubiera puesto delante de las narices. Alábase, en cambio, como invención singular que revela á un artista profundo, la admiración que el solitario incivil siente de golpe y porrazo por la mujer. Pero esta es ya una invención antigua; consúltese el Decamerón. Calderón la ha renovado, sí renovación es llenarla de su acostumbrado pedrisco de metáforas y de palabras. La ha echado á perder con su estilo.

CLARÍN (*á Segismundo*) (1).

¿Qué es lo que te ha agradado
Más de cuanto aquí has visto y admirado?

SEGISMUNDO

Nada me ha suspendido;
Que todo lo tenía prevenido;
Mas si admirarme hubiera
Algo en el mundo, la hermosura fuera
De la mujer. Leía
Una vez yo en los libros que tenía
Que á lo que Dios mayor estudio debe,
Era el hombre, por ser un mundo breve;
Mas ya que lo es recelo
La mujer, pues ha sido un breve cielo;
Y más beldad encierra

(1) Véase la nota de la pág. 115.

Que el hombre, cuanto va de cielo á tierra;
Y más si es la que miro.

ROSAURA (*aparte*).

El Príncipe está aquí; yo me retiro.

SEGISMUNDO.

Oye, mujer, detente;
No juntes el ocaso y el oriente
Huyendo al primer paso;
Que juntos el oriente y el ocaso,
La luz y sombra fría
Serás sin duda síncopa del día.

Y, sin embargo, Guillermo Schlégel no quiere que se haga á «Calderón el disfavor de llamar amaneramiento á su estilo puro y elevado, verdadero colorido del drama romántico».

Creo haber señalado que Segismundo se mueve en el vacío como aquellos que no tienen alrededor de sí personajes de carne y hueso. Puede, en efecto, asegurarse que si se exceptúa á Clotaldo, que, como buen carcelero y pedagogo, es completamente molesto, y al viejo rey astrólogo, todos los demás personajes del drama de Segismundo se cuidan únicamente de despachar sus hazañas ó de devanar su madeja, que es la intriga sobrepuesta á la fábula principal. Véase. Astolfo, para asegurar con la mano de su prima Estrella el reino de Polonia, ha abandonado un antiguo amor en Moscovia, Rosaura, que, vestida de hombre, cruza por el reino, y que por primera vez se detiene ante la prisión de Segismundo, á la cual no se permitía que se acercase nadie. Hecha prisionero, entrega la espada á Clotaldo, que reconoce en dicha espada un regalo que él hizo á una mujer que había abandonado de mozo en Moscovia. Rosaura se hace pasar por su hija, y con él va á la corte, donde, vistiendo nuevamente las faldas, como deudo de Clotaldo, llega á ser dama de compañía de la princesa Estrella.

Esta le envía un día á recibir de manos de Astolfo un retrato de mujer que deseaba la princesa. Es el retrato de Rosaura. Figuraos una de esas escenas de subido color, que abundan también en nuestro teatro nacional del siglo xvii, la cual es tan atroz como otra en que desate sus furias Segismundo. Rosaura pasa al bando de los sublevados, y bajo la protección del príncipe, llega á ser en días de paz la mujer de Astolfo, cuando Segismundo se casa con Estrella. No es ésta, á buen seguro, la simplicidad griega, ni aquel enjambre de hombres y de acontecimientos que Shakespeare conseguía sacar vivos y verdaderos de su mollera para enderezarlos y moverlos como se le antoja, como un muchacho con una manada de animales domésticos. Es un lío que se sobrepone á una fábula, sencilla de por sí y austera, como hiedra que oprime y ahoga con su verde chillón, el verde obscuro y severo de la vieja encina.

IV

Entre los puros y bellos fragmentos de poesía que hay en esta comedia heroica, debe figurar el soliloquio de Segismundo hacia el final de la segunda jornada:

¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
Una sombra, una ficción,
Y el bien mayor es pequeño;
Que toda la vida es sueño
Y los sueños sueños son, etc.

Este sentimiento de la vanidad de todo, esta conciencia de la sombra, este raciocinio sobre el sueño, es la vida de España en el miserable reinado de Felipe IV y en el más miserable aún de Carlos II.

Todo estaba desierto entonces en España. Felipe II, que se fabricó la descarada prisión de El Escorial en la soledad arenosa, es la imagen del pueblo que hace su teatro en el siglo xvii. El catolicismo insidioso y frío de los jesuitas, más carnívoro todavía que el violento y sanguinario de los dominicos, había hecho el vacío en torno á España. Ella se preparaba á la muerte, que sentía cercana, contemplando su ataúd como Carlos V. Y como los frailes de Yuste (1) cantaban ante el féretro del emperador vivo, así el poeta quería consolar á la patria moribunda, cantándola, en todos los tonos, que la vida es sueño.

Esta poesía de decadencia y muerte, era la que proponían como modelo los hermanos Schlégel al arte nuevo de Europa.

G. CARDUCCI

(Traducción de José Sánchez-Rojas.)

(1) Carducci dice, erróneamente, *San Giusto* (San Justo).—(N. del T.)

LA CATEDRAL DE SEVILLA

PERTENECE A
ATENED GAI

La mayor de las iglesias góticas, y después de San Pedro en Roma, la mayor del orbe cristiano, la catedral de Sevilla, ha estado en los últimos años cerrada. En 1888, á consecuencia de una serie de terremotos, se derrumbó la cúpula con poderoso fracaso, destruyendo sin remedio todo cuanto se hallaba al paso, desde el límite oriental del coro hasta la verja de la capilla mayor ó presbiterio, quedando el pavimento cubierto de cascotes.

En mi primera visita á Sevilla me fué imposible lograr una idea del interior de esta iglesia, porque no se podía entrar por algunos sitios, estaba cerrado el camino en todas direcciones, y no había dónde dirigir la vista. Ahora ha sido abierta definitivamente la catedral; ya no falta á las ceremonias de la Semana Santa su acostumbrado esplendor; y los restos de Colón han encontrado, al fin, lugar de descanso en la ciudad que con mejor derecho podía reclamar esta honra. Por fortuna, se puede felicitar á Sevilla por su maestría en la restauración de su templo. No ha habido parte restaurada que de ella no estuviera necesitada, y se ha llevado á cabo la obra de la manera más juiciosa posible. El gusto excelente de los sevillanos, y el espíritu conservador natural en todos los españoles, se encuentran siempre aquí felizmente asociados; nada se ha emprendido que no fuera absolutamente necesario para conservar la

armonía del edificio, y se ha desechado el ensayo insensato de extender la obra más allá del campo de los destrozos, ni se ha tratado de mejorar la obra de los primitivos constructores. La catedral de Sevilla sigue siendo foco del espíritu religioso de España, y á modo de un gran bajel rico de misterio y romanticismo.

Hace más de quinientos años que se trazó la catedral de Sevilla. En 1401, el cabildo resolvió edificar una basílica tan «magnífica, que los siglos venideros les llamasen locos por haber intentado tal empresa». La catedral fué diseñada por arquitectos extranjeros, quizá alemanes, que invirtieron un siglo en terminarla, si bien por fuera no se han completado algunas portadas. En cierto sentido, puede comparársela con otra catedral gótica, que es la de Colonia. Ambas significan su intento de parecer estupendas, y las dos representan esencialmente una idea extranjera, porque en las riberas del Rhin como en Andalucía, en España como en Alemania, es siempre la arquitectura gótica arte exótico. Este carácter exótico permitió á ambas iglesias conservar la unidad del diseño, y por lo que toca á la de Colonia, pasa esto con los detalles mismos que no han experimentado en tan largo período, como el que invirtió en edificarse, alteración ninguna causada por la evolución, que siempre modifica todas las formas subsistentes de la arquitectura aun en el propio país en que se desarrolla. La catedral de Colonia, que en los dibujos y en el papel parece una de las obras humanas más perfectas é imperantes, es en realidad artificial en grado sumo, fría, sin espíritu, muerta. Se puede asegurar, desde luego, que en forma y en espíritu es completamente ajeno á la gente del Rhin, y que ésta no ha tratado nunca de vivificarla.

El catolicismo en Alemania posee un carácter netamente protestante, y la catedral de Colonia, con su nobleza y lógica armoniosa francesas, se aparta aún más del Rhin que el templo del Renacimiento de San Pablo se distancia de la nebulosa y protestante ciudad de Londres. Pero la catedral de Sevi-

lla está dotada de vida, y de vida exuberante, que subsiste después de quinientos años; vida que, en mi opinión, no es posible encontrar en otra gran iglesia. Dar vida al inmenso templo de San Pedro por medio del culto, superaría las facultades humanas. Y si nos dirigimos á una gran catedral francesa gótica, Nuestra Señora, notamos en ella la misma falta de vida que en Colonia y en San Pedro no ha existido jamás, y en Nuestra Señora ha desaparecido. Puede algún tiempo haber estado llena de espléndido ritual; ahora se ha removido y enfriado. Nuestra Señora fué despojada completamente por la Revolución, y después no se ha vuelto á reponer de los efectos de aquella tormenta; el mismo orden, elegancia y comodidades del culto que ahora se han introducido, son una incongruencia, é indican mengua del verdadero espíritu de adoración. Pero la catedral de Sevilla sigue con vida; si con menos que en otros tiempos, esta diferencia no es para el nuestro comprenderla.

La disposición de una iglesia grande, genuinamente española, que notamos en Sevilla en su forma más perfecta, es distinta de la usual en las iglesias de Francia é Inglaterra. Las iglesias góticas del Norte tienen forma de cruz, de la que el brazo oriental está más destinada al culto, más iluminada y adornada con más primor. Todas las funciones activas de la iglesia concéntranse en esta parte oriental: allí está el verdadero escenario y orquesta de ese drama divino, que los oficios religiosos, y en especial la misa, representan en realidad. El misterio y solemnidad del servicio divino se aseguran por este medio, merced á la distancia que se mantiene entre el ceremonial sagrado que se celebra en este lugar, brillantemente iluminado, y el cuerpo de la iglesia reservado para los fieles. Están diseminados y aislados, envueltos en penumbra, distribución que obedece, acaso, al gusto por la soledad en la gente del Norte. Bien diferente es esta disposición de la que se efectúa en catedrales como la de Sevilla. Aquí, el objeto principal de la misma construcción estriba en llenar la

iglesia de activos devotos, objeto que se logra á perfección. La iglesia ha de ser precisamente de forma oblonga, amplia, sin cruceros que la menoscaben espacio, sin más que un ábside rudimentario. El coro se halla casi en el centro de la iglesia, algo hacia el Oeste, y la capilla mayor, que contiene al altar principal, mira un poco hacia el Este. En los primeros tiempos de la Iglesia cristiana, el coro estaba cercado en la nave, aunque la cerca no era muy alta, por lo general, y la costumbre española (si bien no es ésta la opinión de Street) puede ser, acaso, un resto de la práctica antigua; disposición semejante puede observarse, aunque aquí es de introducción moderna, en la Abadía de Wéstminster. Entre el coro y la capilla mayor hay un espacio cuadrado bajo la cúpula, que puede cercarse como las circunstancias lo requieran, y en el que se verifican las ceremonias más características, como la bendición de los santos óleos y el lavatorio de pies. El coro y la capilla mayor están ambos encerrados en sólido recinto, y constituyen una iglesia dentro de otra. De esta suerte, la parte coral del servicio está completamente separada de la litúrgica, de la que se distingue naturalmente, y á pesar de esto, todo el movimiento activamente dramático del servicio se efectúa en el centro del edificio. El sentido del misterio se logra aquí, no por la distancia, sino por la separación que mantienen el recinto aislador y elevado, y se aseguran á la par los fines de llenar el vasto edificio, con el mayor efecto de adoración. Semejante disposición se confirma admirablemente en esta catedral con los usos del rito español; la sencillez noble del edificio en sus elementos constructivos y la elocuencia raudal é impetuosa de su ornamentación los transportan, por modo maravilloso, á esa cualidad misteriosamente grandiosa y romántica, que es la nota característica de estas funciones, y se expresa en todos los pormenores y numerosas excitaciones á los sentidos.

Como las grandes solemnidades del año convergen todas en este vasto edificio, no resulta demasiado para la parte que ha de asumir en ellas; parece vivir en cambio constante, determi-

nado por los que tienen lugar en la rica y variada atmósfera que llena este grandioso y dominante monumento, edificado en la llanura y asentado en medio de la ciudad, con toda comodidad y desahogo, como saben sentarse las bellas hijas de Sevilla, firmes y despiertas, con apariencia de languidez.

Los elementos que contribuyen á prestar encanto á este edificio son altamente complejos, y aun sin tener en cuenta el culto y los fieles que lo integran tan maravillosamente. He pasado muchas horas, mañana, tarde y noche, durante varias semanas, dentro de sus muros, y siempre me ha parecido lugar tan lleno de deleitosos ensueños y de nuevas sorpresas como al principio; la luz, en su intensidad media, viene á ser un término proporcional entre la claridad de una catedral del Norte, que sustrae gran parte al sentido del misterio, y la extrema y profunda oscuridad de las catedrales típicas del Sur, como Barcelona y Perpiñán, donde la oscuridad, aunque impresiona, torna invisibles los detalles. La luz media, predominante en este edificio, está constituída por numerosas clases de luz, que proceden de distintos orígenes, de una escala extensa de intensidad, y la atmósfera misma resulta aquí un factor visible de la armonía del lugar. Estas variedades de efectos atmosféricos y estas vistas prolongadas de luz, se deben á varios planos de aire que parten de las puertas en todas direcciones, de las ventanas pintadas, y sin pintar, que se abren en ángulos distintos y á distintas alturas, sin que deslumbren con intensidad tal que eclipsen la luz de las lámparas y velas.

A pesar de ser los principales rasgos constructivos del edificio armónicamente trazados y proporcionados y no exentos de brío, hay que confesar que la catedral de Sevilla no es, como no puede serlo ningún caso exótico, modelo de exquisita labor gótica en sus detalles decorativos, exteriores ó interiores. Todo el que por primera vez llega á Sevilla, después de haber visto esos magníficos edificios góticos que se alzan en poblaciones de genio arquitectónico como Amiéns y Chartres, Barcelona y Tarragona, tiene causa muy justa para descon-

tentarse en Sevilla. Pero si sus constructores pecaron en el sentido delicado de la arquitectura, han sobresalido en los primeros artísticos y en las briosas y nobles proporciones; y, en suma, si algo hay grosero, limitado é inexpresivo como detalle aislado, nunca llega á salir de la moderación y no perjudica al efecto del conjunto.

Dejando la arquitectura propiamente tal, nunca erraron en lo puramente decorativo. Allí, por ejemplo, se ven á cada paso esas magníficas verjas de hierro de que tanto uso han hecho siempre los sevillanos, trabajadas con gusto decorativo dichoso, exquisito y variado. Las vidrieras pintadas están también muy en carácter con la iglesia. Todas ellas, que alcanzan el número de ciento, están pintadas, por lo general, muy lindamente, según el gusto opulento y florido de Flandes del siglo xvii, que está aquí como en su centro. Están cubiertas, de ordinario, por cortinas semitransparentes y se abren á grande altura, y no resultan demasiado grandes. Las manchas de color que proyectan sobre los muros, pilares y pavimento, arrancan destellos cristalinos del mármol que conforman felizmente con el tono general del templo. Todos los accesorios que constituyen el mobiliario litúrgico participan de la misma grandeza del edificio. Los enormes candelabros, las campanas que tañen en el coro al alzarse la hostia, los inmensos libros de coro, la enorme pila para la bendición de los óleos, los descomunales cepillos, guarnecidos con tirantes de hierro, en que se depositan las ofrendas de los fleles; todos estos y otros parecidos accesorios son de desmedido tamaño (1).

Junto con este esplendor romántico y misterioso y esta armoniosa pompa, fácil y felizmente briosas, que son notas dominantes de la catedral de Sevilla, se da en ella al mismo tiempo cierta negligencia y familiaridad, cierta sencillez, que no es

(1) Allí hay más de doscientos libros de coro, de tres pies de alto y dos de ancho, que datan del siglo xv, enriquecidos con hermosas miniaturas, orlas é iniciales.

el menor de sus hechizos. Aunque no fuera más que como museo de pinturas y antigüedades, podría figurar muy preferentemente entre las principales galerías de Europa. Mas no se la crea un lugar de mero espectáculo, como la catedral de San Pedro, con su fría y hueca magnificencia, ó nuestras catedrales inglesas, tan penosamente guardadas. No existe en ella ese cuidado extremoso por la limpieza inmaculada, por la reparación perfecta de cada detalle, por la rígida nitidez y aseo. Antes se encuentra á cada paso un mármol destrozado ó una piedra que se disgrega; y no es la primera vez que han caído fragmentos de las vidrieras, tan suntuosamente pintadas. Mas el que aparezca un poco de estrago, parece ser señal cierta de la vitalidad del templo; que no se concilia la excesiva nitidez y algo de la iglesia con el mucho servicio que está llamada á prestar. La de Sevilla es lugar de constante y verdadero ejercicio; gente de todas clases concurre á ella; el vértigo de las ceremonias y el rumoreo de los fieles parece no cesar jamás dentro de sus muros. Tiene diez y ocho altares, además del mayor, y aún puede pensarse que no sean los bastantes.

La catedral es el escenario principal de todas las grandes ceremonias eclesiásticas, así como el centro hacia el cual, naturalmente, se dirigen las procesiones religiosas populares, con sus pasos. Estos pasos salen el Viernes Santo, y aun dos días antes. Toda la ciudad concurre á verlos; el tráfico de coches se interrumpe, y á esta festividad están presentes todas las autoridades y dignidades civiles, ó en sitios peculiarmente reservados para ellos en las plazas públicas, ó en las ventanas ó en las calles. Es imposible poder dar un paso por las principales arterias, donde se aglomera la gente; el forastero tiene que ir á ver también los pasos, porque otra cosa es imposible ver. Cada uno de ellos consiste en una figura de santo ó un grupo, que representa alguna escena de la Pasión, de tamaño mayor que el natural (1), llevados á hombros de veinte y más hombres,

(1) Es de notar que ciertas razones inducen á creer sea España el primer país en que se advierte tal culto cristiano de las imágenes; esto indi-

que no se les ve, y van lentamente, acompañados de la cofradía á que pertenecen, vestidos de trajes peculiares, que varían de color en las distintas hermandades, pero esencialmente se componen de una larga túnica y una capucha pequeña y puntiaguda que cubre la cabeza, con agujeros para los ojos, llevando cada uno de los cofrades una gran hacha encendida. Muchas de las esculturas están labradas con primor y tienen expresión dramática; algunas son obra de Montañés, escultor sevillano del siglo xvii, que expresó con más acierto y carácter el espíritu sevillano aplicado á la talla polícroma. Más sugestivas y de más veneración para el pueblo son las imágenes de la Virgen, en las que la calidad de la talla no es visible. Así, la Virgen de Regla, graciosa y levemente inclinada hacia adelante, con un precioso pañuelo en su mano, y envuelta en un amplio y suntuoso manto de terciopelo negro, con copiosas figuras bordadas en oro, que la embellecen grandemente. Velas y ramos de flores la adornan, y flores de dorados matices se esparcen por su manto. De vez en cuando, de entre en medio de la multitud, un niño ó una muchacha le cantan con voz tímida, pero apasionada, una breve saeta, con los ojos fijos en la cara de la Virgen. Así que la sacrosanta deidad es conducida de esta suerte hasta la catedral por entre la multitud reverente que la rodea, descubiertas todas las cabezas; se empieza á considerar que este es el pueblo que tributaba en otras épocas culto también á Salammbó, la diosa cartaginesa, que era llevada procesionalmente en hombros de las señoras nobles. Justina y Rufina, jóvenes cristianas del mercado, se negaron á adorarla, y fueron martirizadas por la multitud fanática de un pueblo, en que llegaron, con el tiempo, á ser las santas tutelares. No dejarían de reconocer los sevillanos de otras épo-

ca el famoso canon contra este culto, promulgado en el Concilio de Elvira (la antigua Granada) en 306; también el Papa San Dámaso, que para favorecer el arte cristiano influyó en esta dirección, era español, que corresponde á la misma época. (Véase A. W. Dale, *The Synod of Elvira*, página 292, y Glover, *Vida y literatura en el siglo IV*, pág. 250.)

cas que había vuelto Salammbó á recibir adoración de la tierra, según es de irreflexiva la manera con que gran parte de las muchedumbres entienden y practican el culto todavía. Al considerar estas cosas, no se puede menos de comprender cuán poderosa es la vida de que el arte y la fe pueden dotar á un mero símbolo, y la fascinación con que éste se apodera de las imaginaciones de los hombres.

Si la catedral de Sevilla es siempre rica é interesante á la luz del día, cobra nueva y profunda impresión de noche. Nada puede superar la poderosa sugestión producida por la catedral de noche, durante los días que preceden al domingo de Pascua. Sus amplias puertas todas se abrían de par en par; á una esquina bañaba el brillante resplandor de las calles alumbradas por la luz eléctrica; pero la catedral por dentro estaba muy oscura, iluminada únicamente por algunas velas colocadas en lo alto de los pilares de la nave; alrededor del coro, la multitud era impenetrable; en el resto de la iglesia se veían grupos típicos de españoles sentados en los basamentos de las columnas, charlando familiarmente como si estuvieran en sus propias casas, y los perros circulaban por allí sin que nadie se metiera con ellos. Terminaba el *Miserere*, de Eslava, y por la inmensa iglesia se difundían majestuosamente los acordes de la música. Escena más extraña, como me hacía notar el artista que me acompañaba, que los dibujos de Martín, tan curiosa como las invenciones de Poe ó de Bandelaire. En aquella luz amortiguada, las altas columnas se agigantaban más que nunca, mientras las débiles luces del altar se reflejaban suavemente en la reja de hierro de la capilla mayor, como en el cuadro de Rembrand, del templo de Jerusalem. En esta mágica escena, parecíame que Santa María de Sevilla hacía entrega del último secreto del mundo misterioso y romancesco.

HAVELOCK ELLIS

UN VEREDICTO INJUSTO

(TROENS MAGT)

NOVELA

PRIMERA PARTE

VIII

Todos los días, Mads Herlufsen se pasaba horas enteras mirando hacia la finca de Norby. A sus ojos, la casa de su rival era una especie de zorrera que se ocultaba allí abajo al pie de las frondosas alturas; necesitaba vigilar constantemente los manejos del zorro que allí habitaba. Cuando se preparaba una crisis sobre los bosques ó alguna elección, Mads Herlufsen maniobraba siempre contra Norby.

Si ganaba la partida, él golpeaba los muslos y estaba de buen humor durante más de una semana. ¿Ganaba Norby? Herlufsen quedaba completamente avergonzado, como si hubiese cometido alguna falta. Pero, aunque los dos individuos no pensaron más que en hacerse recíprocamente el mayor daño posible, hacían al mismo tiempo un par de buenos amigos cuando se encontraban. Si luchaban uno contra otro, era sobre todo porque no tenían adversario digno de ellos en muchas leguas á la redonda.

Y ahora Mads Herlufsen mirada hacia la casa de Norby,

con los labios contraídos, meditando, preguntándose cuáles podían ser las intenciones de su rival en aquel asunto. Esto era siempre lo que se le ocurría, cada vez que Norby emprendía algo.

—No se trata de Wangen—pensaba;—tampoco de la cuestión del dinero... Aquí debe de haber algún enredo oculto.

Por fin llegó á este resultado: Norby quería hacer encarcelar á Wangen para impedirle negociar un arreglo con los acreedores; de esta suerte tendría que venderse en justicia la tejería. Esta vez, á lo que el zorro quería hincar el diente era á la tejería.

Pero Herlufsen permaneció un instante sentado, frotándose la nariz desesperado por no llegar á encontrar un quite. Que Wangen fuese inocente ó no, le importaba un bledo. En aquel asunto, lo único que le interesaba era Norby.

—¿Quiero yo la tejería?—se preguntó.—¡No, jamás! ¿Pero por qué diablo había de ser de Norby?

Por fin se hizo alguna luz en su espíritu. Uno de sus jornaleros, Soren Kvikne, sirvió en un tiempo en casa de Jorgen Haarstad, el único testigo, muerto después. Wangen, una vez desaparecido Haarstad, no tenía á nadie para corroborar su afirmación. Tal vez supiese algo aquel Soren Kvikne. El viejo se acordó de que Soren había sido siempre un buen muchacho. Sacó de un armario una botella de aguardiente, y le envió á buscar al comedor de los criados, á la hora en que iban á comer los forasteros.

Estos no estaban acostumbrados á ser admitidos en la sala sacrosanta de los amos. Así fué que cuando entró en ella Soren Kvikne, empezó por mirar en torno suyo con precaución, buscando un lugar en donde escupir, y no atreviéndose casi á sentarse en una de aquellas sillas bonitas. Pero Herlufsen fué hacia él, le puso en la mano una pipa de porcelana de largo tubo, se instaló á su lado en el sofá, y le sirvió unas copitas. Después le dijo:

—¿No serviste tú en casa de Haarstad?

Soren Kvikne se pasó una mano por la barba, dirigió al espacio una mirada melancólica, y contestó:

—Sí, efectivamente.

—¿Recuerdas si Haarstad habló alguna vez delante de ti de un documento hecho entre Wangen y Norby, y que él firmó á título de testigo?

Soren meneó la cabeza.

No; no se acordaba de nada absolutamente.

—Bien—dijo Herlufsen;—piénsalo un poco.

Soren pensó... Pero no, no se acordaba de nada.

—Te lo digo, porque bien podría ser que todo este asunto dependiese de su testimonio—añadió Herlufsen.

El jornalero miró de reojo á su interlocutor; pero Herlufsen no tenía trazas de bromear. Y al despedirle, Herlufsen le repitió que tuviese bien en cuenta que la clave de aquella historia estaba en su mano.

Cuando Soren volvió al lado de sus compañeros, se plantó en medio de la habitación, y en alta é inteligible voz les preguntó si alguno de ellos había entrado alguna vez en la sala para echar un trago y fumar una pipa con el amo. Le contestaron con una gran carcajada; pero entonces se enfadó, é hizo saber á los que se reían que en manos de él estaba ya todo el asunto pendiente entre Norby y Wangen.

—¿En tus manos?—dijeron varias voces.

Algunos criados que se habían tumbado en los bancos, se incorporaron y le miraron curiosamente.

—Sí, en mis manos—confirmó Soren Kvikne, meneando la cabeza.

Y esto fué todo lo que dijo para aclarar la cuestión. No era de los que hablaban demasiado. Pero, á partir de aquel momento, no tuvo reposo ni de día ni de noche. Cada vez que encontraba al amo, no dejaba éste de estimularle.

—¿No lo has pensado todavía?

Ciertamente, él había servido en casa de Haarstad durante

cinco años; ciertamente que á menudo le había ocurrido hablar con Haarstad á solas; pero, pero...

Y se rascaba detrás de la oreja muchas veces al día.

Habló de la cosa á su mujer; su mujer le aconsejó también que lo pensase. Y Soren lo pensaba día y noche, puesto que todo el asunto dependía de él.

—¿Habría sido aquella mañana en que Haarstad y él...?

No, decididamente, no fué aquella vez. Si la cosa pasó realmente algún día, debió de ser aquel en que estaban pintando juntos el cochecillo. Haarstad pintaba la lanza; él las ruedas y la caja. Fué en pleno sol, detrás de la granja. Y poco á poco, la escena del cochecillo se fué grabando profundamente en el espíritu de Soren Kvikne. Así, llegó poco á poco á convencerse de que si Haarstad le habló de tal historia, fué aquel día cuando se celebró la confidencia; más aún: pensándolo mejor, estaba seguro de que las cosas habían pasado de aquella manera.

Cuando fué á comunicar á Herlufsen el resultado de sus meditaciones, no comprendió bien por qué el amo le hacía tan buena acogida. Sea como fuere, el amo le dijo que le dejaba en libertad lo restante del día; y le aconsejó que lo aprovecharse para ir á ver á Wangen y hacerse inscribir en el número de los testigos.

IX

Acercábase la época fijada para el interrogatorio, y cuanto más cerca estaba, tanto más crecía la inquietud de Norby. Aun no había encontrado escapatoria, y empezaba á temer que no la encontraría.

Porque, cualquiera que fuese el expediente que se le ocurriese, siempre tropezaba contra sus propios dichos. Estos dichos, estas afirmaciones, que ahora vivían en todas las memo-

rias, que el correo y el ferrocarril había llevado á lo lejos, se habían convertido en un sér más poderoso que Norby mismo, en un hijo que ha crecido más que su padre; y Norby se veía obligado á seguir adelante, obligado á llevar hasta el fin su papel y su actitud en la lucha entablada.

¡Pero ir ante los jueces! ¡Prestar juramento! Eso no, no lo quería. No había llegado á resignarse al perjurio.

—Me vuelve el reuma—decía á su mujer cuando, por la noche, daba vueltas en su cama.

Parecíale que, á pesar del acto que había cometido, todo el lugar guardaba un silencio inquietante; el silencio, hubiérase dicho, de alguien que acecha. A él no se le ocurría otra cosa que hablar de aquel feo asunto, porque no hacía sino pensar en él, tranquilo solamente cuando los otros le escuchaban discurrir; en esos momentos, por lo menos, no pensaban por sí mismos.

Pero, una nueva mentira exigía siempre otra en pago, y ésta otra más. Era menester que Norby cuidase de no revelar nada de la verdad; temía hablar alto durante el sueño, tanto, que concluyó por casi no atreverse á dormir.

Mientras tanto, el interrogatorio se acercaba de día en día. Y, á pesar suyo, Norby empezó á buscar á tientas los medios que le podrían sacar del apuro, si, no obstante todo, se veía obligado á presentarse en la Audiencia. Pero lo que tenía que preparar para decir en la barra, también tenía que ser mentira. Y aquí Norby se detenía, como un caballo que no quiere franquear un puente mal seguro. Reculaba, tenía miedo. No estaba hecho á esas cosas.

Nadie está más inclinado á las consideraciones filosóficas que el que tiene una pena secreta. Como no puede hablar de lo que más le interesa, elige cualquier asunto análogo. Un día, Norby supo la muerte repentina de uno de sus convecinos, y sintió un calofrío á lo largo de la espalda, porque oía una voz interior que le murmuraba: «La próxima vez, Norby, será la tuya.»

Aquella misma noche, ya acostado y con la luz apagada, bostezó largamente, tristemente, y se puso á decir con voz cansada:

—Es curioso, de todos modos. Nosotros los hombres, que, en definitiva, podemos morirnos á cada momento, nos pasamos la vida atormentándonos unos á otros.

Marit suspiró, y mientras arreglaba la sábana bajo las mantas, contestó:

—No, no es raro. Es así.

—Cuando baja uno al fondo de sí mismo, se siente que los mismos que se extravían hasta cometer delitos, no son tal vez peores, después de todo, que uno cualquiera de nosotros.

Un instante después, replicó Marit:

—No; si se arrepienten, también pueden salvarse, á lo que pienso.

Hubo entre estas dos frases un silencio. La noche de invierno era fría y negra, y, á intervalos, el viento soplaba rápido, tropezando en la esquina de la casa, alejándose luego plañidero como un grito que muere. Y he aquí que, bajo estas impresiones de muerte y de noche, Norby veía el lugar, su pueblo. Pero esta vez todos los hombres tenían el mismo aspecto, eran todos como seres próximos á morir, pobres criaturas pálidas, palpitantes y sufrientes, con quienes necesitaba ser bueno.

—¿Sabes lo que pienso, Marit?

—No.

La voz estaba un poco adormecida.

—Pues que... cuando hacemos algo verdaderamente malo, ¿estamos bien seguros de que las consecuencias de nuestro acto perezcan con nuestra muerte? Puede ser que sigan viviendo y perjudicando á los otros mucho tiempo después de nosotros.

—Si, si...

—Y, en este caso, ¿me dirás tú cómo un hombre, un hombre que ha cometido un delito puede hallar el reposo en su tumba?

Marit fué de parecer que nuestra razón no bastaba para dilucidar estos problemas, y se volvió del otro lado; pero el viejo siguió despierto, reflexionando, pensando en que, por su culpa, todos los descendientes de Wangen sufrirían interminablemente. ¿Podría él, sin embargo, ir al paraíso, ser un bienaventurado?

Continuó mirando, mirando en las tinieblas, y llegó á sudar de angustia. ¿No dormiría aquella noche tampoco?

Empezaba á creer que debía de tener alguna enfermedad; una enfermedad al corazón, tal vez. Y entonces, en la barra, mientras estuviese allí con la mano levantada, llegaría el instante en que rodaría por el suelo.

—¡Dios mío, tened piedad de mi alma!

Por fin se incorporó en la cama, encendió suavemente una cerilla.

—¡Señor! Ya más de las dos y media, y todavía no he dormido un instante.

Pero mientras que de nuevo empieza á adormecerse, empieza á sentir lo difícil que es, en toda lealtad, en toda honradez, reparar una injusticia.

A la larga, con los ojos cerrados, se daba cuenta de todos los obstáculos.

—Si te fuera preciso arreglarlo todo, rescatarlo todo, Norby, no bastaría para ello aunque Dios te perdonase, ni aunque sufrieses una pena en la cárcel. La falsa acusación que has lanzado sobreviviría aún en alguna parte. Y aunque te fuera dable encontrar todos los caminos que ha recorrido, seguir todos los hilos hasta el fin, ¿sería esto suficiente? ¡No! Necesitarías todavía enmendar todas las malas consecuencias. Algunos han olvidado la mentira, otros no han hecho más que reírse de ella; pero hay algunos que la recuerdan y que cualquier día atacarán á Wangen. Y aun cuando pudieras reparar esto, ¿habría concluído la cosa? ¡No! Aún quedaría por pagar todo lo que ha sufrido mientras que el mundo le creía culpable. ¿Y esto se paga? ¡No, Norby, no! —Y meneaba involuntariamen-

te la cabeza, tumbado allí con los ojos cerrados. ¿Cómo había de poder dormir?

Al día siguiente, sin embargo, se repuso y marchó al fudbrandsdal; poseía allí vastos bosques, en donde sus gentes estaban á la sazón cortando árboles para exportar la madera. Tenía que ir, tenía que olvidar.

Vedle allí; ya no es el opulento propietario de las selvas. Vestido de lana espesa, se desliza con sus patines á través del bosque: el esfuerzo que hace, la frescura del viento, todo le consuela, le calma singularmente. Percibe inmensos montones de madera que son suyos. Se detiene, pasea su mirada hasta el infinito por enormes extensiones de abetos espolvoreados de nieve que brillan bajo los rayos del sol, y se dice que todo el bosque le pertenece.

—¡Si todavía ese Wangen fuese un adversario digno de ti! Piensa, apoyado en su bastón herrado, mientras que contempla sus riquezas. Si fuera Herlufsen, por ejemplo... ¡Pero un hombre ya por los suelos! ¡Un desdichado que no posee ya ni la cuchara con que toma sopa! ¿Y á ese pobre sér le combates, Norby? Y ni siquiera le atacas lealmente. No; le acometes por la espalda. Un vencido, al que rematas traidoramente.

Sentía deseos de darse de puñetazos.

Cuando volvió á su casa, había cogido un constipado, y por la noche tuvo un poco de fiebre. Estaba persuadido de que era una fiebre tifoidea y que iba á morir; y su mala acción, que le sobreviviría, pesaba sobre él y le martirizaba.

Por fin, llegó una mañana en que se dijo:

—No, no puedo soportar esta pesadilla.

Y se determinó á sacudir el yugo que él mismo se había impuesto. Primeramente, iba á decir la verdad á su mujer; y después, se pondría en regla con el alcalde. Ya estaba decidido; alabado sea Dios.

Pero apenas hubo sacado los pies fuera de las mantas, cuando Marit entreabrió la puerta, y le dijo:

—Hace mucho tiempo que te están esperando abajo.

«Sin duda es el alcalde», pensó, con un gran vuelco en el corazón.

Bajó; pero no era sino un anciano jornalero: Lars Kringer, que deseaba hablarle.

—Pase á mi despacho—dijo Norby.

Sentíase molesto por haber tenido miedo y haberse apresurado por aquel pobre hombre.

—¿Qué quieres?—le preguntó, sentándose ante su mesa.

Con gran asombro suyo, el viejo se acercó y fué á sentarse junto á él, de manera que pudiese mirar bien á los ojos de Norby.

—Emprendo hoy una penosa tarea—empezó á decir.

—Bueno, bueno—dijo Norby impacientado.

—Vengo á preguntarte, Norby...

El viejo tosió un poco.

—Quisiera saber si has hablado con Nuestro Señor respecto al asunto que tenéis pendiente Wangen y tú.

Norby escuchaba con la boca abierta por la sorpresa. Se arrellanó más en su butaca, miró á su interlocutor, y abrió aún más la boca.

Aunque se sintiese bien miserable, no le fué posible dejar de reirse. Parecióle, como le ocurría tan á menudo, que se había cambiado en su propio padre, que era su padre mismo quien, sentado allí, escuchaba la charla de Lars Kringen.

¡Cómo! ¡Uno de sus jornaleros, un viejo, cuya vida le sostenía aún por pura bondad, en la casita de allá arriba, en la colina, se permitía venir á mezclarse en los coloquios de Norby con Nuestro Señor!... No, aquello era demasiado. Y Norby reía, reía. Hubiérase dicho la catástrofe de un glacial; gritaba de risa, y no acababa. El piso retemblaba bajo su peso. Y, por último, se preguntaba si daría una moneda á aquel desdichado ó le pondría en la puerta.

—Y bien, ¿qué hay?—preguntó al fin, esforzándose en recobrar su seriedad.

Pero el viejo juntó las manos sobre el palo que tenía entre las rodillas, y continuó sin turbarse:

—Quisiera dormir bien en paz en mi tumba; pero me costaría mucho ir al tribunal á declarar en contra tuya, Norby.

—¿Cómo qué?

A su pesar, Norby se acercó un poco.

—¿Te impulsa alguien á ello?

—Sí—contestó el viejo.

—¿Te habrá dado para tabaco Wangen, por casualidad?

—Nuestro Señor es el que me ha dado la orden de hablar.

Hubo un momento de silencio. Después Norby dijo con voz sorda:

—¿Y qué tienes que decir?

—Que te acompañé á la ciudad aquel día, Norby.

—¿Qué día?

—El día en que firmaste el documento—dijo el anciano.

Norby apretó los brazos de su butaca, y cerró los labios fuertemente. Se miraron.

Después Norby, con la misma voz sorda, habló:

—Empiezas á volver á la infancia, por lo que veo. Vete á meterte en la cama; es lo mejor que puedes hacer.

Se levantó, fué hacia la ventana, pareció entonces acordarse de algo y miró de nuevo al jornalero:

—¡Ah!... Si se te ocurre ir á la Audiencia, te haré recusar como irresponsable. Anda, vete.

—Adiós—contestó dulcemente el viejo, encaminándose hacia la puerta.—Lo único que yo pido es dormir en paz en mi tumba.

Y salió con precaución. Norby permaneció en pie, con las manos en los bolsillos, mirando por la ventana. Habíale aliviado el haber podido reir una vez. Pero había algo mejor todavía: el poder volver su cólera contra alguien que no fuese él.

¡No faltaba más que esto! ¡Cómo! ¿Iban á venir los extraños á meterse en lo que pasaba entre él y Nuestro Señor? Pero quedábale aún bastante energía, á Dios gracias, para echarles

afuera. ¿Cómo? ¿Irían las gentes á suponer que no tenía bien limpia la conciencia? ¡Bonito estaría! Bien; ya sabría él demostrarles lo contrario.

En todo caso, no sería aquel pobre sér quien le venciera, quien le hiciera ceder. ¡Nada de confesiones hoy! Todavía debía de haber algún medio de salir del asunto.

Aquella misma noche, en la mesa, Marit dijo con una ligera sonrisa:

—¿Sabes la noticia? Parece que la viuda de Lidarende se ha puesto en movimiento para acudir en ayuda de Wangen.

—No—dijo él,—no me han hablado de eso.

Pero quedó impresionado, vió ante él aquella mujer enérgica, con su franco rostro que se sonreía como de costumbre; después, de repente, el rostro se ensombrecía, se apartaba de él hacia Wangen.

¡Esto era lo que faltaba! ¿Empezaban á dudar ahora de la culpabilidad de Wangen? Si todo el mundo continuase creyendo en ella, y Norby pudiera hablar en paz con Nuestro Señor, todavía era posible que reconociese sus yerros. Pero quería tener paz. Era preciso que no creyesen que podían hacer fuerza. Era como si algo robusto y veloso empezara á gruñir en él y á erguirse pronto á la defensa, puesto que se aventuraban á hostigarle. No lograba olvidar á aquella mujer que se ponía en movimiento para socorrer á Wangen.

El director de la escuela primaria superior, el mismo que había triunfado de Norby en la última reunión del consejo, era el íntimo amigo de Thora. ¡Imbécil! Se le representó pronto siguiéndola, poniéndose también del lado de Wangen. Por la noche, en la cama, vió á otros que también se pasaban de su partido al partido contrario.

—Ya verás cómo tus enemigos se van á aprovechar de la ocasión para ligarse contra ti—pensaba.

Y la cólera que sentía acabó por ponerle en guardia; era un consuelo el poder apartar los ojos de sí mismo, ocupar los pensamientos en adivinar lo que podía formarse en el pue-

blo. Sus enemigos querían aprovecharse de la ocasión; ¡no faltaba más que esto!

Después, un día supo que Basting, el abogado, su antiguo adversario, era el defensor de Wangen, y que se proponía, no solamente pedir la absolución de su defendido, sino exigir en su nombre una indemnización considerable. Además, decíase que Wangen había encontrado testigos que demostrarían que Norby se esforzaba desde hacía mucho tiempo en perjudicarlo en la buena marcha de sus negocios.

Norby, al principio, se echó á reír. Después empezó á dar paseos por la habitación. Al fin se paró y lanzó como un suspiro de consuelo.

—Pues bien, Marit, ese es el lobo que aulla en los bosques... Y Basting, ese abogadillo sin pleitos, ha encontrado por fin una causa. ¡Ah! ¿Pero es que se puede mentir hasta tal punto? Yo hubiera... No, decididamente; esto es demasiado, Marit.

—¿No te lo había dicho de antemano?

Desde este momento, todo el pueblo comenzó á entrar de lleno en la vida de Knut Norby, aquel pueblo que él nunca veía mejor que cerrando los ojos. Nadie se ocupaba de otra cosa ahora que de correr los comicios, reunirse en todas las casas para ponerse de acuerdo y tomar parte en el asunto. Norby adivinaba que cada vez se agrupaban más en contra de él: tal vez acabaría por quedarse solo; tratarían de aprovechar la ocasión para ahogarle de una vez.

Pero de día en día despertábanse en Knut Norby la presencia de espíritu, la energía, todo lo robusto que había en él. Aquello era demasiado... ¡Cómo! ¿Irían unos escribanos á deponer contra él falsos testimonios? Nunca tuvo él intención de perjudicar en nada á la fábrica de Wangen, ¡jamás!

Una mañana, estaba aún en la cama, cuando Marit entró á enterarle de los propósitos de Seren Kriken, que sirvió en un tiempo en casa de Haarotad. Él se tiró en seguida de la cama y buscó sus zapatillas; se echó á reír, y dijo:

—Mira, Marit, juraría que Mads Herlufsen ha puesto su mano en la cosa.

Aquella noticia le alivió del último peso que le oprimía aún. Wangen no era ya el pobre diablo sin recursos al que no podía atacar sin escrúpulos; ahora tenía amigos poderosos; además, ¿podía inspirar piedad un hombre que no se defendía, sino con torpes invenciones? Ahora, la cuestión se había convertido en una especie de asunto entre Norby y Herlufsen. Knut tenía al fin un adversario digno de él.

Lleváronle nuevos rumores. Wangen afirmaba que Norby le había engañado en una venta de madera; que después había robado á la viuda de la que era curador. En su generosa cólera, Wangen no pensaba mucho las palabras, y todas alcanzaban á Norby como flechas envenenadas que estimulaban en su furor. Anhelaba hacer patentes todas aquellas mentiras; cada vez más le hacían olvidar el fondo mismo de las cosas; le daban la sensación de ser atacado, perseguido y obligado á una legítima defensa.

Pero la irritación que Norby experimentaba ahora, dábale nuevas fuerzas todos los días; empezaba á armarse seriamente para el interrogatorio, á preparar los ataques y las paradas. Ya no se trataba de saber cuál de los dos adversarios tenía razón, sino quién sería el vencedor y quién el vencido. Ya no se trataba en un asunto entre Knut y Nuestro Señor, sino de un duelo entre él y sus enemigos. A fuerza de oír citar incesantemente nuevos testigos que declararían en favor de Wangen, el viejo Norby concluyó por temer una derrota; pero esto no hacía más que estimularle en la busca de un medio que derrotase á aquellas gentes.

—Veremos si esas cosas les salen bien—se decía con los dientes apretados.

Recordaba el mal que le habían hecho en otro tiempo aquellos testigos de mañana: era como si se hubiesen abierto antiguas heridas, mezclando sus dolores sordos con sus nuevos tormentos. Y Norby, cada vez más enloquecido, no reflexio-

naba; limitándose á mirar en torno suyo para descubrir armas.

Pero, y esto era lo raro, he aquí que en el fondo de sí mismo, Norby empezaba á calmarse. La profunda llaga de su vida íntima estaba olvidada; no sentía más que los arañazos á flor de piel. Y volvió á dormir, á comer, á estar de buen humor. Tenía la conciencia limpia, como el que, inocente en veinte puntos, olvida que es culpable en el veintiuno. Cuando pensaba en las veinte falsas acusaciones lanzadas contra él, parecía decir á Nuestro Señor:

—Bien; estamos en paz.

Ahora ya no había en torno suyo aquel inquietante silencio. Había ruido, barullo. Incesantemente se preparaba á la lucha, yendo á ver á su abogado á Cristianía, recordando nuevas insinuaciones mentirosas, esparcidas á su costa, anotándolas, metiéndoselas, por decirlo así, en la carne, como para sentir hasta qué punto era inocente. Y si había momentos en que se hacía como una tregua á su alrededor, hubiérase dicho que esperaba con inquietud que le trajesen nuevas acusaciones. No podía estar sin ellas. Si no llegaban, se las imaginaba él mismo, sin darse cuenta de que eran forjadas por él completamente.

—Dicen, naturalmente, que yo niego mi firma por avaricia... ¡Yo! O bien por temor á mi mujer. ¡Knut Norby tener miedo de su mujer!...

La idea de que pudieran haber dicho á su costa semejantes absurdos aumentaba su cólera; inventaba sin cesar otras historias, y otras más, sin darse cuenta. Era como otros tantos vasos de alcohol que le quitaban la representación exacta de la realidad, le hacían tenerse en pie, siempre firme en su puesto, olvidando las cosas que quería olvidar, fuerte con el sentimiento de su inocencia y de su derecho.

El interrogatorio era inminente. Norby hacía excursiones de noche por el lugar, reunía testigos de descargo. Ya esperaba sin miedo el día de la audiencia.

PERTENEC
ATENEO

SEGUNDA PARTE

I

En una habitación de una «pensión de familia», de Cristianía, estaba sentado un joven, con los codos en la mesa y la cabeza entre las manos. Ante él estaba abierto un libro grande, en el que había frases marcadas con lapiz rojo; pero no leía. Era Einar Norby, el único actualmente en vida de Knut Norby, que era estudiante de filología, y se preparaba para su último examen.

La ventana abierta dejaba penetrar el tibio sol de Marzo; pero Einar se levantó para cerrarla; el ruido que subía de la calle le molestaba. Después se puso á pasear por el cuarto, pasándose de vez en cuando la mano por la frente con un gesto doloroso.

—¿Qué va á ser preciso hacer?—pensaba.—Las cosas han cambiado por completo de cara ahora.

Era un joven alto, esbelto y rubio, de unos veinticinco años. Si todavía no se había licenciado, no era, ciertamente, por pereza. Había empezado por estudiar teología durante casi dos años. Pero un día, volvió á la casa, entró en el despacho de su padre, y le dijo:

—Padre, no puedo ocultárselo por más tiempo; mi conciencia me prohíbe hacerme pastor.

El padre mordió el extremo de su pipa. Y una vez oídas las explicaciones de su hijo, le replicó:

—Está bien: tienes razón, hijo mío, desde el momento en

que estás seguro de lo que sientes. Tu madre es la que más lo sentirá; pero yo me encargo de hablarla.

Y Einar se fué á hacer un viaje de un año al extranjero, para ver un poco claro en sí mismo. Cuando volvió, se puso á estudiar filología.

Hacía una semana que había recibido una carta de su madre, que le informaba de la falsificación cometida por Wangen, cosa que le sorprendió sobre manera; porque se acordaba, como si el acontecimiento fuese de ayer, que su padre, tres ó cuatro años antes, había ido un día á decirle:

—Me parece que Wangen acaba de pescarme.

Y Knut le refirió la historia de la garantía firmada, rogándole que no dijese nada á nadie, ni siquiera á su madre, cosa que entonces le sorprendió algo; tal vez, merced á estas circunstancias, recordaba tan claramente la cuestión.

—¿Qué hacer?—se había preguntado y repreguntado.

Podía haber en esto una mala inteligencia; pero habíase decidido, por fin, á escribir á su padre hablándole del asunto.

La respuesta había llegado hoy. El viejo escribía que Einar le contaba tonterías; nunca había tenido relación alguna con Wangen.

—¡Tonterías... tonterías!...—Pensaba Einar paseándose por el cuarto.

Su padre le escribía que aquello era una tontería. Sin embargo, estaba completamente seguro de no engañarse. Cuanto más lo pensaba, tanto más le parecía cierta la fidelidad de su memoria.

—¿Pero qué pensar ahora?

No le parecía posible entregarse así, sin insistir más.

—Si Wangen fuese inocente, y tú fueras el único que pudieras salvarle... Mamá me dice que él no tiene testigos. ¿Qué vas á hacer?

El interrogatorio iba á celebrarse dentro de dos ó tres días. No había medio de aplazar todo aquello para más adelante.

E. M.—Agosto 1909.

—Y mi padre que me asegura que nunca ha tenido que ver con Wangen... Pero no es posible que se trate de otro incidente que el de ese vago recuerdo he conservado... ¿Habrá podido verdaderamente olvidarlo mi padre? ¿O bien...?

A menudo, á Einar le habían chocado algunos de los modos de obrar de su padre en los asuntos que trataba. Pero admitir por un instante que... No, no era posible.

—Y supón que á Wangen le condenan siendo inocente. ¿Podrías tener después de esto un solo día de felicidad?

Se tumbó en el diván, y se puso una mano ante los ojos.

¡Si fuera á su casa á hacer observaciones á su padre!... ¡Ah! Esto sería un escándalo. Y si verdaderamente su padre se había cargado con una fea historia, ya era demasiado tarde para retroceder; por lo menos, así lo juzgaría su padre, seguramente.

—Pero ¿qué vas á hacer, Einar?... ¿Harás algo?

Cuando pensaba en lo peor que podía ocurrirle—ir á declarar contra su padre,—experimentaba como un vértigo.

Sin embargo, si empezaba á mezclarse en aquel asunto, preciso era que previese todas las consecuencias de su intervención, incluso las más remotas. Y entonces quedaba, de un lado, su padre; del otro, la necesidad de obrar con arreglo á justicia.

Oía en sí mismo el cuchicheo de una voz irónica:

—Ya ves ahora, Einar, lo que cuesta elevarse por encima de las consideraciones de familia. ¿Vacilarías si se tratase de otro?

Einar Norby había sido á menudo duro en sus juicios, sobre todo cuando se trataba de hombres públicos. Perteneía á esa generación de adolescentes, á quienes amargas decepciones habían llevado á considerar con mirada dura y recelosa las ideas y los hombres que despertaron al principio su juvenil entusiasmo.

Y mientras que estaba allí, tumbado en el diván, con la mano ante los ojos, la voz irónica le decía:

—A ti te incumbe demostrar cómo es preciso conducirse en

la vida, Einar. No te dejes detener, por consideraciones de familia; no te dejes corromper por nada, como los hombres públicos. Haz lo que debas. Acuérdate de lo que te aplaudieron cuando, en la Asociación de estudiantes, declaraste, al hablar de esos hombres públicos que se dejaban influir ante todo por vagas y fugitivas impresiones, que toda su conciencia estaba determinada por sus parientes y allegados. ¿No llegaste una vez hasta decir que sus buenas intenciones no les excusaban, porque oscurecían su facultad de pensar, se embriagaban con sentimientos mal definidos, y se creían, sin embargo, honrados, como el borracho, que se cree el único razonable? Ten cuidado. Nada de cobardías. Sobre todo, haz lo que debes. No puede ser tan espantoso como lo piensas, el ir á declarar contra su propio padre, cuando se tiene la razón.

Sentía un nudo en la garganta. Parecíale que no había más elección entre estos dos partidos: ó ser un cobarde, ó ir á su casa y desencadenar la desgracia sobre todos los que amaba.

Siempre, en los momentos en que se trata de tomar una grave y difícil resolución, óyense murmurar voces de malicia y amodorramiento.

—Tú eres un imbécil—decía una voz así á Einar.—¿Por qué diablos te vas á meter en esa historia? ¿Cómo? Tu padre no tiene más que un hijo, ¿y ese hijo es el que va ahora á hacer encarcelar á su propio padre? Pero, ¿qué sabes tú de ese asunto? Te imaginas que recuerdas tal y tal cosa. ¿Y tu padre? ¿Es que no se acuerda de lo que ha hecho? En toda circunstancia, límitate á ocuparte en lo que es de tu incumbencia. Deja á los tribunales lo que es de los tribunales, y trata de salir bien de tu último examen.

Tuvo una calma de un instante. Pero cuando Einar se puso en pie para volver á pasear por su cuarto, vió de nuevo la faz irónica que, con sardónica risa, comenazaba á su vez á hablar con él:

—No, Einar, no vayas á mezclarte en eso... Esta vez podría costarte algo; esta vez se trata de ti mismo, de los tuyos.

Pero cuando se trata de gentes que te sean extrañas, alza entonces la voz. Sé elocuente y haz derramar lágrimas. Hoy, cállate, eclípsate, escóndete. Mañana podrás echar rayos y centellas, cuando te llame la atención algún pobre diablo que no te afecte en nada. ¡Vamos! Sé uno de esos tantos escarnecidos por ti.

Cada vez se sentía peor. Se sentó, otra vez volvió á levantarse; ardíale la cabeza. Apenas había dormido la noche última, atormentado por los mismos pensamientos.

—Va á ser preciso tomar un partido, amigo mío; acuérdate; es, dentro de dos días. Pero observa bien que el sustraerte ahora al deber que te llama, no sería el acto de un héroe. Si tal es tu conducta, valdrá que en lo futuro bajas la cabeza y te calles cuando se hable entre hombres de justicia y de verdad.

Miró su reloj; el tren salía á las dos. Pero, en el momento de ir á tomar la maleta, de nuevo detuvo una vacilación su movimiento. ¿Y si su padre no quería dejarse convencer?... ¿Qué hacer entonces?...

—Más vale decidir de antemano todo lo que podrás tener que hacer, desde el momento en que intervienes en esta historia—se dijo.

Su padre, la hermosa finca bajo el sol del verano, los prados ondulados, las ondas suaves del Mjös, todo esto pasó en aquel instante por sus ojos. ¿Declarar? ¿Romper con toda la familia? ¿Abrir á la desgracia la puerta de su propia casa? ¿Renunciar á su buen *home* de Norby?

Cayó en una silla y suspiró hondamente:

—No, no puedo.

II

El presbiterio no estaba lejos de la finca de Norby. Dos días antes del interrogatorio, el pastor Borryng se dijo:

—Es desagradable y tonto esa diferencia entre dos hom-

bres honrados y rectos. ¿No habrá todavía algún medio para proponer un arreglo?

Nadie sabía que el pastor Borryng llevaba oculta una herida que le hacía sufrir constantemente. No creía ni en la redención de Jesucristo, ni en la utilidad de los sacramentos, y sin embargo, en calidad de pastor, tenía que hablar y obrar como si estuviese convencido de la verdad de esos dogmas.

¿Dimitir? ¿Emprender alguna nueva carrera? Sentíase demasiado viejo para ello... Y su sueldo actual, bastante crecido, le permitía ayudar á sus numerosos hijos para que hiciesen su carrera en el mundo.

Pero esta infidelidad á sus opiniones personales había hecho del pastor Borryng un hombre completo. Conociábase lo bastante para no juzgar severamente á los demás. No le interesaban los chismes, pensando que todo lo que se podía decir de los otros quedaba muy por bajo de lo que se podía decir de sí mismo. Muchas personas iban á contarle sus penas, y las consolaba fácilmente, porque las desgracias aquellas le parecían pequeñas en comparación de las suyas. Todos estaban de acuerdo en considerarle como un pastor excelente y un hombre de gran corazón. Tal vez tenían razón; tal vez era una y otra cosa, precisamente á causa de la secreta desesperación que le consumía.

—Voy á hacer unas visitas hoy—dijo á su mujer.

—¿Hay algún enfermo?—le preguntó ella.

—Sí.

—¿Dónde?

—En la tejería—dijo el pastor.

Envuelto en su capa gris, con un cinturón rojo alrededor de la cintura, sentóse en el trineo, y el caballejo partió á un trote ordinario.

Esperábale un triste espectáculo: aquella fábrica de edificios rojos, cuyas chimenas habían dejado de echar humo, aquella tienda con las puertas y las ventanas cerradas.

—El pobre hombre—se dijo el pastor,—si es culpable, bas-

tante tiene sobre él; si es inocente, ¿qué peor testigo en contra suya que todo esto? Este hombre necesita ánimos.

Wangen habitaba todavía en su linda casa; en el claro vestíbulo, el pastor se quitó la capa y entró en la sala. Una criada, que estaba limpiando el polvo, fué en seguida á avisar á Wangen.

Un reloj dejaba oír su marcha isócrona en su caja de madera. Oíase en la habitación inmediata á un niño que lloraba y la voz de Wangen que trataba de callarle.

Se abrió la puerta; Wangen entró, muy demacrado, con los ojos cambiados por el sufrimiento, casi desconocido.

—Nuestro pequeñín ha muerto esta noche—dijo cuando estuvieron sentados; seguramente ha sido por la leche de su madre...; tiene demasiadas penas en estos últimos tiempos.

«Insinúa que también esto debe caer sobre Norby, pensó el pastor. Es preciso hablar cuanto antes.»

Y dijo:

—Mi querido Wangen, ¿quiere usted prestar un verdadero servicio á su viejo pastor? Suba á mi trineo y venga á casa de Norby.

Wangen se levantó por un movimiento involuntario y se llevó la mano á la cabeza.

—¿A casa de Norby?—exclamó con asombro.

—Sí; vamos á tratar de concluir con este asunto, mi querido Wangen.

Wangen sonrió, sus ojos se inflamaron.

—¡Ah! por fin ha cobrado miedo. Y he aquí que envía al pastor.

El pastor meneó la cabeza.

—Vengo por mi propia cuenta, amigo mío. Ha de saber usted que siempre es el inocente quien más fácilmente perdona. Pruébelo; venga conmigo á casa de Norby; yo le diré: «Kunt, tengo necesidad de hablarte un poco en presencia de Wangen.» Nos encerraremos en un cuarto los tres, y allí les hablaré así: «Ustedes, todos, que respectivamente tratan de encar-

celarse; ustedes los aún culpables, déense la mano. Y firme un documento, en el que expresarán el deseo de que no se hable más de todo esto.» Cuando volvamos, iré á casa de los unos y de los otros para anunciarles que ya no hay proceso, que Wangen y Norby no quieren que ni la justicia ni nadie se mezclen en sus asuntos y que han arreglado la cosa entre ellos. De aquí á dos días, las gentes habrán encontrado otro motivo de conversación y en un mes todo se habrá olvidado. Vamos, Wangen, domínese y venga conmigo.

Pero Wangen, por el contrario, se sentó y se puso á sonreír, con sonrisa un poco indecisa.

—¿Y quién pagará las dos mil coronas, de las que Norby salió garante?—preguntó.

El pastor se quedó un poco perplejo. No había pensado en esto; acariciábase maquinalmente la nariz.

—Sí, sí... Pero, Dios mío, la paz vale más que dos mil coronas, sobre todo cuando se trata de la cárcel. Le diré á Norby... Vaya, sal hoy, si ya no lo has hecho, fiador de Wangen. Paga esas dos mil coronas; tu fortuna no disminuirá por tan poco... Estoy seguro de que Norby sabrá hacer lo que es debido.

Wangen se levantó de un salto.

—¡No! ¡Jamás! ¿Que vaya á humillarme para pedir ayuda á un hombre que, después de habérmela concedido, falta á su palabra? ¡Jamás! Piénselo usted, pastor Barring: Norby me ha arruinado, deshonorado; ha llevado á mi mujer á los confines de la locura, y, además, he de ser yo el que vaya á buscarle para rogarle que arregle mis asuntos... ¡No! Todas las cosas tienen un límite.

—Yo no sé quién es el culpable—dijo el pastor con voz grave.—Pero que el culpable se las entienda con Nuestro Señor. Eso es una cuestión entre ellos.

Wangen rió irónicamente.

—Muy bien hablado, señor pastor; pero entonces, ¿para qué son la justicia y las leyes? Debería usted ponerse en mi

lugar: yo he comprometido mi propia fortuna y la de mi mujer para crear una industria aquí; todo fué bien hasta que mi fábrica no molestó á Norby. Pero, en cuanto creyó amenazados sus intereses, hizo correr tantos rumores á mi cuenta, que concluyeron por negarme todo crédito; ha impedido todo arreglo entre mis acreedores y yo; no contento con dejarme en la calle, quiere todavía arrebatarme el honor y quisiera verme en la cárcel. Pues bien: ¿cree usted que yo puedo borrar todo esto? Si por lo menos fuese Norby quien viniera á presentarme sus excusas... ¡Y aun así! Es ya demasiado tarde.

El pastor se calló un instante, apretando los labios. Luego dijo:

—Dígame, Wangen, ¿no ha hecho usted nunca sufrir á alguien?

Esta pregunta desconcertó á Wangen, y se esforzó en reír de nuevo. Al cabo de un instante, contestó:

—Lo que yo sé es que soy inocente en este asunto. Norby me ha perseguido ahora de tal modo, me ha atormentado de tal manera, que quiero hacer que conozca esa cárcel, á la que tenía intención de echarme. Y puesto que es rico, será preciso también que meta mano en su bolsillo. Quiero una indemnización, y no me contentaré con una miseria.

«¿Cuál es el verdadero sufrimiento que se pueda creer pagado con dinero?», pensó el pastor. Este hombre es culpable.

Pero en alta voz dijo:

—Dios nos ayude. ¡Nos cuesta tanto trabajo á los hombres perdonar las ofensas que nos hacen, y queremos que Nuestro Señor esté siempre dispuesto á perdonarnos!

—¿Le parece á usted, pues, inútil que haya tribunales que nos hagan justicia, señor pastor?

—Estos son instrumentos mal hechos, mi querido Wangen, para sacar á luz las acciones de los hombres; á veces se entrevé el fruto, pero las raíces quedan siempre ocultas. Fíjese en los testigos cuando declaran; mienten sin darse cuenta, levantan algún polvo, y en ese polvo debe el tribunal distinguir como

pueda la verdad. Estos son procedimientos humanos. Pero Dios nos guarde de los juicios y de sus consecuencias.

Wangen, que seguía creyendo que el pastor venía de parte de Norby para cautivarle con bellas palabras, perdió la paciencia y quiso precipitar las cosas. Levantóse con violencia y avanzó rápidamente dos ó tres pasos.

—Lo único que temo—dijo recalcando las palabras, porque suponía que lo que iba á decir se lo contarían á Norby,—lo único que temo, es que no le cueste mucho el asunto. Cuando pienso en lo que ha pasado, creo que merecería pasar en la cárcel el resto de su vida.

El pastor, á quien estas palabras hicieron el efecto de un golpe en pleno rostro, se levantó en el acto.

«Si le asiste el derecho, se decía, que Dios se apiade del derecho que ha caído en tales manos. ¿Pero es posible que un hombre á quien le asiste el derecho se convierta en una criatura brutal y perversa? No. Este hombre es culpable.»

Suspiró y se despidió con tristeza. Wange le acompañó, y le dijo en el vestíbulo:

—Hay algo más que una cuestión personal entre Norby y yo. Este asunto afecta á todos los obreros á quienes ha privado del pan. Es una cuestión social.

—¡Ya! Sí, sí...—dijo el pastor, sentándose en el trineo y empuñando las riendas.

Y pensó: «Naturalmente... basta ahora con que le duelan á uno las muelas, para hacer en seguida de ello una cuestión social. Se es demasiado cobarde para soportar por sí solo ninguna carga.

—Sí—añadió Wangen;—no estoy, afortunadamente, tan solo como Norby pueda creerlo.

«Entonces no se le ha de compadecer tanto», se dijo el pastor.

Y en alta voz:

—A propósito: he sabido que ha fundado usted una nueva sociedad obrera, y que ha dado usted en ella unas conferencias.

—Claro que sí—contestó Wangen.—Se necesitaría estar

ciego para no comprender que Norby tiene tras sí á muchos grandes propietarios, y que el fin principal de la campaña llevada contra mí es matar definitivamente la jornada de ocho horas en la localidad y sus alrededores.

El pastor sonrió; dijo: «Hasta la vista», y tocó con el látigo á su caballo.

«He aquí una visita bien fallida —se dijo suspirando.—Decididamente, no se puede obtener nada de los hombres, salvo cuando se encuentran en el artículo de la muerte... Y entonces es porque se trata de su interés.»

Wangen permaneció en pie junto á la ventana, y siguió con los ojos el trineo. No lograba dominarse en seguida, porque, á pesar de todo, el viejo pastor le había dejado una impresión favorable. Pero no quería confesárselo, porque le perturbaba el balance de la maldad humana que se complacía en establecer y enriquecer diariamente con alguna nueva prueba. De esta suerte es como entretenía y aumentaba su justo resentimiento.

«Es curioso, sin embargo, pensaba, no sin algún esfuerzo, que los pastores hagan siempre los encargos de los ricos.»

Era esta una idea á la que experimentaba la necesidad de aferrarse para disipar su buena impresión.

«Y con ayuda de sus palabras evangélicas, tratan de hacer que el pobre renuncie á su buen derecho. Así es como pasan las cosas.»

Y á medida que se hacía toda una serie de consideraciones de este género, sentía nacer en él, poco á poco, una cólera que le hacía creer en lo que decía. Permanecía allí, siguiendo con los ojos el trineo que se alejaba. Y poco á poco, el viejo pastor se convirtió para Wangen en un servidor teológico del capital, como otros tantos ministros de Dios en la tierra.

Enrique Wangen no tenía nada que llenase el vacío de sus días; así es que no hacía más que pensar en su asunto contra Norby, que tomaba en su imaginación proporciones cada vez mayores.

Pero al mismo tiempo, tenía que asistir diariamente á las tristes consecuencias de su quiebra. Si veía venir al sastre que le había confiado sus medias de lana, tomaba instintivamente otro camino, porque le parecía que el sastre le miraba con ojos de loco. Y así con los demás.

A Wangen le habían vivamente interesado desde su juventud todas las grandes cuestiones económicas, todas las nuevas ideas que surgían por el mundo. Pero de estas ideas, era sobre todo afecto á aquellas que imponían deberes á los demás ó que no exigían de él sino deberes de asistencia respecto á los demás. Así, cuando un día vino á caer sobre él una responsabilidad colosal, desesperado al verse solo, le pareció que el peso de su propia falta y el de su expiación personal eran cargas sobrehumanas; trató instintivamente de transformar su caso particular en cuestión social.

Deseó al principio, de una manera semi-inconsciente, que aquella acusación no fuese más que el indicio de una maquinación fraguada contra su fábrica. Ahora estaba seguro de ello, y cada vez que podía sospechar en un nuevo individuo connivencia con los grandes propietarios, aumentaba su grata certidumbre.

Pensándolo bien, hacía mucho tiempo que ciertos indicios le habían permitido adivinar que se trataba también de algo entre sus relaciones de fuera de la localidad. Los grandes propietarios se entienden todos entre sí, sean labradores, comerciantes ó industriales. Todos le tenían miedo, á causa de la jornada de ocho horas que él defendía. Y la intención de aquéllos no era solamente la de reducirle á la quiebra, para poder decir en seguida:

«¡Ah! He aquí los resultados de una jornada tan corta.»

No. Querían también vengarse, vengarse deshonrándole lo bastante para que no tuviesen ya nada que temer de él en lo futuro. Como tantos otros, había sido la víctima de la actividad diabólica que engendra el capital en el alma de los que lo poseen.

Así empezó á sentir una singular ternura por los obreros. Ya no los temía por haberlos engañado: eran sus hermanos, sus compañeros de sufrimiento. Y en el fondo, ¿no le perseguían á causa de ellos?

De esta suerte llegó á no acordarse, sino cada vez menos, de sus meditaciones del ferrocarril, de su arrepentimiento y de sus buenas resoluciones primeras. Eran los poderes sociales los únicos culpables, á los que maldecía ahora. Y se aliviaba así de la penosa sensación de tener que expiar algo, de tener que enmendarse. Esta tarea no le incumbía; la rechazaba igualmente sobre la sociedad...

Dejó la ventana y dió algunos paseos por la habitación. «¡Ah! está bien—pensaba;—también el pastor ha consentido en servirles de instrumento.»

Cuanto más pensaba en esta intervención inesperada, tanto más se indignaba. «Ese holgazán, que tal vez se quedará en la cama todos los días hasta las diez, tampoco desea el menor alivio para el obrero, la menor mejora en las condiciones de la vida.» Se mordió los labios. Era preciso que los obreros no ignorasen este nuevo incidente; hasta convendría que se supiese en todo el país. Los pastores eran en todas partes pastores, ¿no es así? De una manera ó de otra, era necesario poner á los periódicos al corriente de lo que había pasado.

¿Y Norby? Podía seguir enviándole todos los pastores que quisiera; no por eso dejaría de ir á la cárcel. Ya lo vería pasado mañana.

III

Todas las tardes, Ingeborg Norby iba á dar una lectura de la Biblia á los retirados en su casita.

Eran cuatro: la anciana vaquera, los dos mozos de labranza—todos entre setenta y ochenta años, y que habían servido á Norby durante más de medio siglo,—y el viejo jornalero cie-

go, á quien el amo daba hospitalidad para que no cayese en manos de la asistencia comunal. La vaquera no se levantaba de la cama, en una alcoba. Y en la pieza inmediata estaban los dos mozos de labranza, que no hacían más que charlar. Fumaban, yendo de silla, en silla y hablando sobre todo de sus enfermedades respectivas. De ordinario, el ciego permanecía en la cama.

En la finca, nadie notaba la presencia ó ausencia de los cuatro viejos. El mismo Norby iba pocas veces á verlos, pero cuidaba de proporcionarles ropas y tabaco. Hasta tenían todos algún dinero en el Banco.

Aquella noche los leños crepitaban en la estufa, la lámpara iluminaba la larga mesa, é Ingeborg leía sentada cerca de la puerta de comunicación para que se pudiese seguir la lectura desde las dos habitaciones. Cuando terminó la lectura, rezó la oración y entonó un cántico, que los dos viejos, sentados en el banco, trataron de cantar con ella. Luego, cuando se disponía á salir, uno de los viejos dijo:

—¿Y cómo va el asunto?

—Pasado mañana será el interrogatorio.

—Ya—dijo el ciego desde su cama.

—¿No se ha decidido Wangen á confesar?—murmuró uno de los servidores, moviendo la cabeza con conmisericordia.

—No—contestó Ingeborg suspirando.—Que Dios quiera tocarle en el corazón.

—Si hubiera tenido la habilidad de confesarlo pronto, la pena hubiera sin duda sido menos severa—dijo el ciego.

—Puede ser que haya confesado su falta á Nuestro Señor—dijo Ingeborg.—Pero, sin embargo, está escrito: «El que quiera hacer la voluntad de Dios, que vaya á reconciliarse con su hermano...» Y, á la verdad, si Wangen hubiera venido á pedir perdón á mi padre, estoy bien segura de que mi padre le hubiese perdonado.

—Sí; que Dios le ayude—dijo la vaquera desde su cuarto. Ingeborg dió las buenas noches, y salió.

Los dos viejos empezaron á desnudarse con muchas lamentaciones, á causa de sus reumas y dolencias... Uno de ellos se sentó, en calzoncillos, en el borde de la cama, y encendió su pipa antes de descalzarse. El otro, cuando estuvo á su vez en calzoncillos, pasó con precaución á la alcoba inmediata y se sentó en el borde de la cama de la vaquera.

—¿Tienes bastante ropa por la noche?—preguntó, frotando una cerilla en su calzoncillo y encendiendo su pipa con mano temblorosa.

—Sí—dijo la vaquera con voz cansada.

Habían sido novios, después rompieron las relaciones y volvieron á reanudarlas, y así sucesivamente, siempre, durante casi toda la duración de una vida humana. Permanecían enfadados dos años, tomaban relaciones cada cual por su lado, él con otra, ella con otro; después hacían las paces y volvían á ser novios hasta el enfado siguiente. Pero desde que se habían retirado eran buenos amigos.

—Lo digo porque podría ponerte una de mis mantas—dijo él, mirando su pipa y esforzándose en arreglarla para que tirase.

—¿Sí, eh? Y que te helaras tú en tu cama—contestó ella.—No; si siento frío, se lo diré á la señorita.

—Está bien—dijo el viejo, levantándose para arreglar las ropas á la anciana.

Nunca dejaba, antes de acostarse, de ir á ver si necesitaba algo. Era como una especie de buenas noches. En los últimos tiempos la había hecho que fumase, para poder prestarle algunos pequeños servicios, limpiarle la pipa, picarle el tabaco. Sin añadir una palabra, se fué á acostar.

—No te olvides de apagar la luz—dijo el ciego, que sentía sobre él la luz que no podía ver.

El ciego no hacía más que escupir, y como no veía la escupidera, manchaba todo el piso á su alrededor.

Una vez apagada la lámpara, los dos viejos permanecieron algunos instantes bostezando ruidosamente. Desde la alcoba

inmediata vinieron otros bostezos tan fuertes, que se oían claramente en la sala; los retirados se daban las buenas noches á su manera.

—Me parece que se prepara para esta noche una tempestad de nieve—dijo el viejo, tapándose cuidadosamente con sus mantas.

—Y mañana habrá que sacar el arado de nieve—dijo uno de los otros tras un breve silencio.

Bostezaron todavía un poco; después, todo enmudeció en la casita.

JOHAN BOJER

(Continúa.)

CRÓNICA LITERARIA

El Libro de las claras é virtuosas mujeres, por el Condestable de Castilla Don Alvaro de Luna.—Edición crítica, por D. Manuel Castillo, catedrático y director del Instituto Técnico de Cáceres.

Vamos á apartarnos en esta Crónica de la literatura palpitante, reflejo de las pasiones contemporáneas, de nuestras ideas y nuestros sentimientos. Hablaremos de un libro antiguo, que fué ya en su tiempo artificioso y erudito, sacado de otros libros, obra retórica, eminentemente literaria, lejana de la realidad, en fin, y que ahora, por la acción de los siglos, lo está mucho más. Lo que tienen de viviente los libros se evapora con el tiempo y queda lo meramente artístico, que muchas veces se reduce á una arqueología de palabras, de estilos, de ideas. Por eso los libros antiguos se tornan inofensivos. Podemos leer las obras más licenciosas de la antigüedad sin escandalizarnos, dominados por el sentimiento de que tenemos delante una cosa muerta, un resto curioso del pasado, como los que vemos en los museos secretos; y asimismo, las obras más disolventes, las que en su tiempo levantaron torbellinos de pasiones y de encontradas ideas, al llegar á nosotros al través de muchas generaciones, se revisten de esa calma desinteresada de lo que fué y ya no es, de esa serenidad de las obras de un arte lejano en que se han desvanecido los movimientos del ánimo de su autor y las querellas de los contemporáneos, y no queda más que una imagen impersonal y objetiva. Tales obras excitan

una curiosidad intelectual serena y fría, no exenta de atractivos.

La obra á que me refiero es el *Libro de las claras é virtuosas mujeres*, escrito por el Condestable de Castilla Don Álvaro de Luna, maestro del Orden de Santiago del Espada; edición crítica, por D. Manuel Castillo, catedrático y director del Instituto técnico de Cáceres: No es la primera vez que se imprime este libro. La Sociedad de Bibliófilos españoles lo publicó en 1891 con un breve y sustancioso proemio del Sr. Menéndez y Pelayo.

La presente edición tiene su historia, y el Sr. Castillo nos la cuenta con una honrada ingenuidad de que no hay muchos ejemplos entre los eruditos. Siendo bibliotecario de la Universidad de Salamanca, se fijó con predilección en el precioso códice del siglo xv, lleno de adornos, de orlas, de viñetas, de bellas capitales ornamentadas que en aquella biblioteca se conserva y que es el mejor manuscrito de la obra del favorito de Don Juan II. Creyólo inédito y se dispuso á publicarlo, luego de haber hallado en el obispo salmantino P. Cámara el Mecenas que requería la empresa. Mas un catálogo, llegado con oportunidad á manos del Sr. Castillo, le enteró de que había sido publicado ya, en aquel mismo año de 1891, el *Libro de las claras é virtuosas mujeres* por la Sociedad de Bibliófilos. Por lo reciente de la publicación, era harto explicable que la ignorase el Sr. Castillo. El movimiento bibliográfico es demasiado extenso para que pueda seguirse al día, ni aun por los que se consagran á una especialidad. Pero muchos, en el caso del Sr. Castillo, hubiesen callado esta pequeña decepción, que le hizo desistir por entonces de la publicación proyectada.

Más adelante, pensándolo mejor, se decidió á llevarla á cabo. La edición de la Sociedad de Bibliófilos anda en manos de pocos, en contados y raros ejemplares. No se hizo sobre los manuscritos coetáneos del autor, como el salmanticense y el de la Biblioteca Real, que son los más autorizados y cabales, sino sobre el más moderno de Villaumbrosa. Su ortografía no

PERTENECE A LA
ATENEO BARCELONÉS

es la de aquellos viejos códices, sino mucho más moderna. Todo esto hizo creer, con razón, al Sr. Castillo que no sería inútil la nueva edición crítica por él preparada; y ayudado por la munificencia de otro catedrático y publicista notable, bien conocido de los lectores de LA ESPAÑA MODERNA, el Sr. Araujo, que ha costeado los gastos de impresión, acabó por darla á la estampa.

No intentaré el cotejo ni la comparación minuciosa de las dos ediciones. La de la Sociedad de Bibliófilos es superior en belleza tipográfica y en la comodidad de la lectura. Salió á luz, además, asistida de la autoridad del prólogo de Menéndez y Pelayo. La del Sr. Castillo tiene más traza de edición crítica; conserva al margen la foliación de los manuscritos salmantino y de la Biblioteca Real; reproduce la arcaica y caprichosa ortografía de los antiguos códices, y lleva al final un vocabulario de voces anticuadas.

Prescindiendo de la traza material de las modernas ediciones, asunto que sólo puede apasionar á los bibliómanos, el libro es interesante, con aquel género de interés histórico que vierten las grandes figuras sobre sus obras, hasta sobre aquellas que más apartadas parecen del campo de su acción y sus destinos. Sobre ese *Libro de las claras é virtuosas mujeres*, reflejo de una disputa literaria de un siglo letrado y galante, derrama la figura del Condestable el prestigio de su fama, perpetuada por el final de tragedia de la Plaza de Valladolid. Estas vidas, de varia fortuna, de grandes elevaciones y grandes caídas, son las que más hondamente se graban en la memoria de las gentes y mejor se comunican de siglo en siglo, quedando como ejemplos vivientes de la vanidad de las glorias humanas y de la incertidumbre é inseguridad de nuestro destino. Don Alvaro de Luna debe, á haber muerto descabezado en un cadalso, después de haber sido privado del rey de Castilla y árbitro del reino, un renombre que no se puede decir que fué comprado á poca costa, y de que era merecedor este personaje.

Fué Don Alvaro una acabada representación del Renacimiento, en la alianza de las armas y las letras; en el carácter de su cultura escrituraria y clásica; en el contraste entre sus hechos y costumbres y las moralidades retóricas de un estoicismo traducido que están sembradas por sus obras; en las intuiciones de lo porvenir, que su conducta política revela; en rasgos varios y complejos, propios de una época llena de figuras sanguíneas y vivientes, de enérgico relieve, aptas para el vigor de la acción y sensibles á los delicados matices del pensamiento y del arte.

No hace mucho que un poeta de gran mérito, Eduardo Marquina, en ese poema desordenado y genial que ha bautizado con el título algo enigmático de *Vendimión*, y de que hablé no ha mucho á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA, nos presentaba á Don Alvaro, en la compañía algo inesperada y extraña del Cid y de los Comuneros, como una de las representaciones típicas de la rebeldía en España, del elemento de renovación, frente á la inmutabilidad y quietismo históricos. Habrá quien piense que los poetas no son llamados á interpretar la historia, y que no debemos hacer gran caso de sus sentencias. Pero los poetas, aun en estos tiempos de decadencia y vejez de la poesía, no han perdido su condición de vates, de adivinos ú órganos de una intuición, á las veces más certera que las investigaciones guiadas por métodos lógicos y minuciosos. Como la poesía, siendo fácil á los entusiasmos, suele hinchar algún tanto sus sujetos, acaso Don Álvaro, el Don Alvaro de Luna histórico, está algo distante de la representación poética que de él nos da Marquina; pero esta representación se acerca más, con todo, á los resultados de la crítica histórica moderna, que la estrecha y mezquina de los antiguos manuales de historia, que nos presentaban al Condestable simplemente como un favorito vicioso, ávido y opresor, escarmiento de validos, en quien se ejercitó justamente la justicia real, movida por los clamores del pueblo. Un sentimiento mezquino de envidia vengada suele crear en torno de los podero-

sos humillados esa aura de opinión hostil. Los pueblos gozan con el espectáculo de un poderoso descabezado, más por haber sido poderoso que por culpado. En esas expiaciones de un alto poder se cobran y satisfacen de su humildad muchas insignificancias rencorosas, que se complacen viendo caídas altivas y robustas torres. Mas hoy, al considerar el papel de Don Álvaro de Luna frente á la turbulenta nobleza de su tiempo, más que como un público tirano, se nos presenta como hombre que tenía una intuición más clara de lo porvenir que sus contemporáneos, ó al menos se conducía como instrumento de ese porvenir. Al defender el poder real frente á la nobleza, ¿qué defendía el Condestable sino el poder del Estado, el poder de todos, fórmula de las soberanías populares, frente á los poderes particulares? Bien que esto no pudo evitar que muchos le aborreciesen, como les sucede comúnmente á los validos de los príncipes y á los principales ministros y regidores de repúblicas.

Los innovadores, los revolucionarios, los que promueven cambios sociales ó transformaciones en las ideas, suelen tener vicios y pasiones como todos los hombres, pero que en ellos tienen especial relieve por la posición eminente que les da su misión. En esos vicios y desórdenes hacen presa sus adversarios, que quieren matar los pensamientos de reforma, tomando por aparente blanco los vicios del reformador. Por eso, el innovador, en cualquier orden político ó social, necesita ser puro, no sólo por sí, sino por la idea que representa. Pero en la moral de los hombres del Renacimiento pesaban poco estas consideraciones, y la vida y hechos del Condestable ofrecieron blanco apropiado á sus enemigos.

* * *

El libro de las claras é virtuosas mujeres es un reflejo de la influencia italiana, llamada á mantenerse mucho tiempo en España. Bocaccio, que tan honda huella ha dejado en nuestra

literatura y que ha tenido tan gran tropel de imitadores, es el antecedente de este libro, no sólo por su forma, sino por su asunto. El libro de Don Alvaro de Luna es uno de los varios que se escribieron en su tiempo, ya en elogio, como éste, ya en vituperio de las mujeres. Esta disputa ó controversia literaria acerca de la condición de las mujeres, puede decirse que fué la forma que tomó la cuestión feminista en la Corte de Don Juan II. Juan Bocaccio, al modo de los sofistas antiguos, había tratado el pro y el contra del asunto, siendo sucesivamente detractor y abogado de las mujeres en dos libros diferentes. En su famoso *Corbaccio* ó *Laberinto d'amore*, había ejercitado la invectiva con tonos de libelo; la apología en el libro *De claris mulieribus*, que ofrece la particularidad, notada por Menéndez y Pelayo, de ser la primera colección de biografías exclusivamente femeninas. A ejemplo é imitación del escritor italiano, ó bien para refutarle, se escribieron en España bastantes libros en defensa de las mujeres, y otros denostándolas. Fray Francisco Ximenez escribió en catalán el *Libro de las donas*, vertido luego al castellano; Alonso de Cartagena, el *Libro de las mujeres ilustres*; Martín Alonso de Córdoba, las *Alabanzas de la virginidad* y el *Verjel de nobles doncellas*; Juan Rodríguez de la Cámara, *El triumpho de las donas* y *La cadera del honor*, atribuído el primero al célebre D. Enrique de Villena, que al final de *Los doce trabajos de Hércules* elogia insistentemente las virtudes de las mujeres, como si obedeciera á la preocupación de este asunto, entonces de actualidad. El número de estos libros y la participación que tuvieron, impulsando á escribirlos, damas de claros linajes y hasta la misma reina Doña María, indica el interés que despertó esta disputa, que hoy nos resulta en tales textos algo afectada y retórica, aunque concedamos lo que debe concederse al estilo y composición de la época. A este grupo de libros escritos en alabanza de las mujeres pertenece el de Don Alvaro de Luna. Como suele ocurrir en tales controversias, los detractores fueron más felices y agudos que los apologistas, entre cuyas obras no hay

ninguna que iguale al *Corbacho* ó *Reprobación del amor mundano*, del arcipreste de Talavera Alfonso Martínez.

Del libro del Condestable han tratado, breve pero acertadamente, Amador de los Ríos en el tomo vi de su *Historia crítica de la literatura española*, y Menéndez y Pelayo en el prólogo citado. Fué terminado este libro, como dice al final su autor, en el Real sobre Atienza, entrada la dicha villa, en cuyo cerco había sido herido Don Alvaro en la cabeza, es decir, entre el fragor de las guerras civiles, lo cual no impidió que fuese obra atildada y erudita, si bien menos amanerada y menos pendiente de la imitación de los escritores latinos que muchas otras de los escritores cultos de la época. El marco exterior de las circunstancias en que fué escrita esta obra, hace resaltar la figura guerrera y letrada de Don Alvaro, verdadero tipo del Renacimiento.

El *Libro de las claras é virtuosas mujeres* lleva un proemio de Juan de Mena, homenaje obligado á autor de tantas campanillas como el Condestable. En rigor, este proemio no dice nada, limitándose á dar las gracias, en buen estilo, á Don Alvaro en nombre de las mujeres vindicadas. Más se ve en ese breve trozo de prosa el afán cortesano de halagar al autor, que una gran agudeza ó un gran interés por el asunto.

Más sustancia tienen los cinco preámbulos de Don Alvaro de Luna, que son, los cuatro primeros al menos, á modo de tesis en defensa de las mujeres, escritos por vía de introducción á los ejemplos biográficos que componen el cuerpo de la obra. Estos preámbulos tienen marcado sabor de época y muestran de una manera muy expresiva el modo de argumentar de aquel tiempo, cómo se concebía entonces esta disputa de la mujeres y con qué razonamientos se argüía en ella.

En el primero se sostiene que los vicios y menguas de las mujeres no vienen de la Naturaleza, sino de la costumbre; en el segundo, después de discurrir acerca de cómo entendieron la bienaventuranza los antiguos, se quiere probar que á ella pueden tener acceso, igualmente que los hombres, las mujeres,

y que éstas pueden ser virtuosas; en el tercero, que en el pecado original no son más culpadas las mujeres que los hombres; en el cuarto, que los sabios que dijeron mal de las mujeres lo entendieron de las desordenadas, y no de todas; en el último se razona y explica por qué comienzan por la de la Virgen las biografías de las mujeres de la Escritura.

Los razonamientos de estos preámbulos adolecen de una sutileza pueril, muy propia de la dialéctica usual entonces en tales controversias. Si los vicios de las mujeres vinieran de la Naturaleza, no las habría virtuosas. La Naturaleza ha hecho acabado y perfecto cuanto ha criado, por lo cual no cabe duda de que ha dado á las mujeres aquella excelencia y anhelo de perfección y acabamiento que conduce á buscar la bienaventuranza. Dios había prohibido á Adam principalmente comer de la fruta del Arbol de la Ciencia del bien y del mal, y en Adam, como cabeza de familia, castigó más el pecado... Por este estilo son los argumentos del preámbulo. En el cuarto tiene que hacer Don Alvaro de Luna no pequeños equilibrios de interpretación para sostener que los sabios, detractores de las mujeres, no hicieron otra cosa que reprender á las malas, á pesar de la generalidad de sus textos.

La obra está dividida en tres libros. El primero trata de las mujeres que desde el comienzo del mundo vivieron bajo la ley divinal de la Escritura, es decir, de las mujeres de la Biblia; el segundo, de las romanas y otras mujeres del pueblo de los gentiles que fueron y vivieron so la ley de natura, ó sea de las mujeres del mundo clásico; el tercero, de las virtuosas é santas dueñas y doncellas de nuestro pueblo católico romano, que fueron so la ley de la gracia, esto es, de las mujeres del cristianismo. Los artículos en que se divide cada uno de estos libros tienen una ordenación y un plan casi uniforme. Primero, relatan la biografía ó el rasgo famoso de la mujer á quien se refieren, y á continuación presentan una glosa oratoria, apologética, de las excelencias de la biografiada. Los hay de muy varia extensión, debiéndose acaso las variaciones, no sólo á la

relativa importancia de cada sujeto, sino también á la mayor ó menor copia de noticias que acerca de él tenía el autor. El libro más extenso es el consagrado á las mujeres de la antigüedad clásica, no sólo por la seducción que aquella bella y lejana antigüedad ejercía en los días en que resucitaba en los espíritus y en los textos, sino también por la abundancia y calidad de las fuentes. Mucho más curioso é instructivo hubiera sido, sin duda, el libro de Don Alvaro si hubiese tratado de las españolas, y principalmente de las de su tiempo; pero los trabajos de investigación no estaban de moda entonces; parecían más dignas de atención las cosas que andaban ya en libros famosos y gustaba operar sobre textos.

El aparato erudito de la obra es el común en aquella época: la Escritura, los Padres, los historiadores y filósofos antiguos, en menor proporción los poetas, y también algunos escritores italianos, como Petrarca y Bocaccio, á cuyo libro *De claris mulieribus* se asemeja mucho en el plan el del Condestable. Tenía Don Álvaro de Luna una cultura literaria, histórica, escrituraria y teológica, que aun en una corte tan letrada y culta como la de Don Juan II, debía de exceder de lo corriente. La lista de las fuentes y autoridades de esta obra sería bastante extensa, y no todas son de segunda mano.

A los aficionados á la arqueología literaria les ofrece este libro cierto sabor de anacronismo primitivo que brinda un ingenuo atractivo. La adaptación á los personajes antiguos de la nomenclatura de los oficios y las costumbres de la época de Don Álvaro extiende como una patina pintoresca sobre estas relaciones biográficas. Cuando leemos en ellas: «La hija del noble Caballero Jephthé, el Condestable Joab..., los romanos acordaron enviar á Coriolano sus obispos, é perlados, é sacerdotes», pensamos en los lienzos de los primitivos italianos, en que hay ángeles vestidos de pajes del Renacimiento, tocando la viola, como en el cuadro de Ghirlandajo, ó centuriones armados como caballeros del siglo xv. Esta adaptación de la historia á lo contemporáneo tiene cierta apariencia pueril;

pero si bien se mira, responde á un método lógico de interpretación: lo presente explica lo pasado, como lo pasado lo presente. Si la Historia es maestra de la vida, la vida, la realidad presente, es maestra é intérprete de la Historia.

El libro de Don Alvaro ofrece un interés histórico mediato, como muestra de las ideas, del estilo narrativo y de la cultura de su época. No es una fuente histórica apreciable para el conocimiento de las vidas de las mujeres bíblicas, de las heroínas griegas y romanas y de las santas que figuran en este florilegio de mujeres ilustres, vidas que podemos hoy estudiar en textos más directos, más cómodos, más sabios ó de mayor confianza. Literariamente, presenta un interés arqueológico: el de ser una muestra de la joven prosa española del siglo xv, algo adulterada por el estudio y por el uso corriente de la lengua latina entre los cultos.

Ambos géneros de interés son suficientes para que el señor Castillo merezca plácemes por haber dado á las prensas la nueva y esmerada edición del *Libro de las claras é virtuosas mujeres*.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—OCULTISMO: La comunicación con el otro mundo.—ENCICLOPEDIA: Colección de autógrafos.—HIGIENE: Los nuevos mandamientos del Dr. Hericourt.—CRÍTICA: La confesión.—Galicismos y gazapos.—IMPRESIONES Y NOTAS: El atorrantismo.—El rey de los *dandys*.—Una página curiosa de Gui Patin.—Pensamientos inéditos de Barbey d'Aurevilly.—El secreto de Primi Visconti.

OCULTISMO

LA COMUNICACIÓN CON EL OTRO MUNDO.—El siglo XIX fué el siglo de los grandes acontecimientos, dejando muy atrás al famoso siglo XV con su brújula, su imprenta y su América; el siglo XX no comienza mal tampoco, pues, por de pronto, en él acaba de resolverse el problema de la navegación aérea, que ha de transformar profundamente todo nuestro sistema de comunicaciones, cambiando también radicalmente el arte de la guerra. Nada de esto, sin embargo, es comparable con la tentativa trascendental de comunicación real y efectiva con el otro mundo, no con el mundo de allende el Atlántico, que esa ya está hace siglos establecida, y hoy, de tal modo facilitada, gracias al vapor y á la electricidad, que nada hay más sencillo; no tampoco con el mundo del polo, que puede darse ya por conocido é inhabitable, merced á los últimos viajes de exploración que han llegado á penetrar mucho más adelante de los círculos polares; ni siquiera con el mundo de Marte, con el que no tardará en encontrarse, por uno ú otro camino, un medio de comunicación, sino con el verdadero *otro mundo*, el mundo del más allá, el mundo de ultratumba, el mundo de los espíritus y de los muertos.

Hasta el presente, nuestras comunicaciones con ese mundo se han reducido, y no es poco, á las visiones de los santos, á los sueños de los iluminados y á las manifestaciones de todo género obtenidas por los *mediums*; todo ello, con ser mucho, no era realmente nada para la generalidad; y de ahí que, al lado de las afirmaciones de los santos, de los derviches, de los espiritistas y de los teósofos, hayan podido figurar las negaciones de los incrédulos de todas clases, materialistas ó simplemente escépticos.

Ahora se trata nada menos que de establecer una oficina central en Londres, en correspondencia con otra oficina semejante, montada en el otro mundo; al frente de la primera figura el famoso William Stead, el director de la *Review of Reviews* inglesa, y al frente de la otra estará una amiga del mismo, muerta hace varios años, la Sra. Julia A. Ames, con la que Stead está en constante comunicación.

El espíritu de Julia es el verdadero autor de este proyecto trascendental, pues hace catorce años, cuando ya llevaba dos fuera de este mundo, escribía á Stead por el medio consabido de la escritura por mano ajena movida al impulso del espíritu: «Quisiera preguntar á usted si puede usted prestarme auxilio para realizar un proyecto en el que tengo gran empeño. Hace mucho tiempo que tengo el propósito de establecer un sitio donde los que han muerto puedan comunicarse con los seres queridos que han dejado tras de sí. Ahora los dos mundos están llenos de espíritus, impacientes de hablar con aquéllos de quienes están separados. Es un espectáculo extraño: por vuestra parte, almas angustiadas que sufren por esta privación; y de este lado, almas agobiadas de tristeza, porque no pueden conversar con los que aman. ¿Qué hacer para aproximar á estos muertos y á estos vivos, sombríos y tristes? Lo que se necesita es una oficina de comunicación entre las dos orillas. ¿No podría usted crearla, con la asistencia de uno ó de varios *mediums* sinceros, y en quienes se pueda confiar? Aunque sólo fuera para permitir á los vivos saber de una vez para siempre

si los que creen muertos no están en la otra vida más cerca de ellos que antes, se secarían muchas lágrimas y se consolarían muchas penas. Estoy persuadida de que tendríamos el concurso solícito de todos los que están de este lado. Todos nosotros, los que estamos reunidos en esta residencia, nos estremecemos de alegría con la esperanza de ver realizarse esta idea. Piense usted cuánto nos affigimos al pensamiento de que tantas personas, objeto de nuestro afecto, se desolan sin esperanza, mientras quienes las echan de menos hacen en vano toda clase de esfuerzos para advertirlas de su presencia. ¡Cuántas hay que se atormentan cruelmente pensando que sus amigos están en el infierno, cuando en realidad descansan en el seno mismo de Dios misericordioso! Vea usted, se lo ruego, lo que puede hacerse en esto; no hay nada más importante. Se oirá la trompeta del Arcángel cuando los que estaban acostados en su tumba se despierten y recobren su marcha entre los vivos.»

Stead no se encontró por entonces con ánimo para llevar á cabo tan interesante proyecto, pero ahora está resuelto á plantearlo, y desde Abril del año próximo, según indica en *La Revue*, la oficina de comunicaciones entre muertos y vivos quedará abierta y á disposición de todos los que quieran utilizarla. Será una especie de gabinete telefónico, en el que varios *mediums* actuarán de telefonistas, recibiendo despachos del otro mundo y transmitiéndolos de éste.

Las convicciones de William Stead, fundadas en teorías y principalmente en hechos, son inquebrantables. Supongamos, dice, que todos los niños hubieran nacido con los ojos cerrados y que toda la humanidad viviera y muriera sin abrir los párpados; nuestros sentidos quedarían reducidos á cuatro, y la civilización habría alcanzado el desarrollo á que con esos cuatro sentidos hubiera podido llegar. Supongamos ahora que, andando el tiempo, al cabo de cientos ó de miles de años, algunos de los habitantes de este planeta abrieran los ojos y se encontraran con el uso de la vista; el mundo entonces se les aparecería bajo un nuevo aspecto, y cuando trataran de explicar á

sus contemporáneos de ojos cerrados aquellas maravillas, no podrían hacerlo por no tener términos para expresarlas, ni menos para ser comprendidos. ¿Cómo entender lo que son los colores, la luz, el sol, la luna y las estrellas, á seres que oyen, tocan, gustan y huelen, pero que no ven? Se reirían de ellos, si no los perseguían; proclamarían el descubrimiento de un mundo nuevo radiante y glorioso, y si les preguntaban dónde estaba ese mundo, no podrían decir sino que era el universo que les rodeaba. Y es que no era otro mundo el que veían, sino el mismo de antes, bajo un nuevo aspecto.

Los que vivimos en este mundo de cinco sentidos, nos encontramos en la misma situación, respecto de los que han visto caer de sus ojos el velo bajo el cual se oculta el mundo de los seis sentidos, al que pasamos á nuestra muerte. Entre los que viven en medio de nosotros hay muchas personas en ese caso; la mayor parte se callan, por miedo al ridículo ó á la persecución; pero existen, viviendo á la vez en este mundo y en el que se extiende más allá de las fronteras de los cinco sentidos; cuando se revelan se les dan diferentes nombres «psíquicos, sensitivos, *medium* ó clarividentes». Si queremos explorar el otro mundo, necesitamos tomar por guías á esas personas, pues sólo mediante ellas podemos comunicar con él. La explicación de este hecho dentro de las hipótesis de Stead, es perfectamente clara, pues los seres de cinco sentidos los han perdido, ganando, en cambio, otro ú otros de que nosotros carecemos, y sólo los seres privilegiados que tienen ese otro sexto sentido (admitamos la suposición y démosle ese nombre para entendernos) conservando, además, los otros cinco, pueden comunicar con unos y con otros, á la manera que un intérprete puede poner en comunicación á dos personas que directamente no se entienden por no conocer una la lengua de la otra.

Pero ¿qué es el otro mundo? La Edad Media colocaba el cielo por encima de nosotros en el firmamento, y el infierno por bajo de nosotros en las profundidades de la tierra; hoy sabemos que no vamos arriba ni abajo, y que no es por medio

de un viaje al Norte, ni al Sur, el Este ni al Oeste como hemos de llegar á ese país desconocido; hay que creer á los que han ido á él y han contado lo que en él han descubierto; no se trata de otro mundo, sino de un aspecto distinto del mismo en que vivimos. «El hijo de uno de mis amigos—dice Stead,—interrogado por su desolada madre, la contestaba: ¿No comprende usted que ninguno de nosotros se ha marchado? Lo que usted llama *allá abajo*, es aquí. Al decir de mi amiga Julia, lo primero que la chocó después de su muerte, cuando la sacaron de su habitación, fué que todo era semejante á lo que había visto hasta entonces, sólo que las calles estaban llenas de espíritus.»

Los que han nacido á esta vida nueva, cuyas puertas nos abre la tumba, poseen no sólo la facultad de ver espíritus, sino la de viajar con la rapidez del pensamiento. Una de las más populares novelistas escocesas, que tiene esta propiedad, contaba á Stead, no hace mucho, que no tenía más que sentarse en una silla durante algunos minutos para verse en el sitio en que quisiera encontrarse; su cuerpo se queda sobre la silla, pero su espíritu se transporta á la región que quiere. Antes de escribir su última novela, cuya escena pasa en la América del Sur, se había transportado mentalmente á la plaza del mercado de Valparaíso; los americanos la felicitaron por la extraordinaria fidelidad con que había descrito sus ciudades, personas y costumbres, sin que nada pudiera convencerles de que ella no les hubiera visitado nunca.

Otra facultad que poseen los habitantes del Más Allá, es la de leer en el pasado como en un cinematógrafo, y á veces en el porvenir. El profesor Denton cuenta que su vaquero, á quien habían dado un pedazo de haba quemada procedente de las ruinas de Herculano, vió desarrollarse ante él toda la espantosa tragedia de la destrucción de las dos ciudades. Con sólo tocar un objeto con el que una persona haya estado en contacto, puede conocerse el carácter de aquella persona. Hablando Stead de esto con una señora que se reía de su afirma-

ción, la pidió un pedacito del chal de seda que llevaba al cuello para enviárselo á una pobre muchacha que vivía á cien millas; ella consintió, y la clarividente devolvió el trozo con un análisis detallado del carácter de la señora; ésta convino en que la mitad de la descripción era exacta, pero la otra mitad no, siendo lo particular que esa segunda mitad se aplicaba perfectamente al carácter de otra señora, que era la que había prestado el chal á la amiga de Stead. Durante la insurrección de los boxers chinos, el conde Cassini envió á Stead un trozo de seda de una condecoración que le había dado la emperatriz de China; Stead se lo llevó á la señora Mongreuil, rogándola le dijese de dónde venía aquel trozo de seda y qué había visto; ella pintó la escena del sitio, le hizo un retrato detallado de una persona por la que tenía mucho interés, y le aseguró que sus amigos se habían librado. Estos hechos, prescindiendo de otros muchos, bastan para poder afirmar que el mundo de los muertos es este mismo mundo, y que los que le habitan deben tener, por lo menos, facultades iguales á las de los clarividentes que gozan del sexto sentido. Ahora bien; planteado el problema de la comunicación entre vivos y muertos, y resuelta por Stead la creación de la oficina de transmisión, ¿en qué condiciones puede funcionar esta oficina? Quienquiera que haya perdido á un amigo, á un pariente amado, podrá recurrir á ella y sabrá en qué condiciones podrá intentarse la comunicación; una vez aceptadas éstas, se obtendrá el consentimiento de la dirección (Julia), que será negado á todos los que no traten de entenderse con seres amados y perdidos. En este punto, Julia es muy terminante, y escribe así por la mano de Stead: «El objeto de la oficina es ayudar á los que quieren volverse á encontrar después del cambio que se llama muerte; es una especie de oficina postal de cartas á la lista, de donde se saca, con nuevo examen, la correspondencia para hacer su redistribución; donde no hay mensajes de una y de otra parte de amistad ni de deseo de corresponder, no hay para qué dirigirse á la oficina; el empleado encargado del trabajo puede comparar-

se á un buen guardia municipal, que hace lo que puede por encontrar á un niño perdido y devolverlo á su llorosa madre; una vez que los ha reunido, su misión ha terminado. Se tendrá siempre la tentación de ir más lejos, haciendo de la oficina un centro de exploración del Más Alla; pero es prematuro ceder á esta tentación, [no porque yo haga ninguna objeción á estas exploraciones, consecuencia muy natural, necesaria y de las más importantes de nuestro trabajo; pero mi oficina no debe encargarse de ello; debe limitarse á su primer deber, que es echar el puente, reanudar los lazos rotos, restablecer la comunicación entre los que están privados de ella.» Aprobada por la dirección y aceptadas las condiciones de la oficina, el experimento puede comenzar. Acompañada por un estenógrafo que haya jurado el secreto, la persona que pida comunicación se pone en relación sucesivamente con tres sensitivos de integridad probada y con facultades diferentes: un clarividente natural, un *medium* y un escriba automático; las sesiones se verificarán separadamente, sin que haya comunicación entre los *mediums*, y el estenógrafo escribirá cada palabra dicha por una y otra parte. Si en los diez por ciento de los casos el que ha pedido la comunicación queda convencido de haberla obtenido y de que viene auténticamente del otro mundo, el ensayo vale la pena de intentarse.

Por las pruebas preliminares, Stead deduce que la proporción obtenida será mucho mayor que la de diez por ciento.

He ahí todo lo que Stead intenta, esperando poder abrir la oficina de Julia en Mowbray House, Morfolk-Street, en Londres, para el próximo Abril.

ENCICLOPEDIA

COLECCIÓN DE AUTÓGRAFOS.—Carlos Scitivaus, muy bien relacionado en el mundo político, artístico y literario de su época, tuvo la idea á fines de su vida, de pedir á sus amigos que escri-

biesen un pensamiento al pie de sus retratos. La colección de autógrafos resultante constituye el reflejo de la época (segundo imperio), y de ella ha sacado Fernando Laudet lo que le ha parecido más interesante, publicándolo en *La Revue Hebdomadaire*. He aquí algunos de estos pensamientos:

Rosa Bonheur escribe: En materia de arte se puede pensar mucho, pero la cuestión es saberlo escribir.»

Flandrin dice que «Si una obra carece de esa vida que parte del corazón ó de la inteligencia, nunca será obra de arte.»

«Aquel á quien una idea sutil, por extravagante, por imprevista que se la suponga, cayendo como una piedra de la luna, coge de improviso y sin material para darla forma, no es escritor.» (*Teófilo Gautier.*)

«Es pueril remontar el curso de las edades y hacer revivir en un arte las tradiciones de otra época para darse aires de originalidad. La posteridad no admira sino las obras que han sido de su tiempo.» (*Delacroix.*)

«Se puede decir de Rafael lo que Policiano decía de Homero: Sus alabanzas sólo están bosquejadas. En cuanto á mí, su humilde discípulo, no encuentro palabras para expresar la admiración que me inspiran sus obras sublimes.» (*Ingres.*)

«Las mejores obras de la fotografía tienen un defecto terrible que las excluye del dominio del arte: no han sido pensadas. La literatura tiene también sus fotógrafos, que se llaman realistas: son los escritores que se limitan al papel de objetivos que interpretan.» (*Octavio Feuillet.*)

Gozlan se inspira en su retrato para discurrir así: «El tabaco—esto á propósito del cigarro que tengo en la mano derecha—nos ha sido revelado por los salvajes, á quienes hemos hecho conocer el aguardiente; cambio de cortesía entre la somnolencia dulce y la locura furiosa, entre el sueño y la muerte. Los más generosos hemos sido nosotros: nosotros hemos regalado la muerte y la locura.»

«El sueño sería demasiado semejante á la muerte si no se durmiera uno en un lecho lleno de sueños.» (*Luis Blanc.*)

«Así pasa esta triste vida; corra ó se arrastre, precipítese en oleadas estrepitosas ó duerma en un lecho de arena, cambie á cada paso de aspectos y horizontes ó refleje invariablemente el mismo rincón del cielo y las mismas sombras, la vida pasa y nada la detiene; es lo mejor que puede decirse de ella.» (*Julio Sandeau.*)

«Cuanto más envejezco, más me asombro y más me indigno, pero más espero en Dios.» (*El marqués de La Rochejacquelain.*)

«Los pequeños arroyos forman los grandes ríos. Todos tenemos nuestros arroyitos, que nos arrastran hacia el mal ó hacia el bien; hay que tratar de evitar los primeros y seguir aquellos cuya pendiente es suave y los bordes floridos: esos son los buenos.» (*Paul de Kock.*)

Sainte-Beuve aconseja: «Escribir cosas agradables y leerlas grandes.»

«El enemigo más peligroso es el que se dice vencido.» (*Emilio Augier.*)

«Garibaldi es el orador más elocuente que conozco, con tal de que hable en la esquina de un guardacantón.» (*Alejandro Dumas, padre.*)

«No hay cabo suelto en escena que el autor dramático pueda escribir con sangre fría. Es un trabajo de exaltación constante. Llega un momento de locura en que olvidáis el papel, la pluma y la tinta, para no ver en torno vuestro sino personajes vivos y accionantes. Ya no escribís vuestra pieza, la vivís. Así he amado yo á todas mis heroínas hasta un punto que no sabría decir, y acaso un poco más que... pero eso no se puede confesar.» (*Victoriano Sardou.*)

«Empieza por admirar lo que Dios te muestra, y no tendrás tiempo de buscar lo que te oculta.» (*Alejandro Dumas, hijo.*)

«Mezclad vuestros dos rayos, fraternidad de los hombres, paternidad de Dios.» (*Victor Hugo.*)

«Una herida y un bálsamo: he ahí, en dos palabras, la vida.»

literaria. La herida es un tonto que os censura, un malo que se burla; el bálsamo es una señal de simpatía dada por un hombre de talento y de corazón.» (*Pontmartin.*)

«Lo más difícil que yo conozco en las artes del dibujo y de la pintura es poner un autógrafo de la propia fotografía.» (*Gustavo Doré.*)

La Guéronnière contempla su retrato, y escribe: «No soy yo.»

Monseñor Dupanloup, fiel á su carácter sacerdotal, se limita á decir: «Rogad por mí.»

«No faltan gentes en los tiempos que corren que se creen iluminados con nueva luz, porque niegan las luces del pasado.» (*Vielcastel.*)

«Los que combaten el principio de nacionalidad, en nombre de la unidad y de la fraternidad humanas, no entienden bien ni lo que combaten ni lo que afirman. Las nacionalidades deben subsistir como las notas diversas en una sinfonía. La ley de la humanidad, como de toda la creación, es la variedad en la unidad.» (*Enrique Martín.*)

«Dos cosas grandes y difíciles son necesarias para el hombre, y pueden hacer su gloria: soportar la desgracia y resignarse á ella con firmeza; creer en el bien y confiar en él con perseverancia.» (*Guizot.*)

«La forma del derecho necesita modelarse sobre el estado de la sociedad, y la marcha del uno debe seguir constantemente los progresos de la otra.» (*Mignet.*)

«¡Verdad! Toda apariencia es una mentira. *Solem quis dicere falsum.*» (*Michelet.*)

«Una nación libre es un sér que reflexiona antes de obrar.» (*Thiers.*)

«El porvenir de la sociedad moderna depende de dos problemas: corregir la democracia por la libertad; conciliar el catolicismo con la democracia.» (*Montalembert.*)

«El progreso político no es más que una serie de compromisos.» (*Lord Brougham.*)

«Todo por la civilización, nada por la revolución; todo por la fuerza inmaterial, nada por la material; todo por la persuasión, nada por la compresión.» (*Emilio de Girardin.*)

Lo que cada hombre quiere en el fondo de su corazón no es tanto la libertad como el dominio.» (*Cormenin.*)

«Guardémonos de la manía que tenemos de no prosternarnos sino ante los que nos aplastan.» (*Saint-Marc Girardin.*)

«Hay en este mundo más arrepentimientos que confesiones.» (*Falloux.*)

«El corazón de las mujeres es como un grano de incienso: sólo cuando arde exhala sus perfumes.» (*Granier de Cassagnac.*)

«Lo más prudente que hay en el peligro es ser valeroso.» (*General Changarnier.*)

«Platón es un alumno de Sócrates; está completamente penetrado de su espíritu y de su método; se ha como consagrado á su memoria; se ha hecho su historiador, su intérprete y con piedad conmovedora se borra él mismo; refiere todos sus trabajos, todas sus investigaciones á su maestro querido y venerado; parece que no es sino su secretario.» (*Victor Cousin.*)

«Hay seres á quienes escapa su propia vida, que están ausentes de sus acciones como de sus discursos y que no asisten al espectáculo que dan.» (*Nisard*)

«Quien de nada se asombra
Y busca y halla á punto su modesta comida,
Y de envidia sin sombra
No necesita á nadie,
Es el sér más dichoso de la terrestre vida.»
(*Viennet.*)

«Por su lado mejor tratad de ver las cosas,
No os quejéis de encontrar espinas en rosales;
Me alegro y os doy gracias, ¡oh dioses inmortales!
De que las espinas tengan rosas.»
(*Alfonso Karr.*)

«Dios creó en nuestras miserias los besos de los hijos para las lágrimas de las madres.» (*Legouvé.*)

Lesseps, en vísperas de la apertura del canal de Suez, escribe, sintiéndose políglota: *¡Aperire terram gentibus,—Vorwaerts!!*

«¡Trabajo y fe! La vida no vale sino por el uso que de ella se hace en vista de la eternidad.» (*Monseñor Darboy.*)

«Más vale ser que parecer.» (*Abate Deguerry.*)

HIGIENE

LOS NUEVOS MANDAMIENTOS DEL DR. HERICOURT.—El doctor Hericourt pretende reemplazar la antigua moral religiosa, hoy desterrada de la enseñanza, por la moral científica no impuesta por la autoridad, sino inspirada por la experiencia. Esta moral no es otra cosa que la Higiene misma, pues la salud física es condición de la salud moral, y asegurada la salud del cuerpo, puede considerarse, en general, asegurada la del alma.

El Dr. Hericourt formula en *La Revue* los nuevos preceptos de la moral higiénica, contenidos en treinta y tres mandamientos que constituyen el novísimo Catecismo. Dejando aparte los que conciernen á la higiene sexual y á los deberes de la maternidad, he aquí los que publica *La Revue*, dignos de figurar, según el autor, entre los elementos de la *Ciencia de la dicha*:

1.º *Cuidate de tu salud.*—Este consejo parece egoísta, pero no lo es, pues la salud del individuo no sólo es cosa suya, sino de la sociedad á que pertenece, cuya prosperidad y cuya fuerza están formadas por la salud de todos.

2.º *Sabe que en un cuerpo sano el espíritu es vigoroso.*—Los órganos de todo organismo son solidarios: el cerebro, órgano del pensamiento y de la voluntad, sufre de rechazo el golpe de todas las enfermedades de los demás órganos, y de

ahí la necesidad de someter el organismo al desarrollo armónico de todas sus partes. Claro es que, al reproducir el doctor Hericourt, bajo nueva forma, el aforismo del *mens sana in corpore sano* de los antiguos, lo hace en tesis general que no excluye las excepciones, pues los casos de los Pascal y de los Leopardi, que encerraban en cuerpos enfermizos espíritus vigorosos, no dejan de ser frecuentes. La clasificación del trabajo intelectual y de los ejercicios físicos en el período del desarrollo de la vida lo fija Hericourt de este modo:

EDADES	TIEMPO DEDICADO	
	á los ejercicios físicos.	al trabajo intelectual.
De 5 á 10 años	1	1
De 10 á 15.	3	2
De 15 á 20.	2	3

También recomienda que en el último período se aprenda un oficio, pues todos los psicólogos han observado que la habilidad de la mano ejerce bienhechora influencia sobre la precisión de las ideas y sobre la energía de la voluntad.

3.º *Mantén tu cuerpo en estado de constante limpieza.*—La piel respira como el pulmón, y al transpirar elimina también por el sudor materias tóxicas como los riñones lo hacen con la orina. Las buenas funciones de la piel se sostienen con la fricción y la loción, la ducha y el baño; ya que no todos pueden, por sus condiciones de salud ó de fortuna, darse duchas ó bañarse una vez por semana, importa que, por lo menos, todos practiquen á diario la fricción y la loción para que la piel funcione bien.

4.º *En las comidas quédate siempre con apetito.*—El peligro de la alimentación excesiva nos amenaza mucho más frecuentemente que el de la alimentación escasa. Los alimentos absorbidos con exceso se utilizan incompletamente por el organismo, y éste, como una estufa que tira mal, se engrasa con todos los desperdicios de esta combustión incompleta: el ácido

úrico, que es el principal de estos desperdicios, envenena la sangre é irrita los tejidos en que se deposita, y queda uno expuesto á todos los accidentes del artritismo y de la uricemia, que á la larga producen la litiasis, la gota, la diabetes y el mal de Bright.

5.º *Sea el agua tu bebida habitual.*—Verdad es que el agua contiene frecuentemente microbios peligrosos; pero estos microbios no se destruyen con echar al agua vino. Si el agua es sospechosa, debe usarse hervida hasta la de lavarse, pues no hay filtro casero que merezca absoluta confianza. El agua hervida no es de difícil digestión, y para hacerla rápidamente potable, enfriarla y airearla, basta hacerla filtrar en la bodega sobre una fuente cualquiera de barro filtrante. Los líquidos tomados en ayunas no paran en el estómago; pasan en seguida al intestino, donde son absorbidos, por lo cual es mejor beber al principio que al final de las comidas, pues al fin diluyen el jugo gástrico y detienen y comprometen el trabajo de la digestión estomacal.

6.º *Abstente completamente de alcohol.*—El alcohol no es alimento, es un veneno temible de la célula nerviosa, y su paso por el hígado y los riñones altera grave é irremediablemente estos órganos. Organismo que se hace andar con alcohol es como una turbina que, á falta de agua, se hace andar con ácido sulfúrico. Las demás bebidas excitantes, como el café y el té, no tienen esos inconvenientes; pero si se abusa de ellas, no tardan en turbar las funciones digestivas; la opinión corriente que atribuye al café la propiedad de activar la digestión, es una leyenda: es verdad que activa la fase mecánica, pero detiene las acciones físicas; eso sin contar con que la mayor parte de los consumidores de esos excitantes más bien necesitan atemperantes, sobre todo en el ambiente febril de las grandes ciudades.

7.º *Si trabajas con tus músculos, sé sobre todo vegetariano y toma mucho azúcar; si trabajas con tu cerebro, sé más bien carnívoro.*—Los músculos son máquinas que producen movimien-

to y fuerza, y que se caldean con carbón; el régimen vegetal suministra principalmente alimentos carbonados, y el azúcar especialmente es el carbón del músculo. El trabajo cerebral, por el contrario, gasta elementos azoados que no pueden sustituirse bien sino con las materias albuminoideas de la carne; la carne cruda repara las pérdidas azoadas del organismo con más economía y más seguridad que la carne cocida.

8.º *Para resguardarte del frío, no olvides que una hoja de papel equivale á un gabán ó á una manta.*—El vestido inmobiliza en torno del cuerpo una capa de aire caliente, y esta envoltura protectora es la que se trata de mantener ó multiplicar, porque el aire, como todos los gases, es muy mal conductor del calor; así es que es mucho menos importante de lo que se cree el tener vestidos espesos: lo importante es tener varios superpuestos. Colocado bajo el chaleco ó bajo una colcha un periódico, vale tanto como un gabán ó una manta.

9.º *Protégete contra el enfriamiento más bien que contra el frío.*—El vestido, sin duda tiene por función esencial proteger contra el frío; pero las enfermedades causadas por el frío, son muy raras, mientras que las producidas por el enfriamiento son tan raras como numerosas. El vestido debe, sobre todo, evitar á la piel la transición rápida del calor al frío, es decir, el enfriamiento, y la prenda que mejor cumple esta misión es el chaleco de franela; la franela, absorbiendo la secreción sudoral á medida que se produce, se opone eficazmente al enfriamiento de la piel y á sus tristes consecuencias, y eso lo mismo en invierno que en verano, y mejor todavía en verano que en invierno. Conviene saber que para conservar su eficacia, es decir, su facultad de absorción, hay que quitarse, al acostarse, el chaleco que se ha llevado durante el día, reemplazándolo por otro más ligero; este descanso es indispensable para la regeneración de las cualidades del tejido, que se seca durante este tiempo, deja que se oxiden los desperdicios orgánicos de que se ha impregnado su trama, y recupera su facultad de absorción y sus cualidades protectoras.

10.º *Trabaja con entusiasmo, porque el trabajo es la condición de la salud.*—El organismo animal no es en realidad más que una máquina protectora de energía en forma de movimiento ó de pensamiento; una máquina que no produce el trabajo para que está hecha, no puede estar bien entretenida; la herramienta que no se maneja se enmohece, y el moho la destruye más rápidamente que el uso.

11.º *Si trabajas con tu cerebro, descansa trabajando con tus manos; y si trabajas con tus manos, descansa trabajando con tu cerebro.*—El equilibrio de la salud depende de la actividad bien equilibrada de las diversas partes del organismo. El intelectual debe dedicar una ó dos horas diarias á la marcha, y el manual debe consagrar igual tiempo á la lectura.

12.º *Dedica el descanso semanal á la vida al aire libre.*—El descanso semanal, ley de salud, permite asegurar la vuelta periódica al estado de naturaleza, pero á condición de que su tiempo no se pase ni en salas de espectáculo, ni en tabernas ó cafés; hay que emplearlo en airear los pulmones y en flexibilizar las articulaciones.

13.º *Duerme ocho horas.*—Antiguamente se concedían al hombre seis ó siete horas de sueño; pero hoy la intensidad del trabajo, manual ó intelectual, hace insuficiente ese descanso.

14.º *No fumes, no mastiques tabaco.*—La familia de las solanáceas, á la que pertenece el tabaco, elabora productos que embotan la sensibilidad moral, produciendo por eso la ilusión de favorecer y excitar el trabajo intelectual, cuando lo que hace en realidad, es obnubilar y extinguir el sentimiento de las dificultades que hay que vencer, lanzando un velo sobre la realidad. No es dudoso que el tabaco, que emboya las sensaciones físicas, embote igualmente los sentimientos morales. El tabaco, además, es un veneno de los músculos, y el corazón sobre todo sufre mucho con su uso.

15.º *Pesa frecuentemente á tus hijos.*—La salud del niño está caracterizada por su crecimiento; si va bien, debe, regular y

constantemente, aumentar de peso; la balanza es el barómetro de su salud. He aquí el promedio del aumento diario de peso de un niño de pecho bien alimentado y con buena salud:

	25 gramos durante el	1. ^{er} mes.
23	—	2. ^o
22	—	3. ^o
20	—	4. ^o
18	—	5. ^o
17	—	6. ^o
15	—	7. ^o
13	—	8. ^o
12	—	9. ^o
10	—	10. ^o
8	—	11. ^o
7	—	12. ^o

No sólo hay que pesar á los niños de pecho, sino que cada tres meses, por lo menos, deben pesarse todos los niños y adolescentes, pues hay una enfermedad, la tuberculosis, que en las grandes ciudades les amenaza á todos, y la primera perturbación por la que se manifiesta es la detención del aumento del peso ó el enflaquecimiento.

16.^o *Haz de modo que los niños enfermos no comuniquen su enfermedad á otros.*—Casi todas las enfermedades de los niños, el sarampión, la escarlatina, la viruela, los orejones, la difteria, son contagiosas, y casi todas empiezan por trastornos y se atribuyen, al principio, á un simple catarro; en esta fase casi indiferente de la enfermedad, cuando todavía no está bien caracterizada, es cuando es más contagiosa. De ahí el deber de aislar á los niños desde el primer momento, en la casa, y de impedirles ir á la escuela ó á cualquier otra reunión de niños, no dejándoles tampoco ir en coches públicos, ómnibus, trenes ó tranvías.

17.^o *No toleres que los niños se besen entre sí.*—El beso es peligroso entre niños, porque establece contactos que acarrean

enfermedades contagiosas; es una costumbre homicida que se impone á los niños por cortesía, siendo innumerables los que han muerto de ella.

18.º *Tu casa es sana si el sol puede entrar en ella y el aire puede salir.*—El aire fresco y puro, no respirado ya, no mezclado con los gases de la estufa ó de la lámpara, el aire no usado, es indispensable á la función pulmonar: á la respiración. En esos espacios, más ó menos reducidos, que se llaman habitaciones, el aire se vicia pronto por la respiración, la calefacción y el alumbrado; es preciso asegurar la circulación del aire, es decir, su incesante renovación. En verano, basta para ello abrir las puertas y las ventanas; pero en invierno el miedo al frío hace que muchos individuos sufran una verdadera asfixia, lenta, sin duda, pero grave, que abre la puerta á muchas enfermedades y, sobre todo, á la tuberculosis. El aire debe ser respirado fresco ó frío; por eso el calorífero que caldea el aire es un medio detestable de calefacción, mientras que la chimenea que caldea por irradiación, provocando un llamamiento de aire exterior muy activo, es un medio completamente conforme con las exigencias de la higiene. Por desgracia, no es conforme con las del bolsillo, porque deja perder gran cantidad de calor; pero más vale llevar dinero al carbonero que al médico y al boticario. La visita del sol no es menos indispensable á la salud que la circulación del aire puro: donde penetra el sol no entra la enfermedad.

19.º *Combate el polvo con agua y no con plumeros.*—El ama de casa que, para desembarazarse del polvo, emplea escobas ó plumeros, no hace más que ponerlo en circulación, ofreciéndolo á la absorción de los habitantes de la casa ó de los transeúntes de la calle; para eso es preferible dejarlo descansar sobre los muebles ó en el suelo. El polvo no debe nunca ser echado, sino recogido, para lo cual deben emplearse trapos húmedos ó cepillos y escobas húmedas.

20.º *Desembarázate de tus cortinas, alfombras, tapices y colgaduras.*—Todos estos objetos son condensadores de polvo:

hay que acabar con todos ellos. La habitación soñada por el higienista es la pieza de paredes lisas, charoladas, lavables, de tonos claros, con suelo seco, entarimado, enladrillado ó cubierto de linoleum, con todos los ángulos redondeados, sin más muebles que los indispensables de madera y cuero, sin terciopelos, pelusas ni tapicerías de ninguna clase, nidos de polvo de limpieza imposible.

21.º *No toleres en tu casa ningún insecto.*—Los insectos son agentes incesantes de transmisión é inoculación de las enfermedades contagiosas. La mosca se posa en toda clase de deyecciones, y transporta con sus patas las partículas de las mismas á los alimentos, vestidos y tegumentos de quienes visita. Los mosquitos son verdaderos operadores que infectan la sangre, por sus picaduras, transmitiendo los microbios de las fiebres palúdicas á las personas picadas. El chinche y la pulga, con sus mordeduras, obran como los mosquitos con sus picaduras; á los chinches son debidas frecuentes transmisiones del tifus, sospechándose también que este parásito transmite el cáncer y la lepra. La pulga, á su vez, inocular la peste, transmitiéndola de la rata al hombre, y se desconfía que sea también la que transmite la fiebre tifoidea y la tuberculosis. Para desembarazarse de estos insectos, todos los medios son buenos.

22.º *Ten en la cuadra los animales domésticos.*—El sitio de los animales domésticos, perros, gatos y pájaros, no está en la casa. El perro es frecuentemente tuberculoso y el gato canceroso; los papagayos y cotorras están expuestos á pneumonías infecciosas. El perro y el gato, además, son agentes de transmisión de la viruela, la escarlatina, el sarampión, la difteria, la erisipela y otras enfermedades contagiosas.

23.º *Ten cuidado de la limpieza de la calle como de la de tu propia casa.*—Pasamos parte de nuestra existencia en la calle, y debemos procurar que no sea receptáculo de todas las infecciones. Si todos los polvos de las habitaciones fuesen recogidos por vía húmeda y destruídos por el fuego ó el agua hirviendo, en lugar de echarlos al arroyo con el sacudido de al-

fombras y colchones; si los enfermos no escupieran en la calle, y si los barrenderos no trabajaran sino después de regar, como les está mandado, la calle dejaría de ser lo que es ahora: un medio infeccioso, mucho más peligroso que una sala de hospital bien cuidada.

24.º *Si escupes en tierra, escupes en la boca de tu vecino.*—El tuberculoso que escupe en tierra, transmite su enfermedad, con tanta seguridad como si echara sus bacilos en la boca del prójimo, porque su esputo, poco después, quedará seco, y la primera ventisca ó el primer escobazo llevará sus partículas virulentas á la cara del primer transeunte. El enfermo en general, y el tuberculoso en particular, no deben escupir nunca en tierra en ningún sitio. Tampoco deben escupir en su pañuelo, pues también allí las expectoraciones se secan y se hacen pulverulentas. Quien tenga que escupir, debe llevar siempre una escupidera de bolsillo; es un deber social, y no cumplirlo es cometer un crimen.

25.º *Si estás enfermo, toma ó haz tomar precauciones para no difundir el contagio en torno tuyo.*—Son innumerables los ejemplos en que un padre de familia, arrastrando una tuberculosis crónica que no le ha impedido nunca trabajar, ha matado (es la palabra propia) á todos los que viven á su lado, á su mujer y á sus hijos, sólo por no haber tomado la menor precaución contra sus expectoraciones. La historia de las familias en que todos los hijos, sucesivamente, mueren de meningitis sin causa aparente, no tienen otra explicación. En todos los casos de enfermedad, el enfermo ó su familia deben preguntar al médico las precauciones que tienen que tomar para evitar el contagio, conformándose rigurosamente con sus prescripciones.

CRÍTICA

LA CONFESIÓN.—Hace unos meses que en el *Journal* de París se publicó una *nouvelle*, en la que figuraba una elegante penitente, que acudía llena de unción á la iglesia para obtener

el perdón de sus pecados. Era un alma atenaceada por la duda, sin más pecados serios que los nacidos del estado de su espíritu. El sacerdote aguardaba tranquilo la audición de la joven señora, y ella no se decidía á comenzar, hasta que él tuvo que preguntarla:

—¿Viene usted á confesarse, señora?

—Sí, padre—contestó ella con voz temblorosa.

—Pues bien, comience usted y rece la confesión.

La buena señora seguía callada.

—Vaya—dijo el cura entre sí,—á esta señora se le han olvidado las oraciones que aprendiera en su niñez, ó acaso no las ha sabido nunca. Habrá que guiarla. ¡Señora!—añadió en voz alta:—«Yo, pecador, me confieso»...

La señora continuaba callada.

—Vamos, señora, diga usted conmigo—repitió el sacerdote:—«Yo, pecador, me confieso»...

—No se moleste usted, padre; sé la confesión; pero es que se me resiste decirla, porque no creo ya como antes creía.

A mí también me sucede lo mismo: voy á confesarme, y se me resiste decir la confesión, no porque haya dejado de creer, sino porque encuentro tan disparatada la oración llamada *Confesión general*, que se me traba la lengua, se revuelven las palabras en mi boca, y no acierto á decirla, ó si la digo, es protestando al mismo tiempo contra ella.

¿Por qué nos ha de poner en este duro trance la liturgia? ¿Por qué nos han de obligar al empleo de fórmulas sin sentido ó de redacción inaguantable, cuando tan fácil sería poner en armonía la letra con el espíritu, el hecho con la intención, las palabras con el pensamiento? ¿Qué tiene que ver la religión en sí con las fórmulas adoptadas por la Iglesia para poner en comunicación el alma de los fieles con Dios? Si la misión de la Iglesia es eminentemente docente; si todos y cada uno de los sacerdotes llamados á ejercitar el derecho y á cumplir el deber que Jesucristo les señaló con las divinas palabras del *ite, docete omnes gentes*, se preocuparan en enseñar la verdadera doc-

trina evangélica con todas sus consecuencias y desarrollos, prescindiendo de fórmulas cerradas en lo que no afecta al dogma, para que el vulgo y las personas ilustradas que forman en las filas de la Iglesia discente pudieran comprender el sentido de lo que dicen y adherirse al mismo con plena conciencia de sus actos, ¿no sería eso muchísimo mejor? ¿No iríamos ganando todos con ese procedimiento? Si podemos decir las cosas bien, ¿por qué decir las mal? Si podemos evitar el decir disparates, ¿por qué disparatar? ¿Qué razón hay para mantener intacta una cosa mal dicha, sólo porque se viene diciendo mal desde hace siglos?

Yo voy á confesarme, y el cura me dice que empiece rezando la *Confesión general*. Y yo, que no soy un papagayo, ni una cotorra, ni un cilindro de fonógrafo, ni un disco de gramófono, sino que soy un sér racional, dotado por Dios de inteligencia suficiente para darme cuenta de lo que digo, quiero cumplir la orden del sacerdote, y empiezo diciendo: «Yo, pecador, me confieso á Dios Todopoderoso»..., y aquí me atasco. ¿Por qué me han de obligar á faltar á las reglas del bien decir? No; yo no *me confieso á Dios*; *me confieso con Dios*, ó confieso *á Dios* mis pecados. Esto, después de todo, es cosa pasadera, y en todo caso, con hacer la rectificación correspondiente, ó aun sin hacerla, puedo saltar por ello.

«Yo, pecador, confieso á Dios Todopoderoso, á la bienaventurada siempre Virgen María»... ¡Otro atasque! ¿Por qué he de confesar yo nada á la Virgen? ¿Qué objeto tiene enterar á la Virgen de mis pecados, de mis torpezas, de mis crímenes? A Dios, que todo lo ve y todo lo sabe, confieso todos mis malos pensamientos, palabras y obras; pero á la Virgen inmaculada, me da vergüenza referirla tantas miserias; me parece que la ofendo con el relato de mis pecados, obligándola á escuchar lo que sus castísimos oídos no deben oír nunca. Acudiré, sí, á la Virgen para que interceda por mí y logre de Dios el perdón de mis pecados; pero ninguna falta hace que sepa cuáles son esos mismos pecados.

Tampoco tengo por qué acudir para contar mis pecados al bienaventurado San Miguel Arcángel, ni al bienaventurado San Juan Bautista, ni á los santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, porque como luego acudo á todos los santos, no sé qué objeto tenga esa redundancia, ó, si se quiere, esa especial designación de ciertos santos, ángeles, arcángeles ó bienaventurados. ¿No sería mejor, de citar especialmente alguno, citar al Angel de la Guarda? Porque si creemos que cada uno de nosotros se halla al cuidado de un ángel que presencia todos nuestros actos, se explica que al confesar á Dios nuestros pecados, invoquemos el testimonio de ese ángel, para que dé fe de la veracidad de nuestros asertos y de la sinceridad de nuestro arrepentimiento. Los demás santos no tienen para qué meterse en averiguaciones; y si, como la Virgen, pueden servirnos de intercesores, no necesitan oír el detalle de nuestra confesión. En todo caso, es innegable que si confieso mis pecados «á todos los santos», los confieso á San Miguel, á San Juan y á los Apóstoles, y no hay razón para hacer mención especial de ninguno cuando se les invoca á todos.

Pero sigamos adelante. Después de haberme confesado á Dios Todopoderoso, á la Virgen, á varios santos en particular y á todos en general, me confieso «á Vos, Padre». ¿Qué Padre es ése? ¿Qué Vos es ése? Por el modo de decirlo y de escribirlo, parece que se trata del Dios Padre; pero entonces, ¿quién es el Dios Todopoderoso que figura al principio? Si el Dios Todopoderoso es el Dios trino y uno, está de más el Vos, Padre; ó de citar á Vos, Padre, no se explica que no se cite al Vos, Hijo y al Vos, Espíritu Santo; y si el «Vos, Padre» no es Dios, sino que es el cura, bueno sería ponerlo con letra minúscula para evitar confusiones.

Y basta ya, pues con lo dicho sobra para que quede suficientemente justificado el por qué de nuestra resistencia á rezar la confesión, y del apuro en que nos pone la liturgia cuando nos queremos confesar.

*
* *

GALICISMOS Y GAZAPOS.—En un artículo, firmado por Kitel en *La Correspondencia de España*, se critica otro artículo de Ramiro de Maeztu, dedicado á Rockefeller, el hombre más rico del mundo. Sin entrar en el fondo de la tesis sostenida por Kitel, pues no es eso, en este sitio, de nuestra incumbencia, no hemos de pasar por alto ciertas afirmaciones, giros y palabrejas que Kitel ha dejado deslizar en su, por otros conceptos, apreciable trabajo.

Dice Maeztu que «Rockefeller ha consagrado sus horas de negocios á planear, organizar, intrigar, pedir dinero, prestarlo y emprender operaciones industriales. Jamás ha llegado á dominar el tecnicismo científico de ninguno de sus negocios. Ha sabido hacer que los demas trabajen para él.»

Criticando esta afirmación, dice Kitel que «Un grupo de tontos disciplinados, dirigidos por un buen organizador, puede llegar á ser un cuerpo de gran utilidad social.» Esto sí que no puede sostenerse en serio: un grupo de tontos no puede dar de sí más que tonterías, y á menos de que sirvan para ayudarnos á hacer la digestión haciéndonos reir, no sabemos qué otra gran utilidad social pueda obtenerse con ellos; y no cabe decir que se trata de tontos disciplinados, pues la disciplina está reñida con la tontería.

«Quien compra á ocho y vende á diez, sigue diciendo Kitel, vende generalmente con menos beneficio que el que compra.» ¿Ustedes lo entienden? Pues yo, por más vueltas que le doy, no lo entiendo, y creo saber algo de economía casera, que es bastante para echar cuentas tan sencillas. A Kitel, sin embargo, le parece clarísimo, pues añade que «es una verdad muy *vanal*, desgraciadamente», y que «hay necesidad de repetirlo demasiado». Y aquí sí que me hago un lío; porque si es una verdad tan *vanal*, ¿por qué hay necesidad de repetirla? y ¿por qué ha de repetirse demasiado? y ¿por qué es «desgraciadamente» muy *vanal*? Repito que no lo entiendo; pero lo que sí entiendo, y de lo que estoy bien seguro, es que la palabreja *vanal* no tiene valor ninguno: los franceses tienen el adjetivo *banal*, que quie-

re decir, en castellano, trivial, vulgar, muy corriente; pero en nuestra lengua no hay *banal* ni menos *vanal*; sólo los malos traductores pretenden hacernos tragar un *banal*, que afortunadamente no pasa por nuestro gargante. Pero, aparte de este desdichado voquible, veamos si podemos descifrar este enigma económico que se nos presenta como una verdad trivial, pues Kitel lo ilustra con un ejemplo, que no es cosa de dejar en el tintero, y que dice así: «Ejemplo: yo compro un pan por diez céntimos, pensando en que si hago el cambio de mi moneda por el pan, es porque vale para mí en aquel momento el pan más que mi moneda.» ¿Lo han entendido ustedes? Pues yo me quedo peor que antes estaba, porque la tesis que se trata de demostrar es la de que «quien compra á ocho y vende á diez, vende, generalmente, con menos beneficios que el que compra». Para demostrar esto, el ejemplo debería decir: yo compro un pan por ocho céntimos y se lo vendo al vecino por diez, y no el ejemplo que Kitel pone. Pero aun admitido el ejemplo de Kitel, tampoco resulta probado nada: si yo compro un pan por diez céntimos, es porque lo necesito para satisfacer mi hambre, que es lo que me obliga á comprarlo; y si el panadero me vende un pan por diez céntimos, es porque le tiene cuenta, para comprar con esos diez céntimos otra cosa que le hace falta; yo satisfago una necesidad y él satisface otra, y eso y nada más es lo que resulta del ejemplo, quedando sin demostración la famosa *verdad vanal*.

El Sr. Kitel es aficionado á los galicismos más ó menos corrompidos, y no contento con el de *vanal*, pretende colar el de *la concurrencia*, hablándonos de que «la concurrencia hecha á sus rivales por Rockefeller es una verdadera filantropía»; de que «cada acto de concurrencia es un acto de bien general», y de que «el resultado de esta concurrencia es que Rockefeller gana 300 millones por año». ¡Buen provecho le hagan! Pero crea Kitel que eso que llama *concurrencia* se llama *competencia* en castellano, y crea también, aunque eso ya se encargará de demostrárselo Maeztu, que no puede afirmarse tan en abso-

luto que cada acto de competencia sea un acto de bien general; lo es en ocasiones, pero no siempre, y menos en el caso de Rockefeller y de los demás creadores de *trusts*. Cuando existe un monopolio y se abusa de él, la aparición de una rivalidad, que al crear la competencia obtiene la mejora del producto monopolizado ó la rebaja de su precio, produce, efectivamente, un bien general; pero cuando se procede de mala fe, vendiendo el producto á precios ruinosos para matar á los competidores, creando un monopolio que permita elevar los precios é imponerlos al público, que es la maniobra de Rockefeller y de los *trusts*, eso, lejos de ser plausible como acto de bien general, es reprobable como acto de daño positivo á la colectividad.

Siguiendo adelante, tropezamos en el artículo de Kitel con otro gazapo lingüístico-filosófico que corre parejas con los anteriores:

«¿Qué es una religión, dice, sino el esfuerzo hecho por individuos de una cierta conformación mental para hacer predominar la manera de pensar que les es más propia, é imponerla á mentalidades de otra conformación?» La parte lingüística del gazapo está en aquello de «una cierta conformación mental», flagrante galicismo de los que, por la frecuencia con que se cometen, pueden comprenderse en la categoría de pecados veniales contra el idioma patrio. La parte filosófica constituye un pecado mortal, porque ¿qué definición es esa de la religión? ¿A que no la han entendido ustedes? ¿A que no la entiende el mismo Kitel?

La religión (ó cada religión, ó una religión) es el esfuerzo hecho, etc... ¡Cosa más rara! El género próximo de religión es un esfuerzo... ¡Quién hubiera imaginado semejante cosa! ¿Y la última diferencia? La última diferencia es «para hacer predominar é imponer una manera de pensar». Ni eso es religión, ni siquiera sociedad religiosa, ni nada que se lo parezca.

Como si todos estos dislates fueran pocos todavía, se le ocurre decir al Sr. Kitel que «cuando en ciertos casos necesarios para el bien general se emplean medios crueles, es un mal,

pero un mal que debemos admitir como un mal preciso». Lo cual, en rigor, podría admitirse; lo que es inadmisibile es lo que sigue: «En lugar, pues, de atacar á estos fenómenos, dice, que no hacen otra cosa que aumentar el bienestar social, debemos educarlos y secundarlos.» ¿Cuáles son los fenómenos? ¿Qué es eso de atacar á estos fenómenos? ¿Cómo pueden educarse unos fenómenos? Todo esto, como se ve, ó está mal dicho por la forma, ó carece de sentido, ó incurre en ambos defectos á la vez.

IMPRESIONES Y NOTAS

EL ATORRANTISMO.—El Dr. Eusebio Gómez, en su libro *La mala vida en Buenos-Aires*, en el capítulo «Mendicidad y vagabundaje», se ocupa del atorrantismo, presentándolo, con arreglo á la teoría de Emilio Zuccarini, como resultado de la evolución del gaucho al atorrante. Zuccarini, para poner las cosas en su lugar, trata en los *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, del atorrante, fijando el verdadero valor que debe darse á la palabra.

El atorrante, según Zuccarini, es un fenómeno producido por la melancolía especializada del ambiente argentino; es la manifestación clara é inequívoca del delirio de pequeñez pululante en medio del delirio de grandeza que se transparenta en cualquier acto individual ó colectivo del pueblo argentino. ¿Por qué de tres comerciantes arrastrados á la quiebra por una misma causa, el uno vuelve á luchar, el otro se suicida y el tercero se hace atorrante? Porque esos tres comerciantes son tres tipos orgánicamente distintos.

El Dr. Gómez dice que el atorrante es la más perfecta expresión del vagabundo; pero Zuccarini entiende que eso es un grave error, pues el carácter de vagabundo es secundario en el atorrante que tiene sus caracteres particulares; el atorrante, salvo caso de fuerza mayor, ama la vida sedentaria; es un hom-

bre solitario, un misántropo, por haber comunicado demasiado con los hombres, como dice Leopardi; evita la compañía de sus semejantes, sustituyéndola con la de las bestias en la mayoría de los casos.

El atorrante ha desaparecido ya de la República Argentina ó está á punto de desaparecer, recogido en los asilos, en los manicomios ó en las penitenciarías; pero es un tipo curioso, producido por el fracaso de las empresas intentadas ante el espectáculo de los éxitos alcanzados por otros.

*
* *

EL REY DE LOS DANDYS.—Eduardo VII no se contenta con ser rey de Inglaterra y soberano de muchos otros países, sino que extiende su soberanía á todo el mundo elegante ó que pretende pasar por tal, imponiendo su gusto á todos los tipos modernistas del antiguo y del nuevo continente, pendientes de la forma de sus pantalones, del color de sus guantes y de su corbata, de la figura de su sombrero, de la horma de su zapato, de los canalones de su levita y de los botones de su chaleco; por eso es el rey de los dandys, soberanía que en su origen no fué ostentada por ningún monarca, pues el primero que la conquistó fué el nieto de un confitero, Jorge Brummel. Era todavía un simple estudiante de Oxford, y ya llamaba la atención por su modo de vestir; presentado al príncipe de Gales á principios del siglo pasado, le sedujo de tal modo por su elegancia, que el príncipe le nombró corneta en un regimiento de húsares. Brummel se cuidaba tan poco de sus deberes militares, que para reconocer su compañía tenía que galopar á través de las filas del regimiento hasta tropezar con la nariz enorme, bulbosa y carmesí de uno de sus soldados que le servía de señal; el día que dispusieron que aquel hombre pasara á otra compañía, Brummel, desorientado, no acertó á encontrar su sitio, y tuvo que sufrir la reprimenda de su coronel. Esto le disgustó del servicio militar, haciéndole presentar la dimisión

y establecerse en Londres. No era rico, pero tenía el arte de vestirse con tanta elegancia, y había, sobre todo, en su persona, en sus gestos, en sus maneras, en su modo de obrar, de hablar y de conducirse, tal mezcla de finura, impertinencia y gracia, que le hacían á la vez insoportable y encantador.

Todos los *dandys* de Londres se lo disputaban, y el mismo príncipe de Gales, que tenía grandes pretensiones de dandysmo, asistía á veces á su tocador para tomar lecciones del rey de la moda. El exclusivismo de la aristocracia inglesa no rezaba con el nieto del confitero; en todas partes era recibido; y cuando llegaba al baile ó al teatro, todos tenían á mucha honra que se viera que le conocían y le trataban. Mejor hubiera puesto su sastre en su muestra «Proveedor de Brummel» que «Proveedor del rey».

Cultivaba la insolencia, que, por ser suya, se le dispensaba siempre. A un joven lord que le reclamaba cierta cantidad prestada, le contestó:

—La otra tarde, cuando pasaba usted por la puerta del Club, le he saludado á usted con la mano, delante de todo el mundo, y le he dicho á usted: «¡Buenas tardes, Jumny!» ¿No estamos pagados con eso?

Otra vez encontró en el Parque á un joven con los cabellos ridículamente rizados, que llevaba á su lado en el coche un perro de aguas:

—Coche de familia, ¿eh? —exclamó impertinentemente Brummel.

Otro día le preguntaron en el Club:

—Pero ¿dónde ha comido usted ayer?

—En casa de un tal R...—respondió.—Presumo que desea que me fije en él, y por eso me ha dado de comer; yo me había encargado de las invitaciones y había invitado á Alvanley y algunos otros; la comida era muy buena; pero, querido, ¿conoce usted mi asombro cuando he visto que el Sr. R... tenía la desvergüenza de sentarse á la mesa con nosotros?

A veces, El Hermoso, que era como se le llamaba, no te-

mía burlarse hasta del mismo príncipe de Gales, llevando las cosas tan demasiado lejos, que el príncipe, á la larga, acabó por hartarse de él; riñeron, y llegó un día en que Brummel, arruinado, tuvo que dejar Inglaterra. Establecido al principio en Calais y nombrado después cónsul en Cannes, el antiguo rey de los *dandys* no acertaba á ganarse la vida y tuvo que terminar su existencia en un asilo.

Un francés, el conde de Orsay, recogió el cetro de Brummel; él fué quien, sorprendido por la lluvia en medio de un paseo, á caballo, vió á un marinero cubierto hasta las rodillas con una chaqueta de paño basto.

—¿Quieres venderme tu traje?—le pregunto d'Orsay.

—Pero, señor....

—Ahí tienes dos guineas.

Media hora más tarde, d'Orsay hacía su entrada en el Parque, vestido con la chaqueta del marino puesta sobre su traje. La lluvia había cesado; toda la *fashion* londonense estaba allí. Al día siguiente, diez jinetes se mostraban con largas y anchas chaquetas de paño grueso, semejantes á la que d'Orsay llevaba la víspera, y así nació el paletot moderno.

Hoy el rey de la moda es un rey de verdad, y Eduardo VII lleva su cetro sin las impertinencias de Brummel.

*
* *

UNA PÁGINA CURIOSA DE GUI PATIN.—El inglés Guillermo Osler, hojeando las cartas del «más grande *epistolero* de Francia», como Sainte-Beuve llamaba á Gui Patin, el famoso decano de la Facultad de Medicina de París en los comienzos del reinado de Luis XIV, ha descubierto en la Biblioteca Nacional de París el juicio crítico de Patin sobre el autor de la *Religio Medici*, documento curioso que vale la pena de ser recogido en estas páginas, y que dice así:

«Juicio del Sr. G. P. D. M. A. P. sobre el autor del libro titulado *Religio Medici*.» «El autor de este libejo se dice in-

glés, y puede ser que lo sea; pero de cualquier país que sea, es cristiano, hugonote, beatón y supersticioso. Aborrece las ceremonias de la iglesia romana. Desea la reunión de todos los cristianos y se queja de estar excomulgado por el Papa como hugonote, aunque no le quiera mal.

»Pretende que su religión es muy juiciosa, fundada en la filosofía y el raciocinio. No está muy firme en su creencia; su beatonería le impide ir al ateísmo, donde acaso llegue con su filosofía, que está poco segura; pero no es todavía bastante malo para eso. Su espíritu escrupuloso y supersticioso le retiene; es un melancólico contemplativo, un solitario meditativo. Tal vez no es tan hombre de bien como dice. Hace el filósofo y el espíritu sutil, y luego en seguida se hace beatón.

»No es tan hugonote que no se hiciera papista antes que morir. Cree en los ángeles de la guarda y en los milagros del Japón, pero desconfía de los jesuítas. No quisiera negar del todo la intercesión de los santos. Cree en los hechiceros y en la vuelta de los espíritus, muy frecuentemente, tan tonto es (página 122). Es melancólico, hasta ponerse loco, y glorioso santurrón. Desconfía del fin del mundo, y no sabe qué creer de ello. Cree mucho en Dios, en la inmortalidad del alma y en la vida eterna é *in Christum crucifixum, in quo solo salutem reponit*. No sabe qué creer de la entrada del cielo, y no es en este artículo firme hugonote. Espera ver en el gran juicio muchos grandes efectos de la misericordia de Dios.

»Confiesa que es médico; pero me parece tonto y fatuo, cuando quiere tanto que se haga caso de sus oraciones á Dios. *Non requirit aeger medicum precantem sed sanantem*. No está todavía casado, ni tiene mucha gana de estarlo, ni tampoco necesidad. Es médico y no razona mal. Tiene la muerte por el mayor remedio que haya en la naturaleza, en tanto que remedia todos nuestros males y nos abre la puerta de la inmortalidad. Cree del diablo tanto como el más tonto y el más beato de todos los frailes, pues cree que esa fea bestia metafísica se encuentra en todas partes; pero, por desgracia para él,

no es tan listo como nuestros frailes, que hacen provisión de agua bendita para echarlo á todas horas. Tiene de bueno, que es muy feliz y está muy contento. Confiesa que es naturalmente melancólico y saturniano. Quisiera no servir á Dios más que en sueños. Para reformado, es muy beato. Hace mucho caso del sueño, y no se atrevería á dormir sin haber rogado á Dios.

»Es muy buen hombre, muy caritativo y tiene mucho ingenio. Reduce la felicidad humana á tres cosas, á saber: paz en la conciencia, imperio sobre sus pasiones y piedad para con Dios y con nuestro prójimo, que es la caridad cristiana y la verdadera marca de un hombre de bien contra un hipócrita; y es la mejor frase que haya en todo su libro.»

*
* *

PENSAMIENTOS INÉDITOS DE BARBEY D'AUREVILLY.—Santiago Crepet publica en *La Revue* de París algunos pensamientos, entre los cuales figuran los siguientes: «Respuesta de N. á los saduceos sobre la cuestión de los maridos de la mujer resucitada: ¿Cuáles serán las relaciones de esta mujer con sus siete maridos después de su resurrección? No sabéis ni las Escrituras ni el poder de Dios, porque en el día de la resurrección, los hombres no tendrán mujeres ni las mujeres maridos: estarán como los ángeles en el cielo.»

En la noche negra, en una mesa negra, una hormiga negra. Dios la ve y la oye. (*Proverbio turco.*)

La palabra que no he articulado es mi esclava; la que he pronunciado es mi señora. (*Proverbio drabe.*)

¿Qué es, en general, un viajero? Es un hombre que se va á buscar un cabo de conversación al cabo del mundo.

En una sociedad que cada vez se hace más materialista, el confesor es el médico.

Comprendo la rabia contra Dios; no comprendo su negación. Este tiempo no tiene ni aun la energía de ser ateo. Los que

dicen serlo, mienten. No es ateo quien quiere. En el siglo XIX todo se limita, en todas las cuestiones, á la opinión de Bridoisón: «No sé qué pensar...»

El genio toma imparcialmente flechas de parcialidad en todos los carcajes.

No somos viejos sino para los que vienen detrás de nosotros; para los que han envejecido con nosotros, siempre somos jóvenes.

Todo el carácter francés en una frase:—¿Toca usted el clavicordio?—preguntaban á un gentilhombre francés.—No sé—respondió,—no he probado nunca; voy á ver.

Hay dos especies de coraceros en el campo de batalla de la vida: los unos tienen coraza para no ser heridos; los otros se la ponen cuando están heridos y sangran.

Hay días en que, verdaderamente, es preciso respetar su cabeza para no romperla.

A cierta profundidad de lo real se encuentra siempre lo ideal; pero los que en las artes se llaman realistas no cavan nunca hasta allí.

El corazón de una mujer es siempre una carta que hay que jugar.

*
* *

EL SECRETO DE PRIMI VISCONTI.—Procedente de la antigua casa de los Visconti, de Milán, Primi Visconti fué un sujeto que metió bastante ruido en la corte de Luis XIV. De él dice la señora de Sevigné, que se le hubiera tomado por la duquesa de Mazarino, una de las mujeres más bellas de su tiempo, si no hubiera sido la diferencia de sexo y de traje; pero no fué por su belleza ni por su nobleza por lo que hizo papel en la corte, sino por la fama que adquirió adivinando el carácter y condición de las personas y su porvenir por medio del examen de la escritura, que le hacía pasar por hechicero.

Luis XIV, después de haberse negado á los juegos grafoló-

gicos de Visconti, se decidió, á instancias de Madame, á entregar al adivino un billete que parecía escrito por su mano; Primi, sin vacilar, descubrió en él el alma de un viejo avaro y de un usurero; el billete, en efecto, era del presidente Rose, que imitaba la letra del rey admirablemente, y á quien convenía muy bien el juicio de Primi.

Luis XIV quiso saber á qué atenerse; llamó á Visconti y le dijo: «Primi, vuestro secreto, por el que os daré dos mil libras, ó la horca.» Visconti no tuvo más remedio que confesar. A su llegada á la corte, su bella figura, su talento, su facilidad para el trato con las mujeres, su finura, su audacia y hasta su misma jerga, mezcla de italiano y de francés, le hicieron notar por todos, y muy especialmente por el duque de Vendôme y por su hermano el gran Prior de Francia, que pensaron utilizarlo de un modo singular, lo encerraron durante seis semanas sin ver á nadie más que á ellos, y emplearon este tiempo en instruirle de la genealogía de las personas, de sus enlaces, de sus amistades, de sus amores, de sus odios y de todas sus historias, y cuando le juzgaron bastante informado, corrieron la voz de que conocían á un italiano para quien nada había oculto con sólo que viese algún escrito de la persona de quien se tratara.

La habilidad que Primi desplegó superó las esperanzas de sus educadores, y su éxito fué colosal.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

L'igiene del neurastenico, per G. S. Vinox.—Milano, Società editrice libraria, 1909. Un vol. de 288 págs., 3,50 liras.

El autor de este libro—con el cual inaugura la importante casa editorial milanese *Società editrice libraria* una «Biblioteca de medicina práctica de vulgarización científica»—es un especialista en enfermedades nerviosas y director técnico de un establecimiento hidroterápico destinado á la cura de ellas. Hay que suponerle conocedor de lo que trae entre manos y enterado perfectamente de cuanto hoy se sabe y se practica en cuanto se refiere á la índole de la neurastenia y al buen tratamiento curativo de la misma: lo que de hecho parece suceder. El libro á que la presente nota se refiere deberá ser, por lo tanto, un *Manual*, todo lo completo y expresivo que cabe dentro de sus límites de espacio, para con su lectura poder adquirir, cuando menos, un conocimiento suficientemente seguro y orientador de los problemas que á la dicha enfermedad se refieren. El autor se ocupa, por lo que á ella toca, en efecto, de todos los momentos en que la patología estudia las enfermedades: etiología, sintomatología, formas clínicas, diagnóstico, evolución, pronóstico, patogenia, higiene y terapéutica.

Sin embargo, la impresión de conjunto que se saca de dicha reciente obra es bastante vaga, quedando el ánimo del lector bien poco satisfecho verdaderamente y entregado á las mismas incertidumbres en que se hallara antes de emprender su trabajo.

Pero como esto pasa igualmente con otras análogas obras de diferentes autores, publicadas antes que la de Vinoj, lo más prudente parece concluir echando la culpa de la mentada indecisión, más bien que á éste y á los demás tratadistas, á lo intrincado y nebuloso de la materia. El comienzo de cuyo estudio es aún bastante moderno, para que puedan pedírsele las afirmaciones concretas y las indicaciones y soluciones, ó incontestables ó poco menos, que se hallan en otros capítulos de la patología que cuentan largos lustros y aun siglos de existencia.

Psicologia e spiritismo. Impresioni e note critiche sui fenomeni medianici di Eusapia Paladino, per Enrico Morselli.—Torino. Fratelli Bocca, editori, 1908. Dos tomos de XLVIII-459 y XVIII-586 págs., respectivamente, 15 liras.

He aquí un libro agradable por más de un concepto. Lo es ya por su exterioridad misma, sumamente bien cuidada, por su limpísima impresión, por el esmero con que se ha atendido á todas aquellas condiciones que causan placer á la vista de un lector y, mediante ella, al espíritu entero. Lo es también por la distribución, á más no poder ordenada, de la materia: pues cada cosa va en su sitio, con las mil divisiones, subdivisiones y numeraciones que ella impone, y que coadyuvan á hacer el estudio más fácil y provechoso que no lo sería de otra manera. Al mismo fin contribuyen igualmente las referencias exactas que en cada parte del libro se hacen á otras de él y un completo índice bibliográfico que va á la terminación de éste.

Pero es, sobre todo, un libro agradable por el asunto y por la maestría con que su autor lo desenvuelve. El asunto lo indica el título mismo de la obra; y para tratarlo ha tomado Morselli como ocasión y base una treintena de sesiones espiritistas dadas por la medium Eusapia Paladino, en Génova, y á las que asistió en calidad de espectador científico, y para fines de estudio directo, el notable neurólogo y psicólogo. Día por

día va éste escribiendo, con toda claridad, sencillez y orden, sus impresiones críticas sobre lo que en la anterior sesión observara; mas no como otro cualquiera lo podría haber hecho, limitándose á contar los fenómenos ocurridos en aquéllas, sino poniendo con tal motivo mil cuestiones de distintas clases, haciendo mil alusiones doctrinales y derramando por todo el relato cultura y erudición perfectamente oportunas, que encajan en él sin el menor esfuerzo y que lo elevan á la altura de un tratado científico. Es lo que pasa siempre con las obras, sean las que sean, de los hombres superiores, cuyo talento y cuyo saber imprime á aquéllas en todo caso un sello tan personal como indeleble, aun cuando sus autores no se lo propongan. El espíritu de cada cual se proyecta indefectiblemente (espontáneamente, que suele decirse) en todos sus actos. Y quien conozca á Morselli, filósofo, psicólogo, sociólogo y hombre de extraordinaria cultura y de extraordinaria pasión por la misma, comprenderá bien lo que puede ser una obra sobre psicología y espiritismo escrita por él. Además, ha consagrado mucho tiempo al estudio de la literatura tocante á este particular, tan interesante sobre todo en nuestros días, y de la misma ofrece abundantes (y también muy ordenadas) notas bibliográficas al comienzo de los dos volúmenes de que consta la obra, aparte de las muchísimas indicaciones de la misma naturaleza de que el texto de ésta se halla empedrado.

En cuanto al valor de los fenómenos denominados frecuentemente *espiritistas* y de las teorías que pretenden explicarlos —á lo cual consagra el autor la tercera parte de su obra y buena parte también de la primera y de la segunda,—he aquí cómo resume él mismo su pensamiento en pocas palabras: «La psicología científica me envió «antiespiritista» á estudiar el espiritismo: y el espiritismo, estudiado al través de la medianidad de Eusapia Paladino (y de una media docena de otros mediums privados, menos famosos, pero no menos queridos en los círculos espiritistas), me restituye «antiespiritista» de nuevo á la psicología. Todo lo más, traigo conmigo un pequeño

bagaje de convicciones metapsíquicas, adquiridas con la experiencia.»

La posición en que el autor se coloca, después de su viaje por el campo del espiritismo, me parece muy digna de un hombre de ciencia como él. Ya no es un escéptico, como lo era antes, respecto á la realidad de los correspondientes fenómenos. Admite la existencia indudable de gran número de ellos (no tanto, la de otros). Cree que hay aquí una serie de problemas nuevos de distinto orden (físicos, psíquicos, etc.). No encuentra hasta ahora ninguna explicación satisfactoria de los hechos metapsíquicos, no obstante ser muchísimas las hipótesis que tienden á darla. Piensa que se trata de fuerzas desconocidas, pero no extranaturales, sino perfectamente naturales, que no tardarán mucho en ser descubiertas, como ya lo han sido otras (ondas hertzianas, rayos X, etc.), poco ha desconocidas. Juzga, por consiguiente, que «dentro de algunos años, el espiritismo quedará eliminado por la metadinámica y por la metapsíquica.» Y mientras tanto, aconseja tomar muy en serio tan importante materia de estudio, en vez de contentarse con hacerla objeto de burlas (como á él y á otros les ha pasado), sin tomarse la menor pena de acercarse á un medium, ni asistir á una sesión espiritista.

El libro, en suma, no sólo orienta al lector sobre el estado presente de la cuestión espiritista, sino que enseña la manera de tratar un asunto científicamente: con mucho saber, con mucha discreción, con mucha serenidad (que el autor, sin embargo, parece perder alguna vez) y hasta con mucho arte literario.

P. DORADO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Goya</i> , por Valeriano de Loga.....	5
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	32
<i>Historia económica</i> , por Anselmo Fuentes.....	44
<i>Literatura fraudulenta: Cervantes y Adolfo de Castro</i> , por Alberto Blanco.....	60
<i>Parnaso internacional: Los dioses de Grecia</i> , de Schiller.....	76
<i>La Ciencia y los fenómenos espirituales contemporáneos</i> , por Antonio Gota Casas.....	82
<i>España fuera de España: «La vida es sueño»</i> , de Calderón, por G. Carducci.....	104
<i>La catedral de Sevilla</i> , por Havelock Ellis.....	121
<i>Un veredicto injusto</i> (Troens-Magt).—Novela por Johan Bojer....	130
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	160
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	170
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	204